



CASILLAS

El espíritu de Tenamaxtli

*Narrativa de vida de
Alfonso Íñiguez Pérez*

Iker Javier Pulido Rodríguez
Elvia Susana Delgado Rodríguez
Alfonso Íñiguez Pérez



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA
Red Universitaria de Jalisco



CENTRO
UNIVERSITARIO
DEL NORTE

El espíritu de Tenamaxtli

*Narrativa de vida de
Alfonso Íñiguez Pérez*

Iker Javier Pulido Rodríguez
Elvia Susana Delgado Rodríguez
Alfonso Íñiguez Pérez



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA
Red Universitaria de Jalisco



C E N T R O
UNIVERSITARIO
DEL NORTE

El espíritu de Tenamxtli.
Narrativa de vida de Alfonso Íñiguez Pérez

Autoría
Iker Javier Pulido Rodríguez
Elvia Susana Delgado Rodríguez
Alfonso Íñiguez Pérez

Prólogo
Guadalupe Espinoza Saucedo

Prólogo dos
Claudia Cecilia Gómez Godoy

Ilustraciones
Félix Tonatihu Casillas Coles

Comité editorial
Guadalupe Espinoza Saucedo
Claudia Gómez Godoy

El espíritu de Tenamxtli.
Narrativa de vida de Alfonso Íñiguez Pérez

Primera edición, diciembre 2024

D. R © 2024 Universidad de Guadalajara
Centro Universitario del Norte
Carretera federal 23, km 191, C. P. 46200
Colotlán, Jalisco, México
Tels. +52 (499) 992-1333/992-0110/
992-2466/992-2467/992-1170
<http://www.cunorte.udg.mx/>

Alba Sináí Huízar Márquez
Coordinación editorial

Carlos Daniel Bautista Morales en Prometeo Editores
Diseño y diagramación

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna manera ni por ningún medio, conocido o por conocer, sin la autorización por escrito del titular de los derechos, salvo en los casos de excepción considerados en la ley.

E-ISBN: 978-607-581-423-0

Publicación financiada por el CONAHCYT a través del proyecto PRONACE 321373 Abordaje Psico-social de las comunidades Acasico, Palmarejo y Temacapulín afectadas por el proyecto El Zapotillo.

Temaca, despierta...

Temaca, despierta, defiende tu vida.
Tus hijos te quieren, por ti dan su vida.
Hay proyectos que quieren destruirte,
olvidando tu historia y tu cultura,
pero tus hijos, con todas sus fuerzas,
han decidido romper toda estructura.
Esta herencia de los antepasados,
es en verdad una perla escondida,
pero que nunca, nunca será vendida.

Gabriel Espinoza Íñiguez.

“No se puede luchar por lo que no se ama”.

Alfonso Íñiguez Pérez.



Contenido

Prólogo	5
Prólogo dos	7
Acerca de la memoria	9
El significado de esta narrativa	13
Capítulo I. <i>La cita recurrente</i>	15
Capítulo II. <i>¿Quién es Alfonso Íñiguez Pérez?</i>	21
Capítulo III. <i>Albores</i>	25
Capítulo IV. <i>La vida en Temacapulín</i>	31
Capítulo V. <i>El hermano mayor</i>	37
Capítulo VI. <i>Amores nómadas</i>	45
Capítulo VII. <i>Apego al territorio</i>	57
Capítulo VIII. <i>Entre héroes y villanos</i>	65
Capítulo IX. <i>Tres pueblos y un río</i>	77
Capítulo X. <i>El espíritu de Tenamaxtli</i>	91

Prólogo

Prologar el libro sobre la vida de don Poncho, como le conocemos los que hemos convivido y compartido la lucha de Temacapulín, Acasico y Palmarejo contra la presa El Zapotillo, es un gusto y un honor, además de que compartimos muchas coincidencias con lo narrado y escrito en este libro que, enhorabuena y como un homenaje en vida, se le hace a Alfonso Íñiguez Pérez.

Nos comentan los autores, Iker Pulido y Susana Delgado y, por supuesto, también don Poncho, que originalmente se pensaba escribir una biografía, pero dadas las dificultades técnicas se optó por hacer una narrativa de vida de don Poncho en forma novelada, es decir, hay un diálogo entre figuras y héroes populares como Francisco Tenamaxtli, Francisco el Nuevo, refiriéndose a Pancho Villa y, también, con Emiliano Zapata, nombrándolo como el General. Durante la incursión en la narrativa de vida novelada de don Poncho, se notan pasajes con tintes rulfianos porque se establecen conversaciones entre vivos y muertos, como en Pedro Páramo.

Cuando empecé a leer el texto de don Poncho, no sabía a ciencia cierta qué género era, por eso consulté con otros colegas y con los autores y coincidimos en que es una especie de biografía novelada. A lo largo del texto hay un trasfondo en algunas frases que deja a los lectores material para pensar y analizar el presente. El estilo es como retrotraerse en el tiempo y platicar con los que consideramos nuestros referentes biológicos, culturales y, por qué no, de lucha, de la herencia histórica que está enclavada en la memoria, como los diálogos con el héroe de la Guerra del Mixtón de mediados del siglo XVI, que excelsamente describió Miguel León Portilla, cuyos sucesos desarrollados en la parte sur de Zacatecas y norte de Jalisco, amenazaron con incendiar toda la Nueva España. Temacapulín, el pueblo de don Poncho, así como Palmarejo, Mexxicacán, Acasico y otros, están ubicados muy cerca de Nochixtlán, Zacatecas, lugar al que se atribuye la cuna del Señor don Francisco Tenamaxtli, quién, por defender a los suyos, muere desterrado en la península ibérica donde su defensor fue el fraile dominico Bartolomé de Las Casas.

El escenario de ese hito histórico se sitúa en la región o en los límites de la región que se conoció como la Gran Chichimeca, el Gran Tunal, y más en concreto en la Caxcana. Si bien es cierto que los de Temacapulín se consideran descendiente de los tecuexes, habrá que aceptar que la región es tierra de caxcanes y que también fue habitado por un grupo importante de nahua hablantes o, como lo conocemos hoy, mexicanos.

En la narrativa, Poncho es reivindicado como un amante de su pueblo, una comunidad enclavada en la región cristera, con una fuerte raigambre católica. Es la historia de una persona que representa el México profundo. Un día, el Padre Rodolfo Contreras me dijo, al ver pasar a don Poncho, con quien también tiene una gran amistad, “veo a Poncho y se asemeja a un Tlatoani Azteca, por su porte, entereza y dignidad”.

Don Poncho representa lo humano, la amabilidad, el conocimiento, pero también la prudencia. Alfonso es un lector voraz, lee cuanto le cae en las manos, escribe, hace anotaciones, recorta y guarda notas de periódicos de temas que le interesan, escribe

poesía. *El Mesón Mamá Tachita*, además de ser un restaurant o fonda, asemeja un museo por las piezas que contiene y que se han ido coleccionado. Nos preguntábamos por qué el nombre de *Mamá Tachita*, pues resulta que es homónimo de la abuela materna de don Poncho, doña Anastasia. De este y otros detalles nos hemos enterado leyendo esta obra que hoy prologamos.

Hay pasajes en esta narrativa de vida novelada en las que las personas lectoras nos podemos identificar, como cuando se pregunta ¿quién soy?, ¿por qué estoy aquí?, ¿qué hago?, preguntas que nos hemos hecho sobre todo cuando estamos a solas, con nosotros mismos, y que a veces nos lleva a repensar nuestra existencia, si estamos conscientes o no, o si rayamos en la locura. En fin, el existencialismo en don Poncho va aderezado con lo histórico, con la historicidad. Al calor de la narrativa el protagonista se va dando cuenta de su entorno y su lucha por reivindicar sus posturas, a su familia, su gente y, sobre todo, a su amado pueblo Temacapulín. Llegando incluso a mimetizarse con el mismo Francisco Tenamaxtli.

Es la narrativa de cuando anduvo por Tecuala, Nayarit, en la Ciudad de México trabajando en los Ferrocarriles Nacionales, en Estados Unidos, en Guadalajara. Los viajes que, en conjunto, han nutrido la visión de Poncho, pero siempre pensando en volver a Temacapulín. Es también la vida de un atleta, de un hombre que ha luchado por superarse y contra sí mismo, como diciendo: ¡Vécete para vencer!

En esta historia novelada se puede ver mucha gente que lucha, y que son héroes anónimos o poco conocidos, forma parte de la historia de Temacapulín, Acasico y Palmarejo en contra de la presa El Zapotillo. Una historia abigarrada con la vida y experiencia de Alfonso, pero no solo de él, da cuenta también de mucha gente que se movilizó para que no se inundaran los pueblos de la cañada, de mujeres, hombres y organizaciones nacionales e internacionales que fueron convocadas por estos pueblos, en especial, por Temacapulín que tiene mística, que atrae al o la que llega. Menciona al Bombón (qepd) quien también compuso canciones para la lucha, a Marco, Mónica, María, Libertad, entre otros, que, en conjunto, colaboraron para la victoria a los pueblos, pero también, al mismo tiempo, llama la atención sobre la relevancia de preguntarse ¿cómo se construye hacia adelante?, ¿cómo construimos el futuro?

Don Poncho, como muchos de nosotros, también es un buen cocinero, hace la salsa de chile árbol en molcajete la cual se puede degustar en Mamá Tachita, salsa macha le llaman en algunas partes y, que nosotros, le pusimos Chiltemaca, palabra con origen en dos palabras, chile y Temacapulín, o Temaca, como igualmente se le conoce a este pueblo.

Algo que no pudo faltar es el río Verde, el río, siempre el río. Temacapulín sin el río tampoco sería. Y en la memoria, en el recuerdo de don Poncho, siempre era volver a su lugar de origen, con su río Verde resguardado por los sabinos (ahuehuetes), que son protectores del agua, o los viejos del agua en el idioma náhuatl. Volver al Amialco, a sus tierras, que significa también en náhuatl: en el manantial o manantiales, y sí, ahí está un pozo que, con el Plan de Justicia para Temacapulín, los técnicos de CONAGUA no podían tapan el venero, pues estaban en el manantial, en Amialco.

En resumen, el libro es un diálogo con los personajes mencionados, principalmente con Tenamaxtli, pero también es un reencuentro y una reconciliación con la memoria de estos pueblos representados en esta historia novelada de Alfonso Íñiguez Pérez, a través de su narrativa de vida. Invito a leerla esperando también se reencuentren con ustedes mismos a través de la vida de don Poncho.

Guadalupe Espinoza Saucedo

Prólogo dos

Cualquier persona que haya platicado alguna vez con Alfonso Íñiguez Pérez, sabe que una plática con Poncho no es una pérdida de tiempo, su pasión por la vida, su risa, su caballerosidad, sus anécdotas, sus historias, su visión del mundo, su cariño por la gente y el gran amor que le tiene a su pueblo Temacapulín, siempre dan horas de buena platica. Si, además, esa platica viene acompañada de un buen café, un taco de frijol, una quesadilla y una cucharadita de la salsa que hace en su enorme molcajete, siempre son garantía de que pasarás un buen momento.

Imposible saber cuántas personas han transitado por el *Mesón de Mamá Tachita*, desde presidentes hasta cineastas, fotógrafos, feministas, defensores del territorio, activistas, obreros, albañiles, académicas, intelectuales, documentalistas, rectores, senadoras, políticos, empresarios, niños, niñas, jóvenes universitarios, muchos hemos pasado por ahí y hemos pasado ahí muchos de nuestros mejores momentos, ¡Si esa mesa de mezquite hablara!... los mejores y los peores momentos de la lucha de Temacapulín se discutieron en esa mesa. Don Poncho ofrecía a los presentes su amabilidad, su café y su amena plática. No pocas veces, cada que alguien salía de *Mamá Tachita*, recomendaban: ¡Tienes que escribir un libro de tu vida!, ¡don Poncho, alguien tiene que recuperar tus anécdotas, escribe un libro!

Don Poncho es un apasionado lector, un compositor y un poeta, un cocinero, un corredor, un historiador, un cronista, un viajero, un padre, un esposo, un compañero, un vago, un activista, un defensor, un coleccionista, un intelectual, un filósofo, un sembrador, un campesino, un minero, un labrador, un filántropo, un dador, un caminador, un conversador, un abuelo de más de 7 nietos, un amigo, un anfitrión, un amoroso, un conquistador, un luchador incansable, es muchas personas en una.

¿Cómo escribir la historia de alguien así? Cuando este proyecto comenzó, Iker y Susana comenzaron con un borrador, que parecía una cronología de una persona que vivió varias vidas, como si se tratara de alguien que ha vivido muchos años y los últimos 19 años los dedicó a la defensa del pueblo que lo vio nacer y que vivía bajo la amenaza de desaparecer por una inundación de la presa *Zapotillo*.

Parafraseando a Silvio Rodríguez, “siempre que se hace una historia se habla de un viejo, de un niño o de sí, pero mi historia es difícil, no voy a hablarles de un hombre común, haré la historia de un ser de otro mundo, de un animal de galaxia”. La vida de Poncho se entrelaza en los últimos años con los protagonistas de la lucha en contra

del *Zapotillo*, la revolución del agua, es una historia difícil, porque no hablamos de un hombre común, es la historia de un ser que parece venir de otro mundo.

Por eso, no es extraño que la biografía de Poncho se haya transformado en una historia novelada, ficcionada y de realismo mágico, y que Tenamaxtli, Villa y Zapata, terminaran introduciéndose clandestinamente (obvio), en la vida de don Poncho, en su historia, en la historia de la lucha y en nuestra propia historia. Estos personajes cuestionan y visitan *Mama Tachita*, para escuchar lo mucho que hay que contar de este extraordinario hombre y logran atrapar nuestra lectura hasta el final, una vez que empiezas no quieres parar de leer.

Gracias a Iker y Susana, por hacer lo que muchos dijeron que se tenía que hacer, pero solo ustedes, junto con Poncho, se ocuparon de hacer. Este libro quedará para la historia de Temaca, seguramente se convertirá en un libro de consulta para los que quieren entender cómo un puñado chiquito de valientes hombres, mujeres, niñas y niños jóvenes lograron detener la amenaza de despojo, pararon una presa, lograron que se hicieran unas ventadas que evitaron la inundación y vencieron en un mundo donde los pequeños están acostumbrados a perder. Don Poncho nunca perdió la fe, siempre creyó que era posible salvar Temaca y siempre se imaginó un mundo mejor para sus hijas e hijos, sus nietos y sus nietas (entre las que se encuentran Marina, Regina, Libertad, Ollin y Naím).

Entiendo también que fueron prudentes al no invitar a ninguna mujer en las visitas que recibía Poncho, nadie quiere ver a Juanita, Brenda y Mónica enojadas, pero todos sabemos que no hay revolución sin mujeres y, en la lucha de Temacapulín, las mujeres fuimos muy protagonistas.

Gracias Poncho por regalarnos tu historia y por siempre cuidarnos.

Claudia Gómez Godoy

Acerca de la memoria

¿Qué implica la memoria?

¿Por qué recurrimos a ella?

¿Es condición inherente al ser humano recordar?

¿A qué nos lleva el acto de recordar?

¿Por qué las memorias personales y colectivas son tan importantes y tan peligrosas?

¿Por qué recurrir a la memoria de Alfonso Íñiguez, para recordar y reconocer a toda una comunidad?

Estas interrogantes, que no serán respondidas en esta breve reflexión, son ante todo un acto de provocación y una invitación a detenernos para compartir y reflexionar sobre la memoria y su potencial liberador. El acto de recordar es un acto político, la memoria es un acto político, pero sabemos también que hay muchas formas de hacer política y hay muchos proyectos políticos. Aquí se colocan sobre la mesa algunas reflexiones sobre la política del recordar, el olvidar y poner en disputa las memorias.

Se dice que la historia es de quienes la escribieron y, normalmente, la escribieron los poderosos (en masculino, aunque la memoria y la historia sean en femenino). Los señores de la historia la escribieron y presentaron en la forma en la que les servía, para que así fueran recordadas las cosas y se asumiera un orden propio y natural. Es por eso que las otras historias, las no escritas, las no vistas, las no importantes, las vencidas, quedaron fuera.

Entonces, recordar esas otras historias, se convierte en un acto de rebeldía, de historias rebeldes y de rebeldes, en un acto de reinterpretación y de reelaboración del pasado. Al recordar lo no escrito, lo no dicho, lo prohibido, estamos ante un desafío contra el olvido y un desafío contra-hegemónico. Por tanto, la historia, las historias, se convierten en armas poderosas contra los núcleos de poder y el orden establecido.

Por otro lado, pero en el mismo sentido, una de las vertientes más destacadas de la psicología social latinoamericana, nombrada como psicología social de la liberación, ha insistido en colocar a las memorias en el centro de la arena política como un paso necesario para dar sentido a los procesos de emancipación de los pueblos oprimidos.

...si queremos que la psicología realice algún aporte significativo a la historia de nuestros pueblos, si como psicólogos queremos contribuir al desarrollo de los países latinoamericanos, necesitamos replantearnos nuestro bagaje teórico y práctico; pero replanteándonoslo desde la vida de nuestros pueblos, desde sus sufrimientos, sus aspiraciones y sus luchas (Martín-Baró; 2006; 11).¹

En ese sentido es que, desde lo psicosocial, desde el hacer de esta trinchera, retomamos a Maritza Montero (1992), quien nos comparte que uno de los efectos negativos más importantes (y devastadores) de las situaciones de opresión y dependencia de los

¹ Martín-Baró, I. (2006) "Hacia una psicología de la liberación", en Psicología sin Fronteras, revista electrónica de Intervención Psicosocial y Psicología Comunitaria. Vol 1, No. 2 Pp 7-14.

pueblos es la pérdida de la consciencia histórica, pérdida que imposibilita o reduce la capacidad de las personas y las comunidades de reconocerse como agentes o actores de su devenir, es decir, como sujetos de acción. Al mismo tiempo, estas pérdidas provocan que ciertas realidades sociales de opresión se asuman como naturales.

Recuperar la realidad, disputarla, implica “*descorrer el velo de medias verdades, falsas causalidades, de aparentes imposibilidades,*” (Montero: 1992)², pues socaba los materiales que “*construyen naturalezas hostiles, corruptoras, taras genéticas, maldiciones raciales, espíritus religiosos*” (Montero: 1992), que descalifican, en general, a los actores sociales y sus modos de vida. Así pues, recuperar la historia, recuperar la memoria, se convierte en un acto de conciencia, de consciencia de sí y para sí.

Los actos de recordar, los procesos de memorias, son inherentes a la condición humana. Se trata entonces de hacer memorias subalternas que permitan en un acto de dignidad y de justicia social, restablecer vínculos, recuperar confianzas, regenerar los lazos y sentidos de pertenencia que sistemática e intencionalmente han sido destrutturados, aplastados, negados, destruidos y manipulados por los grupos de poder. ¡Que acudir al recuerdo y el recordar en colectivo sea una forma de construir comunidad y transformar realidades, interpelar al poder hegemónico!.

En ese sentido, recuperar memorias se convirtió en una constante cuando un colectivo conformado por investigadoras e investigadores, principalmente adscritos a la Universidad de Guadalajara, decidimos implementar un abordaje psicosocial de las afectaciones que habían surgido por la imposición de la presa *El Zapotillo*, esta tarea nos llevó a identificar algunos elementos psicosociales que daban identidad y cohesión a cada una de las comunidades implicadas en el conflicto. Así, en las memorias que nos iban compartiendo las personas, vimos regularidades en las referencias a espacios, momentos y personaje icónicos de la resistencia de Temacapulín.

Tratando de comprender a la resistencia de Temacapulín, no como sitio idealizado, pero sí como espacio y territorio con posibilidades, decidimos traer a cuenta las memorias de uno de los personajes que crea consenso comunitario, un señor, adulto mayor, que de por sí tiene muchas historias que narrar. Propusimos conocer la historia de “Ponchito” (como le decimos de cariño a Alfonso Íñiguez) mediante narraciones de fragmentos de su vida para intentar resignificar esta historia de no vencidos. Una historia que, aún con sus contradicciones, será recordada, al menos por los niños y niñas de Temacapulín, como una victoria de sus familiares.

Con esta memoria en papel proponemos reconocer un ángulo de la historia del pueblo y ver que las comunidades de Acasico, Palmarejo y Temacapulín, derrotaron a un proyecto de muerte, no solo por un milagro (como dicen en Temaca), o un regalo presidencial (como arguyen algunos próceres del caudillismo), sino que, por sobre todas las circunstancias, fue producto de un esfuerzo, de una resistencia que

2 Montero, M. (1992) “El sentido histórico y sus efecto psicosociales liberadores”, en Otras realidades, otras vías de acceso. Psicología de la liberación. Propuesta para una teoría psicológica. Venezuela: Nueva sociedad.

logró esta comunidad que, con todo y sus contradicciones, pusieron el cuerpo para detener embates agresivos durante quince años.

En esta narrativa de vida de Poncho aparecen mujeres que luchan, hijas e hijos ausentes que estuvieron presentes, personas de pueblos cercanos que se asomaron a los acontecimientos, hijos e hijas adoptivas de Temacapulín que llegaron a título individual o formaron parte de organizaciones sociales o académicas; personas valientes de Temacapulín, Acasico y Palmarejo, de todas las edades, que nutrieron la lucha. Pero también, se nombra a quienes aceptaron vender propiedades o reubicarse, porque al fin y al cabo, todas esas personas también son parte de la historia comunitaria que se busca no olvidar y reivindicar.

Las personas que fallecieron durante el tiempo que duró la disputa, también son rememoradas en esta narrativa de vida, porque sin ellos hubiera sido imposible el resultado de este episodio que quedará para siempre en la memoria del pueblo. Todas forman parte de esta historia que se le debe disputar al pasado y al olvido. La comunidad puede ser ese lugar de reflexión crítica, no ingenua, sobre la dominación y la injusticia, puede ser ese espacio para la construcción de otros mundos posibles.

El libro de Poncho fue pensado de muchas maneras, bajo muchas fórmulas, múltiples posibilidades, sin embargo, narrar la vida de un hombre de casi 90 años, resultó toda una odisea; cientos de fotos, decenas de anécdotas, canciones, documentos, tramas familiares y comunitarias, compañeras y compañeros sugiriendo, opinando, invitando. Entonces decidimos regresar al principio, al móvil, a lo que inspiró este libro, es decir, a las ganas de, a través de Poncho, del gran Poncho, reconocer y entender a todo al pueblo, narrar parte de su memoria, la memoria de un hombre ordinario haciendo, junto a otras y otros, cosas extraordinarias.

Alfonso Íñiguez es sonrisa, es paz, es punto de encuentro, sabiduría que dan los años, mansedumbre y carácter, no se trata de una historia cronológicamente contada, no se trata de verdades sino de veracidad, no se trata de un ser perfecto sino de un hombre bueno, admirable, que lucha, así como su comunidad, no es perfecta, pero lucha.

El espíritu de Tenamaxtli (y no Tenamaztle, porque así lo denomina Poncho) es un pretexto para acuerpar, para soñar, reír, llorar, descansar, una valiosa oportunidad para hacer memoria, esa memoria que permite alterar el pasado y ofrecer otras realidades.

...somos un ejército de soñadores (y soñadoras) y, por lo mismo, somos invencibles. ¿Cómo no vencer con esta imaginación trastocándolo todo? No podemos perder; o mejor dicho, no merecemos perder. . . (Subcomandante Insurgente Marcos)³

Por cierto, con este libro vienen otras sorpresas... o, ¿porqué creen que las luchas de las mujeres recurren a las memorias?...

Elvia Susana Delgado Rodríguez
Iker Javier Pulido Rodríguez

3 Subcomandante Insurgente Marcos (1994) Anécdotas que sirven para sonreír y para demostrar que somos invencibles y etcétera. <https://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1994.htm>

Los autores y la autora, queremos agradecer al Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología por el financiamiento de esta obra, a través del Proyecto Nacional de Investigación e Incidencia: *Abordaje Psicosocial de las comunidades Temacapulín, Acasico y Palmarejo afectadas por la presa El Zapotillo*. También queremos dar gracias a la Universidad de Guadalajara que, mediante el Centro Universitario del Norte, hizo posible que esta obra saliera a la luz.

El significado de esta narrativa

Para mí, narrar la historia de mi vida es importante por la lucha, la lucha por defender el legado de nuestros ancestros y mantener todos los recursos que nos dejaron nuestros padres y nuestros abuelos. Mis abuelos se fueron a trabajar a Arizona y a California en Estados Unidos, entonces, ellos se sacrificaron en tierras extranjeras para comprar lo que tenían aquí y eso es lo que yo he valorado. Gracias a la prosperidad de nuestros ancestros que se fueron a Estados Unidos, Temacapulín también tuvo la oportunidad de prosperar como comunidad.

Todo ese trabajo que se ha realizado en Temaca no tenía que ser en vano; la lucha que se llevó a cabo fue con fines nobles y eso la gente lo sabía, sabía que todas las riquezas, satisfacciones y bienestar que nos ofrece Temaca debían seguir siendo valorados, mejorados y heredados, si algo les llegaba a ocurrir, entonces no sería posible seguir gozando de este territorio. Temaca es un pueblo que exporta trabajo, esfuerzo, alegría, orgullo y tranquilidad, eso no cualquier lugar lo hace, es algo representativo de nuestras tierras, fuimos capaces de dejar a un lado el abandono y hacer nuestro propio destino.

Por eso mismo, mi vida y la lucha, se tratan de defender todo un legado que se ha confiado a las nuevas generaciones, a los descendientes que al día de hoy se han encargado de darle una historia y cultura a nuestro hogar, a nuestra gente y a nuestra identidad. Que todo eso se fuera de un momento a otro por causa de una posible inundación a costa del bienestar de muchas personas, no era viable. Como muchas veces he repetido, puedo decir que al día de hoy nos encontramos con la frente en alto gracias a nuestro esfuerzo que nos llevó a la victoria de Temacapulín.

Las experiencias que he vivido las veo ahora como una introducción a esta lucha que nos ha dejado muchas enseñanzas. Para mí, aprendí que nunca se debe de abandonar la esperanza y la fe. Nadie daba un peso por que Temacapulín se salvara y, miren ustedes, Temaca sigue más vivo que nunca. Yo creo que debemos aprender que esta victoria es fruto también de esos ancestros que nunca nos dejaron, es como si nuestros muertos estuvieran apoyando y acompañando la lucha de Temacapulín.

Yo siempre me sentí acompañado por nuestros antepasados, mis abuelos, mis padres, mi madre y todos los que anduvieron por estas tierras antes que todos nosotros. Por eso, Tenamaxtli es el ancestro más antiguo que nos dio el ejemplo de nunca dejar de luchar y de defender lo que le habían heredado sus propios ancestros. Yo, aquí en el *Mesón*, me sentía acompañado por nuestros héroes del pasado, el General Zapata, Pancho Villa y Francisco Tenamaxtli, que era de estos rumbos y que luchó contra los conquistadores españoles a pesar de que no tenía las armas que ya manejaban los invasores. Tenamaxtli fue valiente, muy valiente. Yo creo que Tenamaxtli nos enseñó ese camino de la valentía que hizo que todos los que resistimos hasta el final de la lucha permaneciéramos de pie, sin vendernos.

Nosotros estábamos dispuestos a dar la vida por Temaca, jamás íbamos a vender nuestras casas, preferíamos que nos sacaran muertos o que nos inundaran antes de entregar la lucha. Todas aquellas experiencias que me llevo, tanto personales como comunitarias, serán parte de un importante legado que forma parte de la imagen de Temacapulín, como lugar que es difícil de definir, fácil de amar y que está presente en sus habitantes, en las tradiciones y nuestras costumbres que nos fueron heredadas.

¡Temaca vive!

¡La lucha sigue!

Alfonso Íñiguez Pérez



Alfonso dando un discurso en los portales de Temacapulín.



Alfonso regresando del Amialco.

Capítulo I. La cita recurrente

Partiendo desde *El Amialco*, el camino se le hizo largo a Poncho. Tenía demasiadas grietas en el rostro, las manos y su cuello, tan nítidas como las del asfalto insoportable de las doce del día. Las rocas verticales, pilares del cerro que soportan el camino viejo a *Cañadas*, no alcanzaban a tapar el sol de junio, tampoco cumplía esa función alguna nube en aquel año de sequía.

Hizo una pausa en el andar. Tuvo el pensamiento pasajero de que quizá sería la última marcha desde ese lugar que, aún en la temporada de lluvias del año anterior, había sido un espacio de cultivo de chile de árbol, maíz, frijol y una que otra mata de calabaza. Las fuerzas ya no daban tanto como en sus años mozos, cuando él solo, sembraba hasta el último lindero de la milpa, o cuando trotaba el mundo a modo de kilómetros de carreras de resistencia, de experiencias nómadas en Ciudad de México y Estados Unidos de Norte América. Años de resistir a las injusticias.

Cuando la amenaza de despojo comenzó, Poncho tenía tanta vitalidad como la mayoría de sus paisanas y paisanos, tanta que fue común pensar en Temacapulín como un lugar de personas longevas, de viejos y ancianas que desbordan energía y lucidez.

- Mire usted qué curioso, apenas hace quince años me disponía a pelear contra la muerte de mi pueblo.

Pronunció en voz baja mientras la mirada se nublababa hasta cerrar los párpados... quedó así por un ratito, luego alzó un poco el tono buscando al interlocutor.

- Pero ahora, parece que los años de lucha contra el mal gobierno hicieron mella.

Pasó saliva, descubrió sus ojos color miel y, ávido de respuesta, pronunció.

- ¡¿Me escuchó usted?!

Pero esta vez, nadie contestó.

Por la cañada, serpentea la bestia negra de chapopote cuyas aberturas reparan los operadores manuales del *Plan de Justicia, Plan de Desarrollo* le ha nombrado el Gobierno de México. Poncho avanza con la perplejidad de la soledad, sin la presencia de su colega, el que le viene acompañando en los momentos en los que nadie apostaba un peso por la permanencia de las tres comunidades que inundaría la presa *El Zapotillo*. Se desanima un poco, pero solo por un instante, antes de esbozar una leve sonrisa y colocar la frase.

- Ya vendrá la noche y, entonces, querrá usted tomar un café con su tortilla repleta de mi salsa, para platicar.

Paralela al río Verde, la carretera parece no terminar. Piensa Poncho en bajar a mojarse la cara y hacer una parada al lado de los sabinos, pero el tiempo se acelera, debe preparar los alimentos de los comensales del día. Se saca el sombrero para soplarse y, paradójicamente, el calor del viento lo sofoca, corrige el gesto y se coloca el tocado de nuevo. Avanza, decide enfocar su mente en llegar a *Mamá Tachita*.

En la puerta de entrada ya hay tres visitantes, una de ellas es Claudia.

- Ponchito, ¿cómo estás?
- ¡Claudia!, bien, bien. ¿Y las niñas?, ¿vinieron?
- No, venimos a una reunión de trabajo, ¿si sabes de la reunión?, ¿avisaron?
- Sí, ¿cómo no?, lo tenemos bien presente. Pásenle, ¿ya comieron?

Al interior del comedor se ven todo tipo de objetos, cada uno cuenta una historia del pasado, muy pasado, o de lo añejo reciente. Pasadas las presentaciones, uno de los visitantes, que tiene su primera experiencia de estadía en el lugar, pregunta.

- ¿Ese que está en la foto de ahí es usted con el presidente?
- Sííí, enfatiza Poncho con una sonrisa espléndida.

El lugar se inunda de esperanza, la mirada de don Alfonso se dirige a la imagen referida por el huésped novato y recuerda... de pronto, alguien llama su atención en el fondo de la cocina, el fuego se prende en la vieja estufa y Ponchito se apresura para atender. Como por instinto, apaga el fuego, baja la mirada y, mientras recupera el aliento por la apresuración del momento, busca los cerillos para avivar la llama. El movimiento de sus ojos exploradores acompaña la intuición de que Francisco lo vino a ver, pero le parece pronto. Abandona el pensamiento porque no hay condiciones para una visita de ese tipo. Es decir, Poncho tiene otros invitados y, además, el sol todavía no termina de apartarse de la vista.

- Sí, yo lo evoqué en el camino desde *El Amialco*, pero usted no respondió.

Exclamó sin ningún tapujo el nieto de Mamá Tachita. Claudia frunció el ceño, porque sin haber escuchado lo que articuló don Alfonso, comprendió que algo fuera de lo común estaba sucediendo. No dijo nada y se aproximó a la cocina para tomar una taza de la antiquísima alacena que adorna el comedor del famoso restaurante de Temacapulín.

Pasó la tarde, la sombra tempranera del Cerro de la Cruz sobre las casas hizo recordar a nuestro personaje que, quizá, el memorable guerrillero de la *Gran Chichimeca* merodeaba el mesón desde hacía unas horas. Con la mente colmada de la imagen de su amigo se condujo a la habitación del fondo, sacó su toalla y un cambio de ropa. Después de la ducha encendió la luz, se sentó en la cama y miró el espejo, pero no para reconocer su rostro, sino para verse una noche más en la imagen de Tenamaxtli.

- ¿Cómo estás Alfonso?, ¿qué me cuentas de los años pasados?, ¿qué mencionaste de la lucha y el mal gobierno?

- Son muchas preguntas don Francisco,

Respondió Poncho.

- Ya te dije que me llames Francisco, a secas.

- Ya le contesté que no puedo, que no me siento a la altura.

- Venga pues Poncho, cuéntame.

- Solo digo que los años han pasado y que, sin darnos cuenta, nos hicimos más viejos. Me refiero, claro, a nosotros, quienes estuvimos resistiendo a la desaparición. ¿Usted se imagina ver a su pueblo bajo las aguas de un embalse?, más bien, ¿ver un lago y saber que debajo están las calles, la plaza, el templo, las casas, nuestros muertos?, los muertos.

Francisco no lo imaginó, pero pensó que le tocó ver a los suyos caer en El Mixtón bajo la espada y el fuego de los invasores. No pronunció palabra alguna, siguió atento a las ideas que brotaban sin cesar y que se hacían eco con el espesor del adobe, más la fluidez sonora de las láminas que se apoyaban en los gruesos troncos de mezquite. Entre tanto, ambos avanzaban hacia el comedor.

-Es que los muertos murieron de tristeza y dolor, solo de imaginar eso. Mire, por ejemplo, don Lauro le contó a Susana que a él nadie lo sacaría de su casa, antes tomaría las armas de ser necesario. Luego pasó el tiempo y la angustia se lo comió. Murió, tal vez pensando en Temaca inundado, o se adelantó antes de vivir ese horror, ya no sé.

Se produjo un silencio, Poncho llenó de agua la cacerolita y la calentó para el café. Mientras llenaba la taza de Francisco, se escuchó el ruido de las láminas del techo golpeando contra los pilones de madera, el extraño e inusitado vendaval que se presentaba era tan fuerte que agitó el ambiente y también las mentes, al grado de que las memorias de dolor se diluyeron entre los silbidos del viento. Entonces el movimiento envolvió a los árboles y todas las plantas del solar, su danza se hizo incesante, con cadencia, hasta transformarse en suave, rítmica, arrulladora. Aquel momento, que pudo ser incómodo, inaudito entre los frecuentes encuentros nocturnos de los personajes, se puso en la tesitura de una canción de cuna. Así, el arrullo que la naturaleza ofrecía al diálogo provocó que Poncho cabeceara repetidamente.

Como un llamamiento contra el sueño, Tenamaxtli articuló un pensamiento que nunca antes había tenido para con su acompañante. Tal vez porque las charlas habían versado sobre las luchas contra la imposición y el despojo del territorio. Quizá porque las tertulias entre ambos y las demás personalidades trasnochadas, se sucedían en el ánimo de la indignación y la rabia, o solo por un descuido de cortesía, pero era verdad que Francisco jamás se planteó la interrogante que hizo que Poncho se pusiera en estado de alerta.

-Cuéntame tu vida, ¿quién es Alfonso Íñiguez?

Ponchito se descolocó. No se esperaba esa pregunta porque en las conversaciones, que había tenido con Francisco, Emiliano y Villa, no se trataban temas personales, los tópicos giraban alrededor de los grandes sucesos de sumo interés para la historia de México, los enormes personajes, las batallas y propósitos colosales que le dieron impulso a la nación, la vida y obra de los caudillos del sur y del norte. ¿Cómo el primer héroe de estas tierras, el que precedió al Tigre de Álica y ha sido bautizado para la posteridad como el primer defensor de los derechos humanos en América, iba a preguntar por él? No era posible que tan distinguida persona se interesara por este humilde campesino, caminante y trotador de mundos cotidianos.

Ya de por sí fue difícil asimilar la llegada de Francisco Tenamactli aquella noche lluviosa del 2018, cuando se conmemoraron 10 años de resistencia frente al proyecto de muerte para Temacapulín, Acasico y Palmarejo. Su imponente presencia había estremecido a don Alfonso, al grado de poner en tela de juicio su razón. No hubo tiempo de justificaciones para las visitas, tampoco presentaciones ni actos de reconocimiento o admiración, solo charlas que arrancaban con preguntas precisas del guerrero y luego largos soliloquios de Poncho que aclaraban el contexto a Francisco.

Siempre atento, callado y pocas veces asombrado, Tenamactli asentía mientras Alfonso le hablaba y lo observaba, le compartía las últimas notas del conflicto y veía como bebía y se llevaba a la boca la tortilla repleta de salsa de chile de árbol. Alguna vez, esa constante conductual que don Alfonso observaba en su interlocutor, hizo que sospechara que el inquilino solo quería comer, pero fue una conjetura fugaz y pronto aceptó que no importaba, que lo relevante era su presencia.

Después del despertar abrupto por la pregunta, Poncho permaneció estupefacto algunos segundos, pero al cabo, reaccionó. Se imaginó que la interrogante era necesaria en ese momento de letargo placentero, posterior a la infinita tristeza que había embriagado el ambiente. Después de todo, mencionar la muerte de los seres entrañables llevaba a pensar en la propia y...

- Quizás

Juzgó Poncho dirigiéndose a Tenamactli... luego pensó que tal vez era tiempo de hablar de su propia existencia.

- ¿Cómo dices don Alfonso?

Preguntó Francisco con una notable amabilidad que se le dibujó en el rostro.

- ¿Qué?, no, nada. Digo que no me esperaba su pregunta.

- Estás sonrojado, me imagino que el estupor es porque te parece muy íntima la cuestión, pero yo creo que ya es momento de intimidades, de que se exprese el sentimiento más que las ideas. No sé si te has dado cuenta, pero muchas veces, cuando nos hablas de las dificultades que se atraviesan en la organización, o nos cuentas

sobre detalles de la resistencia, dejas escapar historias personales muy cargadas de emociones que derivan en dolor, indignación y rabia. Me parece que esas narrativas deben expresarse para que puedan recolocarse en la memoria y dejar paso a otras cosas, nuevas experiencias. Aparecerá la incertidumbre, el miedo, el dolor y la nostalgia, pero estará bien, pues acto seguido surgirá lo bueno, los logros que ha dejado esta vida, esta lucha que parece que no termina, pero que ya dio victorias.

- ¿Usted cree?

- Háblame de tu, Poncho.

- Pero usted es Francisco Tenamaxtli, el gran héroe caxcán, el que hizo temblar a los invasores, el que decidió y planeo dar guerra en El Mixtón, el orgullo ancestral de estas tierras, el ejemplo de que la Gran Chichimeca también tiene historias de dignidad y resistencia, ¿cómo puedo yo hablarle de tú?

- Que yo sepa, tú eres don Poncho, un hombre que en su vejez decidió enfrentar al mal gobierno que quiso desaparecer tu pueblo a cambio de dinero de unos cuantos empresarios. El señor que junto con sus compañeras y compañeros no claudicaron, no se vendieron, a cambio de seguir vivos por sus propios medios. Un ejemplo para las juventudes de hoy y siempre. La imagen viva de la ternura rabiosa... así que te pido que dejes de pensar en alturas, en el peso de la historia, en los estamentos que nos obligan a separarnos. Somos personas y punto, y la historia de tu vida es tan valiosa como la mía.

Conmovido por esas palabras Alfonso se puso de pie y caminó hacia el fogón, apagó el fuego e incendió el recuerdo. Cuando aquello ocurrió, Francisco ya se retiraba por el sendero trasero de *Mamá Tachita*, su escape favorito. La memoria de Poncho se atiborró de imágenes. Confundido, posó la mirada en la entrada principal mientras la pesada puerta se abría con el impulso de una mano colmada de llagas.

- ¡¿Eres tú Esteban?!

Preguntó un poco alterado por la ansiedad que le causaba la idea de que alguien más, que no fuera él, se diera cuenta de las visitas de un muerto que caminaba con el pecho descubierto y unas plumas sujetadas al pelo. Se aseguró de que Tenamaxtli no estuviera a la vista, luego se aproximó a la mesa para recibir a la nueva visita, su amigo de algunos años atrás, casi desde que comenzó la última contienda frente al Estado.



Fachada del Mesón de Mamá Tachita.

Capítulo II. ¿Quién es Alfonso Íñiguez Pérez?

La siguiente visita resultó una falsa conjetura. Poncho quedó solo, aparcado en un cúmulo de preguntas, dudas para ser precisos. Le tomó algunos minutos procesar las palabras de Tenamaxtli al mismo tiempo que una cuestión le rondaba en la cabeza, ¿quién soy?, ¿quién soy?

Y no es que no supiera que nació el mismo año de los Juegos Olímpicos de Berlín, aquellos en los que el gran Jesse Owens arrasaba con las medallas de oro en la pista del estadio olímpico de la capital alemana; 1936, año también del inicio de un capítulo lamentable para el pueblo español, que vivía los albores de una guerra civil. El 2 de agosto de aquel año, según consta en su acta de nacimiento, llegaba al mundo el pequeño Alfonso Íñiguez Pérez en el número 10 de la calle Porfirio Díaz de Temacapulín, Jalisco.

También era claro que sus padres, José Íñiguez Martínez y Ebodia Pérez Guzmán, habían engendrado a sus hermanas Dolores, Antonia, Flavia y Rosa. Tan preciso como que su hermanito José falleció a los nueve meses de nacido. No había dudas de quién era en ese sentido. El cuestionamiento ponía énfasis en el ser más profundo, en la representación de lo humano que este hombre muy maduro debía, o quería, dejar en el recuerdo. El ser de sí mismo le había explotado en la mente.

Recientemente, cuando habiendo leído algunos diálogos de Platón, se enteró que hubo en el templo dedicado al dios Apolo una placa en la que se leía: “Conócete a ti mismo”, se había puesto a pensar en el sentido de ese consejo, frase o postulado, que nuevamente daba pie a una serie de reflexiones antes inéditas en su existencia. Ahora mismo, no le parecía coincidencia que Francisco planteara la controversia, justo cuando un viejo alteño se daba la oportunidad de revisar a los pensadores nómadas de oriente que se aparcaron en el Ática.

- ¿Por qué ahora?, ¿por qué en el ocaso de mi vida?

Se preguntó mirándose al espejo. Para muchos, el debate sobre sí mismo de los griegos inmigrantes obedece a la polémica eterna por la presencia de lo humano, por el quiénes somos como especie; pero para Alfonso, que nunca niega posibilidades, le parecía más una pregunta por el *yo persona*, por cada una con su propia historia, la representación íntima de su paso por el mundo. Ante este hecho, nuestro personaje concluyó que la provocación evocativa de Tenamaxtli no solo no era una coincidencia, sino que se trataba de un mandato, un imperativo que le imponían los que noche a noche dialogaban con él, pero también su propio ser, ese que le hace ser lo que es.

- Se trata de un truco de los muertos.

Se sugirió a sí mismo mientras el reflejo del espejo se desdibujaba con la luz tenue de un foco decadente. Para cuando se dejó de secar el pelo y ponerse ropa para dormir,

Alfonso solo alcanzaba a ver un televisor viejo que estaba postrado en un ropero, aún más antiguo, que permanecía de pie frente a la cama. Se recostó y, viendo al aparato eléctrico de bulbos, entre el sueño y la vigilia comienza a recordar.

- A propósito de los recuerdos.

Se escuchó la voz seria y parsimoniosa del General.

- Esta escena me trae a la memoria la noche que partí del hogar. Estaba así de oscuro y desolado el jacal. Solo la sensación de temperatura era diferente, en mi terruño el calor era húmedo en aquella época. Aquí se siente seco, como si no hubiera una gota de agua.

- ¿Cómo?, ¿qué?, ¿quién es?

Se hizo el silencio, pero a cambio se asentó la mirada. La mirada que inunda posters, mantas, playeras, murales y demás formatos en los que se presenta la icónica imagen inseparablemente ligada a la frase de “Tierra y libertad”

- ¿Mi general?, ¿qué hace usted aquí?

Preguntó Poncho mientras se incorporaba de la cama.

- ¿A qué viene la pregunta?, tú sabes que Francisco el viejo siempre nos cuenta lo que platica contigo. Ya contó que te animaste a decirnos cosas de tu vida, entonces yo vengo a escuchar alguna historia.

- Pero, con todo respeto mi general, ya les conté todo. Les platicué desde cuando empezamos a resistir contra la inundación hasta la fecha. No se han perdido nada, ¿qué más les voy a contar?

- Te acabo de decir que ya nos confirmó Tenamaxtli que hablarás ahora de ti, de cuando pequeño, de tu familia, tu gente y tu pueblo de hace años.

- Aaah, sí, eso. Pero don Francisco solo me preguntó, yo no le aseguré nada. Me dejó pensando, es cierto, pero yo no sé si quiero hablar de eso, ¿cuándo la gente habla de eso?, solo que le hagan una biografía. Yo, la verdad, tengo muchos recuerdos, pero son recuerdos de la panadería, de mis trabajos, algunos viajes, las carreras y todos los seres queridos.

- Pues eso Poncho, eso es lo que vale la pena contar.

- Pero, ¿por qué tendría que ser yo el que cuente esas cosas?, ¿por qué les llama la atención mi historia?

- Nos llama la atención tu versión de tu historia, así como durante todo este tiempo que hemos estado juntos, compartiendo el pan, el café, la tortilla y el chile molido, nos ha llamado tu versión de la historia, tu versión de la resistencia de Temacapulín...

es porque uno se abruma de que se repitan las recetas discursivas de los poderosos, los intelectuales y oportunistas, esas que aparecen en ciertos libros, basadas solo en el documento, en el dato duro. Las evidencias adecuadas a las ideologías de los vencedores.

Se quedaron mirando, luego un ruido extraño llegó del solar oscuro, tan extraño que giraron su atención al árbol que está frente a la puerta del cuartito donde duerme el viejo alegre de Temaca. Como no parecía haber algo viviente que resonara en la penumbra, el General retomó la conversación convencido de que algún muerto los observaba.

Le dieron vueltas al asunto, había algo de aquella curiosidad primigenia de Tenamaxtli, secundada por el General, que no le cuadraba a don Alfonso. A su entender, parecía una broma pícaro de los visitantes nocturnos, aquello de lo interesante que podría ser el caminar de un campesino que ya pausaba los pasos. Sin embargo, con todo y sus dudas, nuestro personaje se incorporó para tomar del ropero una carpeta reusada que en su interior guardaba fotos, folletos, papeles de identidad, recortes de periódico, hojas sueltas en donde se plasmaban pensamientos, reflexiones, bitácoras y hasta canciones, todas ellas del puño y letra de un novel Alfonso Íñiguez Pérez. Don Emiliano se quedó estupefacto, mientras observaba con toda atención, cómo se resbalaban los documentos que, en sus deseos, daban cuenta de la historia de vida de aquel hombre que quizá el tiempo le había arrebatado la posibilidad de ordenar tan valioso acervo.

- ¡Que visionario!

Dijo con autoridad don Pancho mientras cruzaba la puerta para adentrarse en la escena.

- ¿Verdad que sí?

Confirmó el General con el asombro en la voz, al tiempo que buscaba en la expresión del rostro de Francisco el Nuevo más señales de complicidad. Y es que cuando en las charlas sostenidas por los héroes de la rebeldía, se tocaba el tema de don Poncho, normalmente convenían en que más allá de los múltiples y evidentes atributos que posee, hay en este hombre una inusual inteligencia que no dejaba lugar a dudas de su extraordinaria presencia. Lector persistente, aficionado de la escritura, amante de la música, alegre bailarín, incansable corredor, apasionado cocinero, agudo conversador y ahora visionario. Poncho, no dejaba de poner atención a la conversación que habían iniciado los caudillos sobre su persona, a pesar del tumulto de cosas que recogía del piso.

Mientras juntaba los fragmentos de una vida en imágenes y grafías mecanografiadas en papel blanco, casi amarillo; Ponchito se sonrojaba. No estaba claro si el estupor era la manifestación de la modestia que también le caracteriza, o si se trataba de una inconformidad incomoda que jamás se atrevería a expresar. Los halagos a su persona, nunca fueron una demanda en su vida y, por lo tanto, no eran esos reconocimientos los que le motivaban a entrar en acción. Quería, en aquel momento, hurgar en los objetos en tinta que con absoluta conciencia había guardado para conservar

momentos icónicos de su vida, para ahora descubrir si le ayudaban a concretar la memoria y reencontrarse a sí mismo.

- Mira Emiliano, ya está todo junto.

- Sí, ya lo junté, y sin que me ayudaran, por cierto. Ahora tengo que ordenarlo.

Interrumpió don Poncho, antes de que el General correspondiera a la afirmación del Centauro del Norte. Luego, apoyó el bonche de papeles en la cama para comenzar la faena, pero se dio cuenta de que ya era demasiado tarde y prefirió trasladarlos a un tocador improvisado con una mesa y un espejo encima. Ya los acompañantes se habían retirado, a Poncho no le sorprendió el hecho porque solía pasar que, Zapata y Villa, simplemente desaparecían o se retiraban por el caminito rodeado de plantas. Tomó uno de los papeles sin ver el contenido, caminó hacia un buró colocado a la altura de la almohada e incendió una vela. Apoyó el documento entre el respaldo y el colchón, se dirigió al interruptor de la entrada para apagar la luz. Con pasos menos firmes, iba esquivando los contornos de sus muebles hasta llegar a tomar sus lentes. Se recostó lentamente y, acercándose al claro de la vela, descubrió un acta de nacimiento.

2 de agosto de 1936... Alfonso Íñiguez Pérez... Temacaaa..., alcanzó a leer antes de cerrar los ojos, pero esta vez sí se quedó dormido, ya el cansancio no le permitió quedar estacionado en entresueños, como unos minutos atrás.



Alfonso Íñiguez Pérez a los 2 años.

Capítulo III. Albores

Al despertar la conciencia, el primer pensamiento fue salir a comprar tortillas a la tienda, así que se vistió para ponerse en marcha. Pero, a esa hora, el pensamiento es más rápido que el cuerpo y, en lo que se ataviaba, sonó el timbre del teléfono celular pero no alcanzó a contestar. Solía pasarle, así que no se preocupó y continuó con el calzado, unos tenis de corredor profesional que su esposa e hija le habían regalado el año pasado por su cumpleaños. El aparato sonó de nuevo, era Gabriel.

- Buenos días Poncho, ¿cómo estás?

- Bien Gabriel, bien.

- Poncho, esta semana hay un compromiso con autoridades en la Ciudad de México. Ocupamos ir dos personas del Comité. María Félix anda en Estados Unidos con Tilde, no sé cuánto tiempo van a estar por allá. Abigail está muy ocupada ahorita, tiene visita familiar, está con las nietas y no creo que quiera salir en este momento, ¿cómo vez?, ¿te propongo para ir juntos?

- Aaah, sí, de acuerdo. ¿Cuándo es la salida?

- El jueves, porque la reunión es el viernes en la mañana, ya el mismo viernes nos regresamos.

- Sí Gabriel, como no. Vamos... ¿y María Alcaraz?

- Ella está muy ocupada con lo del templo, además acaba de regresar de Estados Unidos también, a ella no le gusta mucho salir a otros asuntos, no creo que quiera ir.

- Está bien, yo voy.

- Bueno, gracias Poncho. Yo ando ahorita en Guadalajara y al rato me voy para la peletería, necesito ayudar un rato. Pero el miércoles voy para Temaca, ahí nos organizamos.

- Sí Gabriel, ándale, nos vemos.

Cuando colgó, miró el calendario, era el último domingo de junio de 2023, así que se apresuró a comprar las tortillas porque seguramente llegarían visitantes al mesón y no le daría tiempo de hacer compras en la tienda de Jorge antes de prepararse para la misa. De regreso, puso las mercancías en la barra de madera que rodea el área de cocina. Al lado de las cacerolas usadas del día precedente, descubrió el enorme molcajete que cada semana rellenaba con una exquisita salsa hecha con chile de árbol cultivado en Temacapulín. Le pareció extraño ver ahí ese colosal muñón de

roca pues apenas el viernes pasado lo había colmado con el delicioso moje. Se acercó para mirar mejor y se percató de que estaba completamente vacío.

- ¡Aaahh, canijo!

Se admiró de semejante extrañeza, ¿cómo era posible que se acabara tan rápido? Hurgó entre los trastes sucios que estaban en la tarja y encontró tazas con restos de café, cuatro de ellas para ser exactos. Luego salió de la cocina para echar un vistazo a la alacena contigua, quería verificar si el recipiente del azúcar estaba ahí.

- ¿Qué pasó?

Se preguntó en voz alta cuando descubrió la ausencia del endulzante. Volteó hacia la mesa y lo miró sin la tapa y con una cucharita apoyada sobre el borde del frasco.

- ¿Habran venido Hugo?

Pero Hugo no estaba en Temacapulín por esos días. Además, él siempre entra solo a *Mamá Tachita* o, si acaso, con un acompañante más. Su hipotética llegada no coincidía con las cuatro tazas sucias. A continuación, Poncho recordó que Claudia lo había visitado la tarde anterior junto con otras personas, pero eso había ocurrido muy temprano, antes de que llegaran comensales a la cena y mucho antes de que él cerrara el portón, lavara todos los trastes (excepto las cacerolas) y se diera un baño antes de dormir.

- ¿Habrá venido Juana y Brenda?

Esta vez la pregunta fue con una esperanza alegre. Se apresuró a la habitación de su hija Brenda para ver si estaba ahí junto con su nieta más pequeña. Era posible que sin avisar llegarán tarde de Tepatitlán y no lo quisieran despertar, así que la ilusión de encontrarlas descansando se apoderó de sus emociones por un momento, pero al abrir discretamente la puerta del cuarto, el corazón se desaceleró. No tardó mucho en recordar que cuando salió por las tortillas, no vio el automóvil de su hija estacionado frente a la puerta del restaurante.

Poncho se comenzó a poner ansioso, las conjeturas que podían dar respuestas al molcajete vacío, los recipientes con resto de café en la tarja y el azúcar en la mesa, se iban derrumbando y agotando, la única explicación que le parecía lógica era una cena después del baño, pero hasta ese momento no recordaba. Se sentó en la banca que, cuando se sienta uno a comer en el *Mesón de Mamá Tachita*, queda de frente a la pared de las fotografías. Obsesionado con saber qué había pasado la noche anterior intentó hacer un recuento de los hechos del día... estaba cansado, por más que trataba de ordenar las cosas en su mente no lo lograba, el agotamiento le ganaba. Había estado solo toda la semana atendiendo el mesón, mientras el resto de su familia se trataba de ganar unas monedas más trabajando en Tepatitlán. Se esforzaba en recordar y le distraían las imágenes frente a él, se atravesaban recuerdos. Luego comenzó a adormitarse, tenía pocas horas de haberse levantado pero el cuerpo es así, cuando sabe que hay tiempo de recuperar fuerzas aprovecha.

- No te agobies, otra posibilidad es que no hubieras lavado los trastes de la cena.

Le susurraron en su oído izquierdo. Era la voz de Tenamaxtli.

- ¿Cómo?, ¿qué hace usted aquí?

- ¿Cómo que qué hago?, vine para ayudarte a recordar.

- ¿Qué tengo que recordar?

- Lo que pasó ayer en la noche, ya me di cuenta que estás muy preocupado por no tener claro lo que sucedió durante la madrugada, ¿acaso no recuerdas?

- No, si yo tengo mucha memoria. Lo que pasa es que anoche vinieron mis generales después de que usted se fue, pero no recuerdo que se quedaran a tomar café y menos aún que se pusieran a comer tacos de mi salsa. Estuvieron un ratito y se desaparecieron por la veredita que lleva al baño. Entonces, por eso estoy un poco confundido con lo de los trastes sucios.

- Ya, ya, pero no es para tanto Poncho. Mira, si no te acuerdas de lo que pasó después de que se fueron por la veredita no hay problema, es normal, estabas un poco cansado y apenas si pudiste contarnos algunas cosas de tu niñez. Además, cuando regresamos ya era casi de madrugada y te encontramos bien dormido. Pero, Francisco el Nuevo y Emiliano, no quisieron dejar pasar la oportunidad de escucharte, dijeron que habías encontrado unos papeles de tu pasado y te despertaron para que nos platicaras algo de lo que ya habíamos acordado.

- No es cierto, ¿cómo?, no me acuerdo de nada.

- Ya te dije que no hay problema, para eso vine.

- Pero, está usted loco, es muy temprano, la gente va a llegar y se dará cuenta de su presencia.

Poncho se levantó de la banca y fue a donde el portón para cerrarlo.

- Tranquilo, nadie se dará cuenta de que estoy aquí, además, si alguien llega y me ve ¿cómo va a saber quién soy?, son muy pocas personas las que reivindican mi existencia en la historia y, menos aún, las que tienen alguna idea de cómo soy. O sea, casi nadie me conoce.

- ¿Cómo no?, si ya hasta mandamos hacer una estatua suya para ponerla en la entrada del pueblo. Además, con esa indumentaria...

Era verdad, la gente de Temacapulín había decidido conmemorar su propia lucha homenajeando al que consideraban su predecesor, la idea era hacer una estatua o una placa de Tenamaxtli y colocarla en algún lugar emblemático.

- Ya, sí sé del proyecto, pero tú sabes a qué me refiero. Fuera de la gente del Comité, solo unos cuantos más relacionan mi nombre con esta apariencia.

- Bueno, tal vez tenga usted razón, pero no me la quiero jugar. Yo le prometí ser discreto con sus visitas y no quiero faltar a mi palabra.

- Lo sé, tú eres una persona de buena ley, ayer lo demostraste una vez más.

- ¿A qué se refiere?

- Prometiste que nos contarías tu vida y fue precisamente lo que pasó anoche.

- Y dele con esa cantaleta, yo no prometí nada don Francisco.

- Bueno, a mí me avisaron Pancho el Nuevo y Emiliano, por eso vine a escucharte. Si no me crees, déjame decirte algo de lo que nos narraste, así sabrás que es verdad que ocurrió una tertulia histórica entre la noche de ayer y la madrugada de hoy. Lo que dijiste, no nos lo habías contado antes, así que no tendría otra forma de saberlo.

Poncho se quedó perplejo, no podía aceptar que había estado charlando con los tres personajes sin acordarse de nada y menos aún que les hubiera contando algo de su vida durante el encuentro, durante un sueño.

- Tu nombre completo es Alfonso Íñiguez Pérez y naciste en Temacapulín, Jalisco, en el año de 1936, el día 2 de agosto, en la calle Porfirio Díaz #10. Tus padres fueron José Íñiguez Martínez y Ebodia Pérez Guzmán. Fueron 5 hijos en la familia, tú, Dolores Íñiguez, Antonia Íñiguez, Flavia Íñiguez y Rosa Íñiguez, pero hubo uno de la familia que murió de nueve meses, se llamaba José, esos fueron los hijos de tu mamá y de tu papá. Te criaste en Temacapulín, la niñez la pasaste aquí. Ingresaste a la escuela en 1940, nos dijiste que tu profesor se llamaba Jesús Pérez, originario de Mexicacán, y que con él conociste las primeras letras, el párvulo, como se le decía antes.

- Es cierto, ¿cómo puede usted saber eso?

- Ya te aseguré Poncho, tú lo contaste y nos compartiste también que tu papá y tu mamá fueron personas muy trabajadoras.

- Sí, mi padre trabajaba en la panadería, yo lo acompañaba, él se levantaba a las 4 de la mañana, preparaba todo y amasaba para así estar a las 8 de la mañana horneando las conchas, los torcidos, el birote y semas de plan blanco.

- Tú te levantabas con él para trabajar y lo acompañabas a esa y otras tareas.

- Es cierto, lo ayudaba en la panadería y mi madre también lo hacía, ella se encargaba de hacer el amasijo y el pan cuando mi papá y yo íbamos a la milpa. Ella también atendía la tienda de abarrotes, una tienda de la que nos encargábamos toda la familia cuando hacía falta, pero el principal responsable era mi papá. También criábamos marranos, vacas, caballos y burros. Todo eso sabía hacer mi papá y toda su vida se la

dedicó a ello, hasta que pudo. Pero se puede decir que era lo que se acostumbraba en Temaca, ir al campo a sembrar, criar animales y trabajar en otra cosa para que diera para toda la familia. En general, somos gente muy trabajadora.

- También nos dijiste que cuando eras muy pequeño, estuvieron en Nayarit, pero no terminaste de contarnos cómo fue estar allá porque escuchamos un ruido en la teja y pensamos que era un tlacuache. Nos distrajimos.

- Ha sí, mi familia me platicaba que cuando yo nací, nos fuimos a vivir a Nayarit, a un pueblo que se llama Tecuala. Mi papá allá tenía parientes, una tía carnal, se llamaba Elvira, Elvira Martínez, hermana de su mamá de él. Todos allá trabajaban en una mina de oro, se llamaba *La Providencia* y a mí me llevaron creo de año y medio o de dos años. Me platicaba mi mamá que me cuidaba mucho por el calor, decía que yo sudaba un montón. Cuando regresamos de Nayarit, yo comenzaba a hacer uso de razón; fue a finales del año 1939, eso sí lo recuerdo. Al siguiente año cumplí cuatro años y, para ese entonces, mi familia y yo ya estábamos de vuelta en Temaca.

- Entonces, ¿tienes recuerdos desde los tres años Poncho?

- Sí, sí me acuerdo de cuando regresamos a mi Temacapulín. En 1942 entré a la escuela Parvulitos, con el maestro Jesús Pérez, hijo de Bartolo Pérez, quien alguna vez también fue profesor de Temacapulín. Éramos 20 alumnos y 20 alumnas. Estaba dividido, había un grupo para niños y otro grupo para niñas, la maestra de las niñas era Ignacia Pérez, originaria de Mexxicacán. En el recreo jugábamos béisbol, a las escondidas, el trompo y a la zumba.

- ¿La zumba?

- Sí, era un juego que se hacía con una corcholata aplastada y agujereada. Le metíamos un hilo por los agujeros y la hacíamos girar, era muy divertido, pero te podía cortar.

Alguien tocó a la puerta, Poncho reaccionó con una mirada imperativa dirigida a Tenamaxtli. El héroe caxcan entendió el gesto al tiempo que Poncho se levantó de la banca para abrir la puerta, confiado en que Francisco Tenamaxtli ya se había retirado. En el portón se asomaban turistas, una familia que por cuarta ocasión visitaba el pueblo para disfrutar de sus aguas termales. Llegaron con don Alfonso buscando desayunar, pero en esta ocasión ya no los pudo atender, faltaban 40 minutos para la misa del medio día y no le daba tiempo de preparar algo para los potenciales comensales.

- Perdón, voy a cerrar para ir a misa. Estoy solo y no hay nadie más que los pueda atender. Pero a lo mejor con Juanjo hay alguien que les pueda servir.

- Muchas gracias don Poncho... oiga, pero en la tarde sí abre, ¿verdad?

- Sí, si gustan en la tarde, aquí los espero.

- Gracias, nos vemos al rato entonces.

Alfonso se lavó la cara y mojó su pelo para peinarse, se cambió la ropa y marchó a la celebración religiosa. Mientras caminaba rumbo a la basílica de Nuestra Señora de los Remedios, rememoraba los sucesos de la noche anterior y lo que había compartido con los héroes rebeldes. En el momento en el cruzaba por la plaza de Temaca, se le reveló la imagen de su abuelo materno Melquiades y su tío Cuco, específicamente en aquella ocasión en que, siendo Poncho muy pequeño, le tocó laborar la tierra junto a ambos familiares.

En el recuerdo, él aparecía sembrando maíz y su abuelo colocando el frijol entre cada surco mientras Cuco manejaba la yunta. Tras la faena, el abuelo daba 5 pesos al pequeño por ayudarlo a sembrar, tendría Alfonso entre 7 y 8 años de edad en aquel momento. Con el dinero empuñado, se despedía de su tío de apenas 17 años y de su abuelo para después echarse a correr donde su papá. En la remembranza, Poncho no dejaba de asombrarse de la corta edad de Cuco y de su destreza para manejar la yunta. Un par de años más tarde, cuando Alfonso debió sembrar con su papá, el pesado instrumento para abrir la tierra era manejado por su progenitor y él adoptaba el papel de sembrador de frijol.

Todos los días Poncho camina, de un lado a otro, a la tienda, a la reunión, al curato, al panteón. Llega a la plaza, pasa por *Mamá Tachita* y se va hasta al fondo, regresa, va a la misa y de nuevo a la reunión. En cada marcha se acuerda y se recuerda. Los recuerdos le alegran el corazón. Con las imágenes de su abuelo y su tío Cuco en la mente, ingresó al recinto sagrado y se dispuso a escuchar el sermón.



Al margen derecho, abajo, de rodillas, con jorongo y sombrero ancho, el niño Alfonso posa para la foto escolar.

Capítulo IV. La vida en Temacapulín

De regreso al mesón, tomó camino por la parte frontal del edificio sacro, cuando doblaba la esquina se escuchó la voz de Juan José quien, como casi siempre en esos días, estaba dialogando con un responsable de obra a cargo de remodelar calles y banquetas de Temacapulín. Poncho se acercó para escuchar la conversación. El oriundo de Temaca y dueño de la *Fonda Nelly*, le explicaba al trabajador de la construcción (en su día de descanso) que el empedrado del pueblo fue el resultado del trabajo colectivo de sus antepasados, incluyendo a mujeres, que acarrearón piedra por piedra desde el río Verde para colocarlas pacientemente en las calles.

Mientras se acercaba, Poncho asentía a las palabras del hijo del difunto Santiago Hernández.

- Verdad Ponchito que así fue.

Confirmó Juanjo mientras miraba el rostro de nuestro personaje.

- Sííí, así fue, el gobierno no nos daba nada, nunca nos dio nada, estábamos abandonados. Pero la gente de Temaca no ocupaba de bules para nadar. Aquí, entre los hijos ausentes y las que se quedaban a cuidar a los niños y niñas, hicimos lo necesario para que el pueblo se mantuviera vivo. El kiosco, el atrio de la Basílica y muchas otras obras que ustedes pueden ver, se hicieron con el trabajo y el dinero de la gente.

- Le digo.

Cerró la conversación Juan José. Poncho se retiró por la sombrita. El sol de la 1:30 de la tarde estaba con todo. Apenas una nube se asomaba, que esperanzas de que llegara la primera lluvia buena de la temporada. Al llegar al restaurante se puso a freír frijoles y sacó unos bistecs del refrigerador para que se descongelaran. Esperaba a la familia que le había asegurado que llegaba a comer. Después de la comida la tarde se hizo larga, así que se la tomó para reflexionar, estaba seguro de que al caer la noche los visitantes llegarían a conversar. Se preguntaba qué les iba a contar, qué parte de su historia de vida les parecería interesante. Mientras seleccionaba algo en su cabeza se le ocurrió que llegarían ávidos de más tortillas con salsa. Sacó el resto de las tortillas que había comprado por la mañana, una buena cantidad de chile de árbol y demás ingredientes para rellenar el molcajete. Al cabo de un par de horas concluyó.

Al caer la noche el presagio se cumplía. Francisco el Viejo, el General y Pancho el Nuevo se reunían por última vez en *Mamá Tachita*, solo que don Alfonso aún no lo sabía.

- Dice Poncho que en Temacapulín se vivía bien bonito, bien a gusto.

Comentó Tenamaxtli a Pancho el Nuevo y al General mientras retornaba de la cocina al comedor, el guerrero de la Gran Chichimeca caminaba junto a Poncho que llevaba entre sus manos las tortillas bien calientitas. Villa y Zapata permanecían sentados esperando el banquete. Don Alfonso hubiera querido que los tres se quedaran quietos para que él los atendiera, pero Francisco el Viejo tenía un cariño especial por don Poncho, no podía dejar de sentir que tenía que cuidarlo, en la medida de sus posibilidades.

- ¿En serio?

Cuestionó el Centauro del Norte a la afirmación de Tenamaxtli. Poncho sonrió pícaramente.

- Pues que nos cuente cómo era este pueblito.

Solicitó Villa con ansiedad, al tiempo que parecía colmar una tortilla de maíz con el exquisito manjar picante. Don Alfonso hizo una penúltima caminata a la cocina para apagar el fuego que hacía que hirviera la olla de café, luego fue al tendedero a descolgar un trapo y retornó a la cocina para acercar la bebida a sus compañeros. Se sentó al lado de Tenamaxtli que le ayudó a verter el líquido aromático en las tazas. Ya dispuestos en la mesa, comenzó a narrar.

- Cuando era niño la vida en Temacapulín era muy bonita. Como niños nos la pasábamos jugando y paseando por el campo. Creo que ayer ya les conté de los juegos que hacíamos en el recreo de la escuela. Pero también como niños teníamos la obligación de estudiar, aprender y otras obligaciones en la casa y con nuestras familias. Cuando llegaba el verano las familias hacíamos siembra de maíz, frijol y calabazas; en su mayoría para consumo personal, de las mismas familias pues. Diariamente, todas las personas teníamos labores que cumplir. El esfuerzo era la característica principal de la vida en el pueblo. La gente se esforzaba y se dedicaba en todo lo que le tocaba. Eso para mí era bonito, porque significaba que teníamos una forma de ser en común.

Tomó una pausa y le dio un sorbo al café.

- Me acuerdo que, en aquellos años, entre los años cuarenta y cincuenta, las personas de aquí tenían que salir a Cañadas o a Mexxicacán en caravana, a traer mercancías, medicina e inclusive material para hacer ropa. Sí, aquí la misma gente hacía pantalones, chamarras y demás. En Temacapulín, había mujeres modistas y hombres sastres, entonces, esas personas tenían que ir a Mexxicacán o a Cañadas a comprar mezcililla u otros tipos de tela para trabajarlos y hacerlos ropa. O sea que aquí mismo se hacía mucha de la ropa que se usaba sin necesidad de una fábrica o un mercado.

- Más bien se hacía la ropa aquí porque no había ni mercado. Mira que ir hasta otros pueblos en caravana a traer lo básico para vivir, se me hace que estaban muy aislados.

Interrumpió el General un poco indignado. Poncho prosiguió.

- Bueno, quizá tenga razón mi General, me acuerdo que, para el año de 1943, en Temaca, todavía no había luz eléctrica. No se escuchaba radio, tampoco televisión, o

algún otro aparato electrónico, no, aquí nada de eso se conocía, la vida era totalmente campesina, agraria pues. Tampoco había carreteras, por eso, el transporte era por puras brechas en vehículos de carga, los camiones que transportaban marranos u otros animales pesados, también hacían el trabajo de traer mercancía que servía de utilería para los diferentes negocios de la época; de Guadalajara a Temaca se hacía un gran trecho. Había, además, en su mayoría, puro camión de redilas que debía de pasar por la terracería. Se podría decir que Temaca estaba incomunicada. Ni que decir de correos o teléfonos. Bueno, años después, por ahí de los sesentas o setentas, llegó una caseta de teléfono que estaba en la tienda de las Pelancho, pero antes, en aquel entonces, nada.

- ¿Y aun así era bonito?

Preguntó Tenamaxtli un poco intrigado.

- Claro, la belleza que vemos, como decía Platón, participa de la idea de belleza, por eso basta con un poquito de belleza, un detalle bello, para tener toda la belleza que necesitamos de la gente.

- ¿Y cuál es el detalle que tu recuerdas?

- Pues sin duda la compañía de mi familia, los amigos, la gente del pueblo, los paisajes verdes y amarillos, según la época del año y, el río, siempre el río. Tengo muchos recuerdos en donde se juntan esos elementos, así que, para mí, todo lo que nos rodea está lleno de momentos muy bonitos que guardo con mucho aprecio. Aunque muchas cosas han cambiado desde que era niño, me basta con un detallito, algo pequeñito para acordarme de todo lo agradable. Ahora mismo que están arreglando la primaria, miro como avanzan las obras y me acuerdo de mi escuela, que no estaba ahí en donde está ahorita, en aquellos años la primaria estaba en donde ahora se ubica la plaza del pueblo, los dos párvulos estaban ahí, el de niñas y el de niños; pero me acuerdo de los pupitres, de mis compañeros y de mi maestro Jesús.

- Entonces, ¿hasta cuándo fue que construyeron esa escuela que están arreglando?

Interrumpió uno de sus atentos espectadores. Poncho no se alcanzó a percatar de quién cuestionaba pues permanecía con la mirada puesta en el recuerdo, parecía que observaba hacia el tupido de plantas que cubren el solar frente a la cocina y el comedor, pero no, Alfonso estaba escudriñando en su memoria para que flotara la imagen precisa del instante que ahí se alojaba.

- Durante el sexenio de Miguel Alemán se había hecho una escuela nueva y se hizo la primera escuela federal, la hizo el gobierno, me imagino que la federación, la SEP. En la escuela anterior, a donde yo había asistido, el primer año era en el portal. Adentro, en los salones, además de las mesas y las butacas también teníamos otros recursos que nos ayudaban a tomar nuestras clases, había pizarrones, mapas, libros y reglas. Más o menos 70 años tendrá esa primaria que están remozando, pero en Temaca no faltó un lugar para tomar clases antes de que la construyeran. Mi mamá me platicó que a ella le tocó ir a la escuela y la maestra Cecilia fue su profesora, cuando ella tenía de 13 a 14 años. Esa maestra también la conocí. Había personas que enseñaban a leer. Más que

nada, se trataba de personas que daban clases particulares en su casa. Por ejemplo, a mi papá, a sus hermanos y a los demás de la época, les tocó ir con esos señores que sabían bastante y les enseñaron lo básico; a leer, escribir y matemáticas, eso era lo que aprendieron. Por mi parte, a mí me tocó estudiar bastante con un maestro que se llamaba Gustavo, mucho estude con él. Imagínense, entré con el profesor cuando tenía 14 años, y para ese entonces yo ya no quería ir a la escuela, pero mi mamá me obligó a continuar.

Mientras el testimonio de Alfonso fluía, la noche se prolongaba. Ninguno de los caudillos de la revolución quería retirarse, pero al filo de la media noche, uno de ellos, el más prudente, decidió tomar la iniciativa de descansar o, nunca se sabe, atender otros asuntos que quizá podían apremiar en el sur. El caso es que su compañero, no solo del instante, sino de aquel emblemático ingreso a la Ciudad de México un 6 de diciembre de 1914, decidió seguirlo y dejar la próxima historia para otra ocasión. Con toda cortesía, rayando en la solemnidad, se despidieron de Alfonso y Tenamaxtli. Era extraño, por lo regular ambos iban y venían de *Mamá Tachita* sin consideraciones semejantes, así que el ritual se presentó como algo fuera de lo común a los ojos de Alfonso, aunque no así para Tenamaxtli.

Los abrazos y apretones de mano llenaron el escenario, sin duda, no era una despedida cualquiera. Habían sido varios años de visitas esporádicas que iniciaban al filo de las 9 de la noche, o más tarde, según se desocupara el anfitrión. Normalmente, los encuentros culminaban hasta agotar un tema, porque los puntos de vista se convertían en debates en los que no había vencedor, pero sí complicados consensos tardíos. Esta noche era distinto, no se habían esgrimido opiniones, ni tocado tópicos políticos, económicos o sociales que dieran pie a la discusión. Abundaban, eso sí, las preguntas, sobre todo de Tenamaxtli quien parecía particularmente interesado en conocer ciertos detalles de la vida de don Alfonso Íñiguez Pérez.

Poncho escudriñaba la escena mientras reflexionaba, se continuó despidiendo y una idea se quedó fija en su mente. Se le ocurrió que tal vez se marchaban porque la historia de su vida les estaba pareciendo poco interesante. Tanta expectativa había generado que quizá ahora era decepcionante. Esta posibilidad le inquieto de más, tal vez por eso se convenció y creyó que, sin duda, eso era lo que motivaba la imprevista partida de sus dos héroes. En el mismo sentido interpretó el hecho de que Francisco Tenamaxtli no se movía de su sillón. A estas alturas estaba convencido de que el primigenio defensor de los pueblos del actual occidente mexicano sentía un cariño muy especial por él y, solo por eso, sería capaz de quedarse a escucharlo.

El último gesto de despedida fue de Tenamaxtli hacia Zapata y Villa.

- Muchas gracias por todo, compañeros. ¿Cómo es?... ¡arrieros somos!
- ¡Y en el camino andamos!

Completaron al unísono los caudillos. De inmediato, se escucharon carcajadas que se alejaban por el sendero del patio trasero, mientras Tenamaxtli miraba fijamente los ojos de un desconcertado Alfonso.

- ¿Qué, seguimos Poncho?

- No sé, usted dígame. Se me hace que los estuve aburriendo con mis recuerdos de la vida en Temacapulín cuando yo era niño. Se me hace que por eso se fueron mi General Villa y mi General Zapata.

- No, que va, tu historia no es aburrida en ningún sentido. Se tuvieron que retirar porque así era el acuerdo.

- ¿El acuerdo?, ¿cuál acuerdo?, ¿de qué?

- De que se tenían que ir a cumplir otras tareas. Están muy ocupados. Aquí vienen en sus escasos momentos libres para estar a gusto, disfrutando la conversación, el café y tu salsa. Ya teníamos muchas ganas de hablar de tu pasado, bueno, de saber de tu pasado, es solo que el deber llama siempre.

- Pero, ¿qué deberes pueden tener los difuntos?, digo, aquí en el mundo de los vivos.

Tenamaxtli profundizó la mirada. Hizo una pausa larga y Poncho la aprovechó para agregar un matiz en la pregunta.

- Ya sé que estos difuntos son muy especiales, los más importantes para todos nosotros los mexicanos, no quisiera faltarles al respeto y que usted piense que estoy menospreciando sus figuras o que no valoro lo suficiente el que se tomen la molestia de venir a visitarme. No quise decir nada que se entienda que estoy faltando al respeto don Francisco.

- Tranquilo Poncho, comprendo lo que me dices. Entiendo también la pregunta, no es descabellada, ¿qué tareas tenemos los difuntos en el mundo de los vivos?... es más, no solo no es descabellada, me parece una cuestión muy prudente para comprender lo que está ocurriendo.

- ¿Y, usted, tiene la respuesta?.

- Claro que la tengo, pero no es momento de que usted la escuche de mi voz... ¿no se imagina una respuesta?, ¿no tiene alguna idea de que hago yo aquí? Es más, ¿no sabe cómo fue que terminé aquí, viniendo cada noche, al menos unos segundos desde 2018?

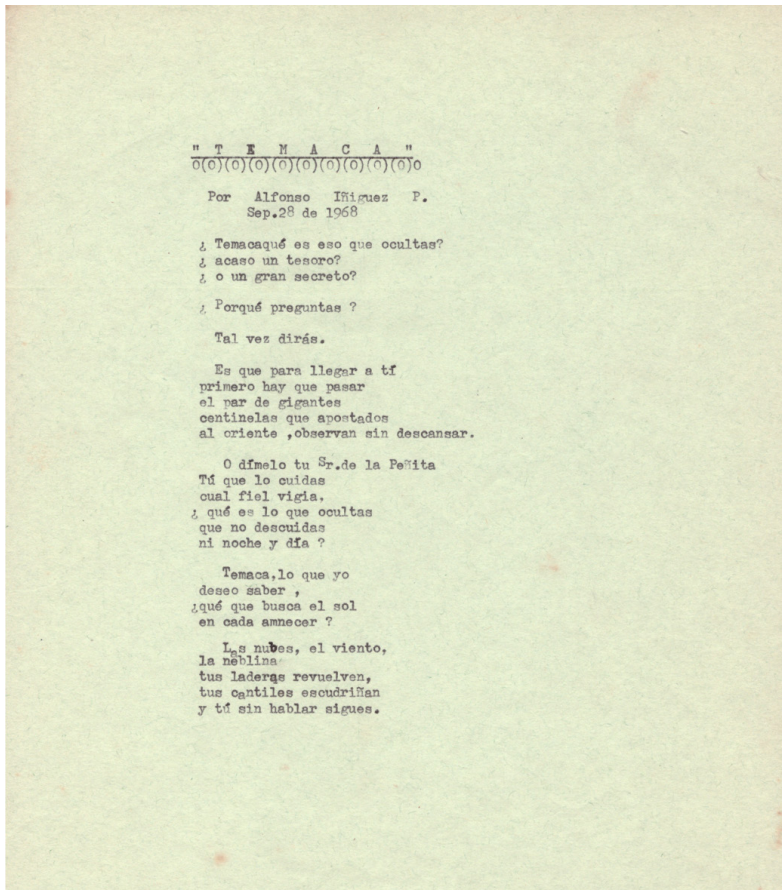
A Poncho lo paralizó el estupor, se puso de pie y miró las fotos de la pared, caminó hasta donde está el refrigerador, encendió el foco y contempló una manta plastificada colgada en el vestíbulo y que tiene la impresión de una fotografía que le fue tomada a una estatua de Tenamaxtli hecha en bronce. Al lado de la imagen, que abarca los casi dos metros de largo de la manta en su flanco izquierdo, está escrita una breve semblanza de la vida del héroe caxcán que Poncho se puso a leer en voz baja por enésima ocasión. Desde la mesa, todavía sentado en uno de los pesados sillones de mezquite, su favorito, Tenamaxtli lo observaba con firmeza.

Después de la lectura, don Alfonso retornó al comedor y se sentó de nuevo al lado de Francisco, quien no le apartaba la vista.

- Todos los días he leído su semblanza, a veces completa, algunas un fragmento. Otras muchas veces le doy lectura con la memoria, son esas ocasiones en las que solo alcanzo a ver esa foto que forjó la imagen que tengo de usted y reproduzco cada noche, como ahora mismo, en mis sueños. Muchas veces, como esta semana, estuve aquí solo resistiendo en la penumbra después de días extenuantes. Fue en una de ellas, después de esa conmemoración apagada y un poco sombría de los 10 años del inicio de la resistencia, que vine aquí, me senté y lo evoqué para tomar fuerzas y seguir en pie de lucha.

Tenamaxtli asintió con la cabeza y luego esbozó una sonrisa. Al cabo de un silencio preguntó.

-Entonces qué, ¿seguimos?



Letra de canción de Alfonso, mecanografiada por el autor.

Capítulo V. *El hermano mayor*

- Seguimos luchando, nunca hemos parado de hacerlo. Desde que recuerdo hemos luchado. Contra amigos y adversarios, por los propios anhelos, también por los que nos tocó cuidar. Estando en paz nos despertamos. Abrimos los ojos y siempre vimos las cuestras. No sabíamos que luchamos, pero siempre lo hemos hecho. Luchando nacimos y parece que así moriremos. Así quiero morir, como ya lo pregonaron Guevara y Marcos. De los que yo recuerdo, luchando siempre. De lo que yo recuerdo, siempre estamos luchando.

- Que bonito lo dijiste Poncho, parece poesía.

- Tal vez todo lo que salga del alma es bello. Me acordé de cuando escribía canciones para mi Temaca. Allá, lejos de mi pueblo, extrañaba todo don Francisco. Había veces que soltaba unas lágrimas, pero componer canciones a mi musa me consolaba y...

Un cúmulo de trastes de metal que se estrellaron contra el piso de tierra provocó un ruido escandaloso que irrumpió en la noche. El gato de Poncho y Juana había roto la regla de no hurgar en las cacerolas y el equilibrio que guardaban los apilados instrumentos de cocina se desbalanceó con el peso del felino consentido. Poncho y Tenamaxtli se quedaron viendo, bueno, más bien se sorprendieron uno al otro con miradas de asombro en los rostros. Después soltaron las carcajadas.

- ¿Te asustaste?

Preguntó Tenamaxtli.

- No, pero pensé que usted se había espantado... vi los ojotes que puso, por eso me sorprendí.

- Yo puse los ojotes así por lo que mencionaste de las canciones, me sorprendió más eso que el gato. Nunca nos habías dicho que eres poeta.

- Compositor

- ¿Como el Bombón?

- Ándele, como el Bombón y Gabriel. Nada más que el Bombón compuso canciones para la lucha de Temaca, canciones que hablan sobre la resistencia y señalan todas las injusticias del mal gobierno, sus canciones son de burla para el gobierno y de sarcasmos. Yo, en cambio, compuse canciones para Temaca mientras hacía mi lucha fuera de estas tierras, hace ya muchos años.

- O sea que eres como el hermano mayor del Bombón y Gabriel.

- No, ¿cómo?

- Es una broma Poncho, me refiero a que fuiste precursor de las canciones dedicadas a Temacapulín, en ese sentido es como un hermano mayor que comienza las historias antes que sus hermanos, que llegan después.

- Bueno, en ese caso usted sería el hermano mayor del General y Pancho Villa, ¿no?

- No lo creo Poncho. Te digo que solo es una broma.

Hizo una pausa Tenamaxtli para reformular lo que había dicho y proseguir.

- Cada quien tiene su propia historia, su singularidad. Es cierto que, en nuestro andar, las personas vamos forjando una brecha que no está exenta de aprendizajes y que muchos de ellos vienen de maestros o maestras que elegimos o nos imponen, pero, no todas las enseñanzas, sobre todo las que elegimos, viene de los más grandes o de los que nos precedieron. Creo también que hay sabiduría en los más pequeños, en nuestros hermanos menores. Así que... no hace falta darle valor a esta broma del lenguaje que engaña la perspectiva.

- Tiene razón, no por ser más grandes somos mayores. Y no por ser mayores no tenemos grandeza.

- Mira tú, no sé si me di a entender, ¿qué quieres decir ahora con eso de no por ser grandes no tenemos grandeza?, ¿acaso te refieres a la grandeza del espíritu?

- Sí, pero no solo. Es que a veces siento que a los viejos no se nos valora. Los que somos mayores de edad tenemos cierta grandeza que ya no se aprecia por los más jóvenes. Tal vez piensan que no comprendemos esta época, su tiempo. Pero no siempre es así. Al menos aquí, en Temacapulín, somos ancianos que sabemos escuchar. Sí, damos consejos, opinamos, pero sobre todo escuchamos. Eso es muy importante, saber escuchar. Por lo menos eso podemos enseñar a las nuevas generaciones, pero muy pocos lo quieren ver.

Tenamaxtli no dijo nada, suspendió el juicio para buscarle la mirada e indicarle con la propia que sorbiera un trago de café. Poncho comprendió el gesto de inmediato, tomo la taza y la empujó para beber las últimas gotas. Con el recipiente en la mano izquierda, sacudió el líquido restante y puso marcha a la cocina para levantar los trastos que había tirado el gato y, de paso, rellenar el barro fundido con bebida estimulante. Al volver a la mesa obsequió una tímida sonrisa a un Tenamaxtli que se notaba un poco angustiado. Acto seguido, Poncho trajo a cuenta su siguiente recuerdo.

- De las únicas que soy hermano mayor, nada más porque nací muchos años antes, es de mis hermanas. Imagine si no soy mayor que yo ya tenía 18 años cuando nació una de ellas, al siguiente año nació la más chica. Fui padrino de las dos; de hecho, yo las llevé a bautizar. Se podría decir que tenemos una buena relación entre mis hermanas y yo, aunque no tenemos la costumbre de vernos continuamente.

- ¿Ves poco a tus hermanas?

- Sí, muy poco, a veces ellas vienen a visitarme por un día o dos y luego se van. Siempre andan de prisa, llegan, me saludan y se vuelven a ir. Yo he tratado de llevar una buena relación con ellas.

- Pero entiendo que tienes una hermana aquí, viviendo en Temacapulín.

- Mi hermana que vive aquí vivió mucho tiempo en Ciudad de México, luego se vino para acá, mientras que su esposo se fue a Estados Unidos y ella se quedó aquí. Ahorita está aquí su esposo y tiene sus hijos en Estados Unidos, casi todos, en Temaca nomás vive una que es maestra y otro muchacho que está medio delicado de salud y aquí está con ella, mi hermana luego se va un mes o dos meses con los hijos que están allá en California y luego regresa.

- Debe ser complicada la vida de tu hermana, ir de un lado a otro, tener a sus hijos aquí y allá.

- Sí, puede ser, pero en Temacapulín estamos acostumbrados a salir del terruño y muchas familias viven aquí y en Estados Unidos. O sea, algunas personas de Temaca viven aquí, pero muchas, la mayoría tal vez, viven en otra parte de México o del extranjero. Yo por ejemplo me fui de 20 años a la Ciudad de México a estudiar la primaria para concluir mis estudios básicos, pero, me había dado cuenta de que lo que yo estudié en Temacapulín era casi lo que estudié allá en México, ya que fue muy poco lo que aprendí allá. Una vez, el gobierno me dio un nombramiento para ir a trabajar a los ranchos dando clases. En la Cofradía estuve cerca de dos años, de docente, pero no era maestro; yo no tenía la primaria, solo sabía mucho.

- Tal vez no fuiste formalmente maestro, pero parece que siempre tuviste madera para enseñar. Te digo... hermano mayor. Pero, ¿por qué decidiste ir a la Ciudad de México a estudiar la primaria, si aquí en Temaca había primaria?

- Tenía unas tías y me invitaron a la Ciudad, con la condición de que estudiara y trabajara al mismo tiempo y, así fue, me fui y llegando ahí me enrolé en el ferrocarril a trabajar, pero en la noche iba a estudiar a la primaria. Mi abuela les dijo a mis tías que quería sacar mi primaria para así concluir mi educación básica. Esas tías vivían cerca de la Basílica de Guadalupe, y ahí estuve con ellas tres años. Una vez estando cerca de concluir la primaria ya le ayudaba yo al maestro, servía como apoyo tanto para él como para sus estudiantes. Por eso es que digo que sabía lo que tenía que saber de la primaria. Solo me faltaba el papel.

- Y ¿cuánto tiempo estuviste en Ciudad de México?

- Pues para mí lo importante no es cuanto estuve en esa ciudad, para mí lo relevante fue que pasé 43 años fuera de Temacapulín, desde 1960 hasta el 2003. Con 22 años me fui a la Ciudad de México y me dije a mi mismo, un día voy a regresar a Temaca. Me tuve que esperar 40 años para la jubilación. Desde que me acuerdo, ya de grande, mi gran anhelo era conseguir un trabajo donde yo, en mi vejez, tuviera mi dinero asegu-

rado, mi pensión y la jubilación asegurada. Me la llevé a un ritmo tranquilo, estuve 22 años en ferrocarriles y otros 20 años trabajando en el Seguro Social.

- Me imagino que fue difícil conseguir esos trabajos, ¿no?

- El esposo de mi tía trabajaba en los talleres de Nonoalco, que estaban en la delegación Benito Juárez, él se llamaba Gregorio de Alba y mi tía se llamaba Refugio Domínguez. Él me ayudó a entrar a ferrocarriles, me mandó al sindicato e hicimos la solicitud, luego llegué el día primero de enero a la Ciudad de México. Para el 28 de enero, ya estaba trabajando en ferrocarriles, el 28 de enero de 1960. Mi tío me dijo “ve a tal lado, ahí te van a hacer unos papeles, y luego vas a tener que ir a Tlalnepantla, ahí te van a dar la autorización para que vayas a Pantaco,” el taller donde yo entré a trabajar.

- ¿Qué hacías en ese trabajo?

- Los patios donde se aseaban los furgones del ferrocarril, los lavaba, los barría, los trapeaba, muchos otros trabajos. Me tocó llegar con mi jefe, se llamaba Adolfo Samarita. Desde mi primer día de labores me dieron una serie de actividades que tenían que ver con el aseo del lugar y el mobiliario, principalmente, es decir, barrer, trapear, limpiar vidrios, limpiar asientos, todo eso. Había una persona exclusiva de los sanitarios, esa se encargaba de los puros sanitarios y no pos, ahí. Trabajé en la limpieza, me dediqué cerca de 10 años como empleado, el puesto se llamaba auxiliares extras, no éramos de planta, éramos eventuales, al menos hasta ese entonces. No fue hasta los 11 años o después de los 10 años que por fin tomé formalmente la planta de aseador y, con ello, ya podía solicitar el trabajo o rol de ayudante de carpintero, o de mecánico, para arreglar lo que se ocupaba, los furgones, donde se cambian las balatas, las ruedas y todo eso.

- Mucha lucha Poncho, tu sí que comenzaste desde muy abajo ¿luego qué pasó?

- Luego, llegué a tomar una capacitación con base a las necesidades que se iban presentando en mi trabajo en ferrocarriles, entonces, conforme iba obteniendo experiencia y antigüedad en mi labor, decidí tomar un curso con certificación en el Centro de Capacitación para el Trabajo Industrial número uno. Por ahí tengo ese certificado, entre los papeles que recogí la otra noche.

Sin avisar, Poncho se puso de pie para dirigirse a su habitación. Quería mostrarle a Tenamaxtli el mentado certificado. Parecía relevante, así que su acompañante lo siguió y se sentó al lado de él sobre la cama. El foco no iluminaba lo suficiente, Tenamaxtli intentó prender la vela para reducir sus esfuerzos ópticos. Para cuando el fuego derretía la cera, ambos estaban escudriñando en los recuerdos documentados del hermano mayor que, fiel a la costumbre en Temaca, se había lanzado, 63 años atrás, a la aventura de abrir el camino de la emigración para sus hermanas.

Tardaron un rato en encontrar el documento en cuestión, más porque cada papel que veían representaba una curiosidad irresistible que les ralentizaba el hallazgo. En medio del entretenimiento, Tenamaxtli encontró un diploma grueso y todavía firme que decía: “Centro de Capacitación para el Trabajo Industrial #1, ubicado en Calzada Azcapotzalco, La Villa, 304, Santa Catarina, hace constar que Alfonso Íñiguez Pérez,

recibió capacitación en la especialidad de ajuste de banco, máquinas, herramientas, consistente en 40 semanas, con un total de 600 horas de prácticas, de taller y conocimientos complementarios. México D. F., a 15 de abril de 1965”.

- Mira qué curioso, hiciste parte de tu vida en la Ciudad de México en una época muy convulsa.

Comentó Tenamaxtli luego de intentar sentir la textura de aquella naturaleza muerta transformada en un título de instrucción para el trabajo. Poncho asintió con la cabeza repetidas veces, había escuchado a Tenamaxtli, pero también parecía haber visto algo entre sus recuerdos que le impulsó a mezclar la escucha con la dulzura de la alegría. El gesto llamó la atención del interlocutor quien pensó que había puesto más atención a su anotación, así que preguntó:

- ¿Te tocó vivir el movimiento estudiantil del 68?

La pregunta hizo que don Alfonso tomara los papeles con mayor firmeza y los comenzara a ordenar. Mantenía la mirada fija a la clasificación de unas hojas amarillentas escritas a máquina. Las letras que Tenamaxtli alcanzó a ver estaban ordenadas en verso. Pocho, cabizbajo y sin dejar de manipular sus tesoros sobre la cama, respondió la pregunta.

- Yo estaba en Ferrocarriles trabajando, cuando me llegaron a invitar a participar en marchas y otras manifestaciones. Creo que una de ellas fue la del 2 de octubre. Sí, recuerdo perfectamente esa, porque me dijo un compañero del trabajo que se llevaría a cabo una concentración en la Plaza de las Tres Culturas, en la unidad habitacional Nonoalco-Tlatelolco. Decían que el propósito era hacer notar la represión injusta que sufrían los estudiantes y profesores durante el mandato de Gustavo Díaz Ordaz. El 2 de octubre fue un miércoles, pero no me acuerdo que hubiera noticias de lo que había pasado, de la matanza masiva. Lo que sí tengo más presente es que al siguiente sábado o al otro, había mucho movimiento de algunos compañeros porque querían organizar una manifestación para gritar el descontento por los asesinatos.

- El sábado 12 de octubre se inauguraron los Juegos Olímpicos, tal vez un sábado antes o uno al siguiente de la inauguración Poncho.

- No sé, no recuerdo bien... no, ya con los Juegos Olímpicos había mucha policía y ejército vigilando las calles. Debí ser una reacción casi inmediata, pero recuerdo que hicieron el movimiento un domingo. Cuando me dijeron sobre la marcha, mencionaron que había que apoyar a los estudiantes y hacerles valer sus derechos. Tenía compañeros que trabajaban en ferrocarriles y estaban en la universidad estudiando para ser médicos. Esos compañeros, creo que también eran empleados del seguro social. Entonces, ellos me invitaban, pero les dije que yo no iba porque, como siempre, he tenido la costumbre de leer el periódico. Leí lo que había mencionado el presidente sobre poner en marcha todo lo que estuviese a su alcance para calmar al movimiento y les había advertido que usaría el ejército, la marina, los policías y hasta los aviones; pero, ellos sabían a qué le tiraban. Eran tiempos de revolución y los estudiantes creían que podían hacer una revolución en México.

- Bueno, va a ser complicado poder saber qué día fue esa manifestación de la que estás hablando.

- Seguro que fue un domingo. El lunes, cuando regresaron al trabajo, me dijeron que fue bueno que no hubiese asistido porque los balazos les pegaban casi en la punta de sus zapatos. Como que el gobierno seguía reprimiendo en lo oscurito después de ese miércoles de terror. De mis compañeros nadie murió, por suerte. Yo no los juzgo, estaban en su derecho de defender a los estudiantes y, además, algunos de ellos eran estudiantes también. Me considero un sobreviviente de esa lucha. En un principio, me consideraba sobreviviente por miedo, pero luego entendí que fue mera precaución. Algunos compañeros fueron a la cárcel por ese movimiento, es decir, tuve compañeros de ferrocarriles que sí llegaron a estar en la cárcel. Ellos habían dicho que se habría de derrocar al gobierno y que los estudiantes podían hacerlo, pero, el gobierno es canijo y capaz de llegar a las últimas consecuencias con tal de hacer su voluntad. Usted sabe de eso don Francisco.

- Los poderosos... no es solo el gobierno. Todos los que se creen o son históricamente poderosos llevan la bandera de la violencia... pero ojo, la violencia del poderoso es solo la expresión del miedo... la acción del cobarde.

- Por eso, creo que siempre se tiene que tomar la cautela, y fue lo que hicimos nosotros en nuestra lucha contra la presa. Nosotros fuimos muy cuidadosos de no confrontar al Gobierno. Fuimos diferentes a ustedes, a los zapatistas de Chiapas y a los campesinos de Atenco. Nosotros no éramos tantos como los estudiantes del 68, los ejércitos de antaño. Tuvimos que ir con el rosario en la mano, con el Señor de La Peñita y la Virgen de los Remedios. De alguna manera eso nos sirvió como para que el gobierno nos considerara poco peligrosos, pero, ya luego se vio el revuelo que causó en los medios de comunicación la resistencia de Temaca, ellos sí nos tomaron en cuenta. Nuestra lucha no fue radical, no queríamos agredir a nadie, solo queríamos vivir, alzar la voz y defendernos de la desaparición.

- Pero también querían hacer una revolución, la del agua.

- Sí, pero eso vino después, con el tiempo y la experiencia en la lucha. Al principio fue lo más básico, seguir vivos como pueblos. Además, hay muchas maneras de hacer la revolución. ¿qué no?

- Así es Poncho... y también hay muchas formas de resistir y defenderse. Todas valen, todas son legítimas. Quien agrede también lo hace de muchas formas, entonces la respuesta puede serlo también. Si te quieren desaparecer, relocalizar, olvidarte, vapulearte, violar tus derechos, difamarte, colonizarte, barbarizarte, negarte; lo que sea que te agrede, hay legitimidad en defenderte. Así como la violencia primigenia de los poderosos es la historia de la cobardía, la respuesta armada a esa violencia es la opción legítima del derecho que tenemos a decir no, para que las personas podamos seguir vivas.

- Tal vez yo no me sentía agredido por lo que estaba pasando en el 68, no tenía la conciencia que esos estudiantes y maestros tenían. Simplemente no era mi tiempo de la lucha política, a cada quien le toca su momento.

- Creo que tienes razón con eso. A cada quien le llega su hora de pelear.

- Gracias.

- ¿De qué Poncho?... ten cuidado. Si sigues apretando esas hojas que tienes en la mano las vas a romper y no creo que quieras que eso suceda.

- ¡Ah, caray!, mis canciones.

Poncho aflojo el puño que denotaba una rabia persistente. Quizá un dolor que jamás se habría de resolver.

- ¿Canciones?

Cuestionó Tenamaxtli ávido de información.

- Le mencioné que había escrito canciones para Temaca durante mi vida en Ciudad de México, pues estas son algunas, las que alcancé a transcribir a máquina.

Un despliegue de versos se postro sobre el viejo colchón. Con la palma de las manos intentó desarrugar los pliegues que los recuerdos habían producido. Eran como caricias en una piel añeja que, aunque pletórica de cariño, no se recuperaba de las heridas, solo se aliviaba. Pero aquellas letras pícaras y alegres, rebosantes de juventud y cierta inocencia, surtieron efecto positivo en el ánimo. En comparsa, repasaron detenidamente cada canción, como si tuvieran mucho tiempo antes del amanecer. Afuera del cuartito de adobe viajaban tenues carcajadas e indescifrables voces melódicas que nadie jamás escucho. Así, con la apariencia de palabras atiborradas en el exterior, las canciones de Poncho retumbaron en las entrañas de aquellos muros y los tímpanos de un hombre muerto que volvió a tener un momento de goce, uno más, con su amigo de las cañadas de los Altos Sur de Jalisco.



Mamá Tachita con nietas y nietos, Alfonso al margen derecho.



Alfonso en el trabajo.



Constancia que acredita a don Alfonso como ajustador de banco-maquinas herramientas.

Capítulo VI. *Amores nómadas*

La noche seguía transcurriendo, parecía que a voluntad se prolongaba para dar paso a más relatos de la vida de Alfonso Íñiguez Pérez. El hermano mayor de Poncho se dejaba seducir por las referencias a lugares y momentos icónicos de un pueblo a mediados del siglo pasado, en la representación de un hermano mayor de la resistencia de Temacapulín que, en aquellas fechas, desbordaba sus sentimientos en palabras metrificadas por un terruño lejano al que siempre quiso volver.

Pasadas unas horas, al menos eso parecía, las canciones dieron paso a una fotografía de Melquiades Pérez, una fotografía muy antigua, tan vieja que parecía desvanecerse cuando se le observaba.

- ¿Este quién es Poncho?

- Ah, ese es mi abuelo. Tengo muchos recuerdos bonitos de él.

- Cuenta pues.

- ¡Uhh!, bueno, como yo era el mayor de los nietos, solíamos hacer varias actividades juntos él y yo, incluyendo las labores del trabajo en el campo y en el pueblo. Yo sentía que le ayudaba con mi mano de obra. Incluso llegó un momento en donde me encomendaba su ganado, me dejaba responsabilizarme de las tareas de alimentar a los animales y de ordeñar a las vacas. Tuve una gran relación con mi abuelo Melquiades.

Tomó una pausa para continuar. Este recuerdo parecía vulnerarlo especialmente. Tenamaxtli creyó percibir un quiebre en su voz.

- Cuando él ya estaba menos bueno para el trabajo y la vida, me tocó cuidarlo. Como mayorcito, mi abuela pensaba que era el más entendido y responsable de sus nietos, así que me daba instrucciones confiando en que yo podía seguirlos para cuidarlo bien. Y sí, lo cuidaba bien, le llevaba el café, me encargaba de hablarle y acompañarlo para que se acercara a comer, le daba sus medicinas y demás cuidados. Por la cercanía, le comencé a tomar más cariño y le empecé a llamar Lelo. Siempre le tuve mucho amor a mi Lelo y, después, ya no podía decirle abuelo, pues ya me había acostumbrado a dirigirme a él con toda la ternura que podía nombrarlo. Luego se hizo hábito también, de todos mis primos, llamarle de ese modo.

En la segunda pausa, la melancolía se puso de manifiesto cuando comenzó a narrar el último día de Melquiades.

- Yo estaba presente el día en que mi abuelo materno falleció. Tenía 19 años y él 83. Los médicos dijeron que lo traicionó el corazón. Y ahora que lo pienso su muerte fue dulce. Precisamente, yo estaba acompañándolo el día que murió. Se acostó y ya era de noche. Él estaba esperando a que dieran las diez y media de la noche para tomarse su

medicina, como cualquier otro día. Estaba cansado y, por eso, en esa ocasión, decidió echarse un sueño, así que me encomendó que lo despertara una vez que se hiciera la hora para darle su medicación. Se quedó dormido, yo me puse atento; pero para pasar el tiempo me agarré a leer o escribir. Recuerdo que me estaba guiando con una vela que traía conmigo, pues no había energía eléctrica en Temacapulín en aquella época.

Alfonso se dio una última pausa antes de reconstruir la memoria de aquel evento. Durante ese momento, Tenamaxtli vio, por primera vez en los años de conocer a Poncho, como corría una lagrima en la superficie de la mejilla de un anciano que se volvía niño recordando a uno de sus primeros amores. Así que el héroe caxcan, casi por instinto, hizo el gesto de pasar saliva antes de escuchar el desenlace del recuerdo.

- Antes de las diez y media de la noche escuché como un suspiro muy grande, volteé a verlo y observé que todavía faltaban dos o tres minutos para las diez y media. Cuando se dio la hora, fui a hablarle a mi Lelo para darle su medicina, pero ya no lo puede despertar. Entonces, salí del cuarto en donde dormíamos él y yo, fui corriendo a buscar y a despertar a mi abuela; Anastasia Guzmán se llamaba. En fin, le hablé a mi Mamá Tachita, porque no se levantaba mi abuelo para tomarse la medicina. Ella se sorprendió cuando le dije eso y después todo pasó muy rápido. Hasta ese momento entendí que mi abuelo Melquiades ya estaba descansando en paz.

Con el dolor a flor de piel, Tenamaxtli intentó suavizar los sentimientos haciendo cualquier comentario que rompiera el silencio.

- Después te marchaste de Temacapulín, ¿cierto?

- No. No de inmediato, pasaron un par de años antes de preparar mi partida. Lo hubiera podido hacer antes, aquí en Temaca los jóvenes se van a otros lados, de muy jóvenes agarran rumbo a Estados Unidos, pero yo tuve la opción de irme con trabajo casi seguro a la ciudad más grande del mundo y pues, siento que no desaproveche esa ventaja. Si lo pienso bien, dejé muchos amores en Temaca, pero afuera encontré a todas las personas que ahora son lo más importante de mi existencia. La familia que formé con mi esposa Juana.

- Tu esposa Juana, ¿de dónde es Juanita?

- ¿Juana?, ella es Jarocha, pero se crió en la gran ciudad. Allá la conocí y nos casamos, tuvimos hijos y todo.

- ¿Fue tu única novia?

Esa pregunta resultó extraña para Alfonso. Sin embargo, muy pronto interpretó que la intención de Tenamaxtli era reorientar la charla hacia temas más alegres, menos intensos para los recuerdos de tristeza. Con esa postura en la mente, recolectó memorias de amores pasajeros para levantar el ánimo.

- Antes de conocer a Juanita tuve una novia en Temaca, la maestra Catalina. Duré cerca de diez años con ella. Yo ya estaba trabajando en la Ciudad de México y de vez

en cuando viajaba a Temaca. Era mi novia por correspondencia porque nos escribimos muchas cartas. Después, ella se fue a vivir al Valle de Guadalupe y yo la iba a ver allá. Para mí, era más fácil ir al Valle que venir a Temaca, venir a Temaca era más complicado por la falta de transporte.

- ¿Y qué pasó con la maestra Catalina?, diez o nueve años de noviazgo son muchos.

- Pues yo viajaba, hacía el esfuerzo de verla y nunca dejé de escribirle. Ella, por su parte, parecía haberse quedado con el compromiso de ver por su mamá y no se quiso casar. Yo tomé un paso definitivo, hice mi gestión para que me hicieran un cambio en el trabajo porque pensé que si me venía a trabajar más cerca ella cambiaría de opinión. Luego le avisé de ese movimiento que quería hacer para irme a trabajar a Aguascalientes como ferrocarrilero, para estar cerca de ella, pero un día me dijo que no fuera para allá, que no hiciera cambio alguno. Cuando me dijo que no hiciera mi traslado yo ya conocía a la familia de la que sería mi futura mujer; a doña Conchita, don Aurelio y a todos los demás miembros.

- La mamá y el papá de Juanita ¿cierto?

- Sí, sus padres. Pero en ese entonces, o sea, al principio de la relación con la familia, yo andaba queriendo convencer a una hermana mayor de Juana de ser mi novia... total, que ella me dice un día que yo era una persona muy grande y que ella andaba buscando a alguien más joven y, bueno, no hay problema, pensé, pues al final ella tenía toda la razón.

Muy a lo lejos, Poncho creyó haber escuchado el canto de un gallo, calculó que eran las cinco de la mañana, pero al ver el reloj que llevaba en la muñeca se dio cuenta que apenas marcaba la media noche. Le pareció sumamente extraño, sintió que había pasado mucho tiempo desde que los caudillos se habían marchado, así que verificó que el segundero estuviera en marcha y corroboró que el instrumento mecánico no parecía haber detenido la medición del tiempo.

En la distracción sobre la percepción de la continuidad, Tenamaxtli parecía haberse marchado. Poncho tomó una lamparita para buscarlo, aluzó hacia afuera, escudriñó por todos lados y no lo encontró, supuso que también estaba cansado e intentó volver a dormir, pero antes debía ir al baño. La noche estaba un poco fresca, así que se puso una chamarrita encima para no ser víctima del serenito. Cuando apenas tomaba rumbo al baño del fondo del terreno se topó a Tenamaxtli de frente.

- ¿También te dieron ganas de ir a 25 Poncho?

El general Zapata les había contado que “ir a 25” era una clave para avisar sobre una pausa para ir al baño, que los zapatistas del sureste usaban en sus largas caminatas. Los tertulianos habían adoptado esa nomenclatura como algo habitual dado que el café es bastante diurético.

- Y con este frío más ganas dan.

Respondió Poncho mientras ya Tenamaxtli agarraba rumbo de vuelta a la cocina. Antes de retornar al comedor, Alfonso pasó a su habitación para coger todos los papeles y las fotos de la cama y enfundarlos en la carpeta sin un orden específico. En la mesa, ya estaban dispuestas las bebidas para continuar con los relatos.

- Mire don Francisco, esta es una foto de Juana cuando estaba joven. Juana nació en 1960 y entonces, en 1969 o 1970, ella y su familia se mudaron a la Ciudad de México. Radicaban en Pensador Mexicano; que es una colonia que está cerca del aeropuerto, allí vivían cuando yo la conocí a ella y a su familia. Las circunstancias en las que conocí a la familia fueron muy especiales. Si no mal recuerdo, fue en 1973 que la mamá de Juana estaba enferma en el hospital. Su mamá era derechohabiente de los Ferrocarriles Nacionales porque mi suegro fue ferrocarrilero en Tlaxcala y Puebla. Fíjese que curioso, mi suegro trabajó en el ferrocarril que pasaba por Puebla, era de la Compañía Ferrocarril Mexicano, la primera línea de ferrocarriles de Veracruz a México que había terminado Benito Juárez.

- Sí, aunque esa línea se empezó a construir desde que estaba Santa Ana en el gobierno del México independiente, en 1837.

- Pues mi suegro fue a una huelga ferrocarrilera y él me contó que por eso quedó fuera. Lo corrieron pues, pero luchando consiguió la jubilación, era por eso que mi suegra tenía derecho al servicio médico ferrocarrilero.

- Menos mal.

- Entonces, un día llegó mi patrón, el mayordomo que me mandaba a mí como trabajador de conservación en el hospital ferrocarrilero, en donde me tocaba también laborar en la limpieza. Tengo que aclarar que él era de Tlaxcala y me había contado de un señor ferrocarrilero, amigo suyo también de Tlaxcala, que lo habían corrido por participar en una huelga. Entonces llegó un día al hospital y me dijo que le hiciera el favor de ir a ver a la esposa de ese excompañero a uno de los pisos y, como yo tenía acceso, no se me hizo difícil estar de mensajero con la enfermita, que resultó ser Conchita, la mamá de Juana. En esos días conocí también a Laura, la hermana mayor de Juana.

- La hermana con la que hiciste tu luchita Poncho.

- Sí, pero ella fue muy clara con eso de las edades. Así que ya no insistí y me quedé como su amigo. Curiosamente, después, estando Laura casada, ella me decía que le hablara a Juana, pero si Laura no me había hecho caso no creía que Juana, siendo la integrante más chica de las hermanas, me prestara atención. De todos modos, seguía con mi amistad con la familia, ellos me invitaban a diferentes fiestas; de XV años, bodas o inclusive a la navidad. Entre un día y otro invité a Juana a la rueda de la fortuna, ella aceptó y, ahí, me la hice novia.

Tenamaxtli se quedó pensando..., estaba haciendo cálculos temporales para dilucidar las diferencias entre la pareja. Apenas se dio cuenta, Poncho continuó con sus recuerdos de amores nómadas

- Encajé bien con su familia. Mi suegra Conchita me apreciaba y cuando le dije que Juana era mi novia nada más me dijo “ustedes sabrán”, así que yo asumí que no hubo oposición de su parte, sin embargo, parece que las personas que no querían que me casara con ella eran su hermano y mi suegro.

- ¿Supiste por qué?

- Una vez estando casado, mi suegro me dijo que no estaba de acuerdo con que yo contrajera matrimonio con Juana, pero mencionó que ya no habría problema. Yo creo que nunca me dijo nada antes, ni los motivos de su desacuerdo, porque se lo ordenó mi suegra. El carácter de mi suegra y el carácter de Juana son similares, porque usted debe saber don Francisco que la que manda en la casa es Juana, allí ella manda a nuestros hijos y yo no tengo injerencia en eso. Juana dice que tiene derecho a mandarlos porque fue a ella a quien le dolió parirlos. Y así era doña Conchita, la que mandaba en su casa era ella.

- Y ¿cuándo te casaste?

- Me casé en el año 1977, en agosto; por el civil me casé el día 15 de agosto de 1977 y por la iglesia el día 20 de agosto; esta última fecha fue un sábado, elegí ese día para la boda debido a que la canción que estaba de moda en aquel entonces era “Me caso el sábado”, de Vicente Fernández. Entonces, me casé por el civil el día 15 y por la iglesia el día 20 del mismo mes y el mismo año. Juana tenía 17 años y yo ya pasaba los 40. La ceremonia religiosa fue en las instalaciones de la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, en una iglesia que está al lado de la antigua basílica que se llama Capilla del Pocito. En esa capilla es en donde llegó José María Morelos cuando lo llevaron a matar o a fusilar y, de hecho, tiene la placa en el exterior que conmemora ese evento, afuera de la puerta principal.

- Fue fusilado en Ecatepec, San Cristóbal de Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815 y dicen que en esa capilla fue su última confesión.

- Conoce usted muchos datos ¿verdad? Me imagino que después de la muerte tiene uno mucho tiempo de hacer y conocer cosas.

- Y de conocer a otros muertos Alfonsito.

Una pausa y risas, el regocijo nunca faltaba en las conversaciones, aunque los contenidos de éstas fueran de la más alta delicadeza humana. En este episodio, a Tenamaxtli le hacía mucha gracia la forma en la que don Alfonso se imaginaba la existencia después de la muerte carnal, recordó que él nunca se detuvo a pensar de esa manera en la no existencia. Claro, solo las mentes construidas bajo el principio del dios verdadero, que supone un alma trascendental y promete vida eterna, tenían la posibilidad de imaginar ese universo inundado de muertos que viven en una dimensión paralela y que son capaces de manifestarse en lo mundano a voluntad. A Poncho, por su parte, le hacía delirar de alegría el pensar que ya tendría el tiempo de conocer y charlar, no solo con Tenamaxtli, Zapata y Villa, sino con todos sus

grandes héroes de ayer, hoy y el mañana. Un tiempo infinito inundado de personas y personajes entrañables.

Después de la relajación, Tenamaxtli atinó en preguntar:

- ¿A quién quisieras ver en la otra vida?

Atento, Alfonso no dudó en contestar ni el sentido de la respuesta, pero hizo un vacío de voz para reacomodar sus emociones.

- En enero de 1979, Juana y yo tuvimos un hijo, el primero... pero nació muerto. Se le pasó el parto a Juana, no se logró porque se murió en la matriz y lo tuvieron que extraer con fórceps. Los médicos que la atendieron le echaron la culpa al cambio del doctor o de la doctora que la atendía originalmente, pues había salido de vacaciones y el suplente se equivocó. No tengo clara la fecha de la muerte de mi hijito, debió de haber pasado todo el día 7 de enero de 1979, porque lo enterramos el día 8 de enero, el mismo día de la fiesta de Temaca. Su entierro fue en Azcapotzalco. Mi suegra bautizó a nuestro niño fallecido de emergencia y le llamó Alfonso, Alfonsito de cariño. La parte más fuerte de todo eso fue para Juana, le afectó mucho. Yo no me vi tan presionado porque trabajaba para el ferrocarril y ellos me cubrieron los gastos funerarios. Existía una funeraria que se llamaba *Héroes de Nacozari*. Yo solamente pedí el apoyo y Juana se encargó del sepelio de nuestro niño. Sin duda, a él es al que más anhelo ver.

Con las narraciones de Alfonso, las emociones fluían como un mar en tempestad. Tenamaxtli había imaginado que su amigo referenciaría a personajes inmortales, mujeres y hombres significativos que pudieran regocijar la ilusión de cualquier alma en expectativa de otra vida, pero esta respuesta de Alfonso, insospechada, volvía a marcar un rumbo sombrío, oculto en el caldo de las emociones, en la partitura de este peligroso ejercicio dialógico.

La sucesión de los eventos representados era tan vertiginosa que apenas había espacios para que Tenamaxtli pudiera externar algo de nuevo. En el interior de Poncho el impulso de arrojar las ideas con tal multitud de elementos vencía a la razón, era como el pensamiento en la soledad, cuando los hilos conductores se desgajan por doquier hasta aparentar inconexiones. Al cabo de un instante de no saber qué decir, Alfonso rescató la desorientación de Tenamaxtli rememorando el nacimiento de sus otros amores entrañables.

- En marzo de 1980 nació Mónica. No pasaría mucho tiempo para que Juana se volviera a embarazar y a los dos años nació Martín, el único varón que tengo, él nació en el Seguro Social pues yo ya estaba laborando en el hospital, en el parque de San Juan de Aragón. Para el nacimiento de Martín, Juana venía con su parto delicado, no la podían atender en Magdalena de las Salinas y la llevaron hasta San Ángel, donde eran atendidos los partos catalogados como complicados o difíciles y, allá, nació mi segundo hijo. A los dos años, en el 84, nació mi última hija que es Brenda. Ella nació en el *Hospital La Raza*, el primer hospital grande del Seguro Social. Aunque después, hicieron el *Hospital Siglo XXI*, que todavía está más grande.

- Entonces tus hijos son de la Ciudad de México, ninguno nació en Temacapulín.

- Mis cuatro hijos nacieron en la Ciudad de México, pero no están todos registrados allá. A Mónica la registré en Ecatepec y, cuando nos venimos a Guadalajara, traíamos a Martín y a Brenda sin acta de nacimiento así que a ellos dos los registramos en Zapopan. El ayuntamiento de Zapopan puso a disposición registros comunitarios y nosotros fuimos y aprovechamos. Ya cuando crecieron, me dijeron que les había hecho un favor porque que ellos no se consideraban “chilangos”. Para mí, que no hayan nacido en Temacapulín o que no los hubiera registrado aquí es lo de menos, lo más importante es que se hubieran logrado, tenerlos con nosotros y verlos crecer.

- Creo que te comprendo Poncho, pero me imagino que te hubiera gustado que al menos tuvieran su acta de nacimiento de Temaca, como tú.

- Bueno sí, pero cuando se trata de la vida de los hijos, lo único que quieres es que no estén en riesgo y el lugar del nacimiento pasa a segundo término. Mire, me explico mejor. Cuando nació Brenda, ella era muy chiquita, había nacido antes de tiempo, entre los seis y los siete meses, estaba bien chiquitita y me tocó verla llena de mangueras adentro de una incubadora. Yo me acuerdo que estaba muy angustiado por eso porque sentía que estaba en riesgo de no lograrse. Martín, cuando nació, nos lo cambiaron. Imagínese que cuando lo fui a ver y pregunté por él, estaba otro niño que no era Martín, nos lo habían cambiado. Ya luego, nos dimos cuenta de que solamente lo cambiaron de lugar. Después de ese susto se nos puso muy malo, porque yo tomaba mucho y me acostaba con él, o sea, Juana se levantaba y yo dormía con él. Llegó a estar en un muy mal estado de salud, pues se deshidrató de sobremanera con la cruda y lo llevaba a consulta constantemente.

- No comprendo Poncho, ¿qué quieres decir con que se enfermaba porque te acostabas con él?

- Bueno, me explico... parecía que no tenía nada, así me decían los médicos al principio. Lo llevábamos a que lo atendieran y me llegaron a decir que él no tenía nada, cuando en realidad se nos ponía muy grave, era muy claro que el niño estaba muy enfermo. Se ponía tan malo que la primera vez que Martín se puso grave lo llevamos a la *Clínica del Seguro Social*, y le habían dicho a mi mujer: “¿y para que me los traen? ¿ya para que los quiero muertos?”, imagínese... no don Francisco, esa vez Juana se nos puso también mala, se desmayó de que le dijeran que Martín estaba muerto. Pero luego lo revisaron y no le veían ningún síntoma claro. Lo que sí es que estaba muy decaído, eso de que estaba muerto nos lo dijeron por el estado bastante decaído de Martín. Así varias veces, se nos ponía muy débil. Un día dejamos de ir al IMSS y lo llevamos con un médico particular, ese doctor nos dijo que Martín se llegó a enfermar porque yo tomaba mucho y, cuando me iba a dormir con él yo sudaba el alcohol y el pobre se intoxicaba, respiraba mi sudor y se deshidrató.

- Ya comprendo, pero seguramente fue accidental. No sabías que acostarte junto a él, por amor, le traía consecuencias graves a su salud... Además, ya después de eso dejaste de beber o de acostarte con él, ¿cierto?

- Pues me dejé de acostar con él... fue muy triste enterarme que yo lo enfermaba.

El cansancio y la tristeza se montó en el ambiente, esta vez en forma definitiva. Comenzaba la última cuesta arriba en la narrativa y Tenamaxtli lo sabía, lo presentía, por eso quedó a la expectativa del clímax de este episodio dramático que, como un lugar común, estaba vinculado a los amores más entrañables de un padre.

- Ahora mi hijo Martín está lejos, en Estados Unidos. Hace tiempo que no lo veo.

Tragó un buche de café para aliviar el frío que congeló la garganta y no permitía pasar la saliva... ni los hechos. Luego recuperó el aliento cuando Tenamaxtli trató de soportar los sentimientos.

- Tranquilo Poncho, mira, tú también te marchaste fuera de tu hogar y volviste.

- Es común que se vayan a Estados Unidos; los jóvenes de Temaca quiero decir. La ida a Estados Unidos siempre fue la meta de las personas de mi generación; si no estudiaban no tenían su futuro aquí. Nuestro fin era ir a Estados Unidos a trabajar en lo que fuera, en la construcción o en el campo, para así conseguir muchas cosas que se necesitaban y juntar dinero. Todos teníamos en la mente ir para allá y luego regresar a nuestro lugar de origen para hacer una casa, hacerse con un terreno u otras cosas que permitieran vivir mejor aquí. En aquel entonces, todos queríamos llegar a los 21 años para sacar la cartilla militar para poder ir a Estados Unidos, porque sin esa cartilla no te daban permiso y, como consecuencia, no te daban un contrato laboral. Algunos la pagaban y otros la sacaban marchando; a mí me tocó sacar mi cartilla militar marchando.

El comentario de Tenamaxtli llevó a Poncho a reflexionar sobre su propio devenir como emigrante retornado. Al explorar su experiencia se sumergió en los detalles de los trámites que tuvo que hacer para sacar la cartilla militar al cumplir su mayoría de edad. En cierta forma, este recoveco temático contribuyó a que Alfonso reformulara el matiz de sus memorias, pero una espinita seguía enterrada en la mente esperando a terminar de salir.

- Cuando yo fui por primera vez a Estados Unidos, llegué con mi tío Juan Pérez, a su casa. Todavía me fui con un pase ferrocarrilero hasta San Francisco, saqué mi pase internacional y, como trabajaba en ferrocarriles, entré legal con mis papeles. El trayecto era llegar a Ciudad Juárez, agarrar el tren a Los Ángeles y de Los Ángeles a San Francisco. Pedí permiso en ferrocarriles y me lo dieron. Al haber obtenido mi pase, pude tener la oportunidad de poder trabajar directamente en Estados Unidos y haber viajado desde México hacia allá sin mayor complicación. Estuve un año en San Francisco, California, ahí trabajé en una compañía de construcción que hacía trabajos de concreto, la empresa se llamada *Sunrise Company* y también trabajé en un vivero de flores, un *Flower Nursery*. Pero en esa ocasión, en 1969, se puede decir que me fui con la finalidad de conocer los Estados Unidos porque, sobre todo, viajé como turista. Yo saqué mi pasaporte y llevé 300 dólares para que con eso me dejaran pasar. Al pasar la frontera, le dije a las autoridades que iba de turista a *Disneylandia*. Unos años más tarde, regresaría a Estados Unidos, pero sería hasta 1985.

- ¿Qué edad tenías cuando te fuiste de turista? Ya eras todo un adulto, quiero decir que no tenías 21 años.

- Si, me aventuré muy grande en el sueño americano. Esa primera vez ya contaba con 33 años, pero estaba con mi trabajo seguro de ferrocarrilero y andaba nomás paseando. Pero, en 1985 ya tenía más de 50 años, me tocó pagar a un coyote para pasar a Estados Unidos y tuve que arriesgarlo todo. Me jugué la suerte al pasar en una caja dentro de una cajuela. Antes de cruzar la frontera, en Tijuana, nos detuvieron los policías federales del gobierno mexicano, querían que el coyote les diera dinero para dejarnos seguir. A nosotros nos comenzaron a hacer varias preguntas, una tras otra: “¿De dónde eres?, ¿qué pueblos conoces de Jalisco?, ¿conoces Guadalajara?, ¿la calle del centro cómo se llama?”. Y, de esa manera, empezaban a preguntar a cada persona, tanto a mi como a mis otros compañeros que íbamos con dirección a los Estados Unidos, no recuerdo familias, mujeres o niños como ahora, éramos puros hombres. Yo, como jalisciense y vago, contesté todas las preguntas con facilidad, conozco el estado de Jalisco y conozco bastante bien Temacapulín y sus alrededores.

- Pudiste pasar, pero, ¿valió la pena arriesgarlo todo?

- Pues para pasar a ese país, siendo mexicano, se sufre mucho. Fue una experiencia complicada pero no tanto como la de otras personas que les toca pasarla muy mal. Yo crucé al otro lado al final de cuentas, no batallé mucho, solo un poco más que la primera ocasión, pero no tanto porque el coyote era buena gente, era de la región y me conocía. Entonces, llegué a la casa de él allá en Los Ángeles, él mismo me compró mi boleto del camión para que me fuera hasta Sacramento, California. Al final, en el otro lado, estuve trabajando un tiempo y, en el año de 1987, me tocó estar en la amnistía que el gobierno norteamericano dio a varias personas que no tenían papeles o documentos legales para residir en los Estados Unidos, para que de esa manera pudiesen arreglar su situación legal correctamente. Yo no me quise quedar para arreglar ese asunto, me regresé a México. Curiosamente, esa decisión me la han reclamado mis hijos porque que al final me vine y, tal vez, de no haberme retornado, ahora mismo ellos pudieran estar allá legalmente...

La espina clavada, ese sentimiento solido del hijo ausente, se hizo presente con un llanto silencioso que tuvo como respuesta un abrazo que se había contenido durante la noche. La calidez de un contacto entre el sueño profundo y la vigilia hizo que Alfonso terminara de expresar el dolor.

- De todos modos, se fueron los dos, mi hija y mi hijo se fueron a Estados Unidos. Fueron y vinieron y mi hijo no ha venido, allá está, no ha tenido problemas, igual que todos, pero sigue sin regresar.

Tras el llanto, Alfonso se apartó de los brazos de su amigo y quedó mirando la fotografía, a punto de desaparecer, de su Lelo Melquiades. La imagen borrosa de su abuelo se proyectó en él como una historia contrapuesta. Le gustaría, quizá, que todos sus nietos hubieran sido como el nieto que él fue, así de cercano, así de presente, hasta el día de su muerte.

- Aún hay tiempo Poncho, todavía es posible que abrases a tu hijo y tus nietos. Mientras hay vida...

- Con Mónica tengo tres nietos. Con Martín, son tres nietos de su actual mujer más otros dos que dejó cuando se fue a Estados Unidos. Dejó una mujer con dos hijos, aquella mujer no se quiso casar con él. Total, se fue a Estados Unidos y después esa mujer también se fue para allá con los hijos, allá vive con ellos la muchacha. Afortunadamente mi hijo tiene contacto con esos dos pequeños allá en el otro lado. Así que son cinco hijos de Martín, dos de una mujer y tres de la mujer que vive actualmente con él. En total tengo nueve nietos, los tres de Mónica los vemos muy seguido, incluso algunas veces se quedan acá en Temaca por temporadas; la más chiquita de Brenda que aquí andan con nosotros y los hijos de Martín, sus hijos, bueno, mis nietos que están allá en Estados Unidos.

Tras esas palabras Poncho se puso de pie, la fotografía que sostenía en la mano se deshizo por completo. Como polvo que se lleva el viento, no quedaron rastros que justificaran esa línea histórica, ahora solo quedaba la memoria de Alfonso para recordar a sus difuntos y para imaginar un posible reencuentro con ellos y los vivos ausentes.



La madre y hermanas de Alfonso en Temacapulín



PLAZA MONUMENTAL
SEGUNDO DECANATO
PRIMERA GERENCIA



"Este Sacramento es grande!"
Efa. V. 23

...como que representa la misión indisoluble de Jesucristo con la Iglesia su esposa, y la unión de la Naturaleza Divina con la humana el Verbo Encarnado.

...por lo tanto lo que Dios unió no lo separe el hombre.
Mth. XIX - 6

En el Templo Parroquial de Santa María de Guadalupe, la Villa, D. F., a los 20 días del mes de agosto 1977 previa la información y practicados los trámites de derecho, y sin que de ellas hubiese resultado impedimento alguno el Padre

Jose Roberto asistió al matrimonio que, in Facie Ecclesiae y por palabras de presente y mutuo consentimiento contrajeron válida y licitamente el Sr. ALFONSO ÑIGUEZ PEREZ

y la Srta. MA. JUANA EVA ORTEGA LECHUGA el primero originario de TEMACAPULIN, JAL.

vecino de ESTA VILLA de 49 años e hijo de JOSE Y EVODIA

La contrayente originaria de MEXICO, D.F. vecina de CANTERA 15 VILLA DE GUADALUPE de 16 años e hija de AURELIANO Y CONCEPCION

A este acto, así como al de las bendiciones nupciales que recibieran en seguida los contrayentes, asistieron como testigos José Hernández H. y Isabel Manríquez de H.

Sacerdote asistente
[Signature]
P. El Jurado
[Signature]
Esposa
[Signature]
Esposa
[Signature]

Esposo
[Signature]
Testigo
[Signature]
Testigo
[Signature]
Testigo
[Signature]

Acta de Matrimonio de Juana y Alfonso

" TRISTE GOLONDRINA "

Triste, triste golondrina
que vas volando sin descansar
sin saber cuando ni
a donde iras a parar.

Triste ave peregrina
tus lagrimas quiero enjugar
unamos nuestras penas y
juntitos poderlas mitigar.

Triste, triste golondrina
ave viajera
en tus ojos negros verme
yo quisiera.

Saber quisiera el
porqué de tu sufrir
buscaré tu alibio pordoquiera
al no lograrlo prefiero morir.

V-23 de 1969

ALFONSO INIGUEZ PEREZ

Letra de canción de Alfonso, mecanografiada por el autor.

Capítulo VII. *Apego al territorio*

Tenamaxtli se quedó solo. El viejo Alfonso, agotado, tomó el camino de retorno a su cuartito. Quería retomar el sueño con otros sueños, algunos menos cargados de añoranzas. Solo lo hizo titubear un poco la cortesía, pero tantas veces se habían retirado los caudillos y el propio Tenamaxtli sin decir nada que no se le hizo tan grave solo avisar.

- Me voy a la cama don Francisco.

Por su lado, Tenamaxtli lo tomó con absoluta tranquilidad. Entendía que había sido demasiado, demasiado tiempo y demasiadas emociones. También interpretó que Ponchito estaba un poco apenado por dejarse ver tan vulnerado, a pesar de que en otras ocasiones ya había soltado llantos de furia, cuando el Gobierno de Jalisco le hacía desplantes a la gente de Temacapulín con declaraciones de menosprecio y algunas acusaciones. Sin embargo, ahora era diferente en muchos sentidos, sobre todo estaba la sospecha de que éstas lágrimas no parecían tener una resolución satisfactoria para Alfonso.

Lo siguió con la mirada mientras se internaba en el solar contiguo a la cocina hasta que le perdió la vista. Con la quietud de sabio que lo había caracterizado Poncho, Tenamaxtli quiso manipular los documentos postrados en la mesa con la intención de ordenarlos. Mientras lo intentaba, pensaba en todo lo que le había contado: las coincidencias, las vicisitudes, el dolor, las contradicciones y demás detalles superpuestos a una vida relativamente normal, pero que de alguna manera había llevado al protagonista a liderar, moralmente, una resistencia tan importante como la de Temacapulín, Jalisco.

Mientras profundizaba en el pasado de este hombre de espíritu incansable, se encontró con una imagen en donde Alfonso llevaba el atuendo de un atleta, un corredor de carreras para ser precisos. La estampa le pareció curiosa, era un hombre adulto con unas piernas fuertes como las de un jovencito, así que buscó más fotos relacionadas que satisficieran su novel curiosidad sobre el asunto.

- ¡Mire usted lo que me encontré!

Dijo Poncho sosteniendo unas medallas en sus manos.

- ¿No ibas a descansar?

- No podía dormir, me duele un poco la cabeza

- ¿Qué es eso?

- Unas medallas que me gané corriendo carreras de fondo.

- Ya, claro, ahora entiendo.

Tenamaxtli le mostró la foto y se dispuso a escuchar la historia detrás de la afición de Alfonso por las carreras de larga distancia. Pronto se le ocurrió que, quizá, había algo en ella que le dejaría ver esa esencia del personaje que le resultaba tan atrayente e intrigante.

- Háblame pues de las carreras, te escucho.

- Personalmente, me involucré en el atletismo porque siempre me gustó mucho hacer ejercicio, de joven me gustaba participar en competencias de todo tipo. En mis años de trabajador me habitué a jugar fútbol y estuve en la liga ferrocarrilera de ese deporte en la Ciudad de México. Después, cuando me fui a Guadalajara...

Tenamaxtli interrumpió, tenía dudas sobre la secuencia de algunos eventos que le venía narrando Alfonso y que aún no se había dado el tiempo para ordenarlos de manera que los detalles le pudieran crear sentido.

- ¿Cómo fue eso de que te fuiste de México a Guadalajara?, ¿qué pasó con tu trabajo en los ferrocarriles?, ¿por qué no continuaste viviendo en la ciudad?

- Son muchas dudas don Francisco, pero se las voy a resolver. En 1988 me fui a Guadalajara porque allá, en México, me liquidaron de ferrocarriles. Nada más que, como estaba trabajando para el servicio médico ferrocarrilero y no me jubilé en ferrocarriles, el Seguro Social me absorbió, igual que a todos los médicos, enfermeros y demás personal que trabajábamos en el servicio médico ferrocarrilero. Entonces, ya estando involucrado laboralmente con el Seguro Social, en 1988, hice mi trámite para venirme a Guadalajara porque mi papá era muy mayor y quería estar cerca de él.

- ¿Por él pediste tu cambio a Guadalajara?

La pregunta desconcertó a don Poncho

- Pues sí, le digo que por eso me vine, por eso me vine.

- No, no, no. No me expliqué bien. No estoy poniendo en duda lo que me estás diciendo, solo que me desconcierta un poco el hecho de que fuera tu padre el motivo de tu retirada de la Ciudad de México.

- Pues lo que pasó fue que mi papá estaba viudo, mi madre murió antes que él y creo que estaba muy triste por eso. Yo no podía, sentía que no quería dejarlo solo con ese dolor, por eso me regresé a Jalisco para estar cerca de él. También sentía que después de trabajar muchos años dando servicio en los ferrocarriles tenía que cambiar de aires. Imagínese todo lo que me tocó vivir en ese trabajo, huelgas, movilizaciones, lo del 68, luego otra represión que hubo en el 71. En fin, fueron muchos años lejos de mi tierra. Eso para mí estuvo bien pero regresar a Temacapulín tenía mucho significado en mi vida. ¿Ya le comenté que desde que me fui, mi objetivo era regresar?

- Está claro Poncho, tu tierra es muy importante. Y tu papá, bueno, quedó viudo y tú quisiste hacerte cargo de él personalmente.

- Sí, siempre me sentí responsable de mi papá y también de mi mamá. Él era un hombre ya mayor cuando quedó viudo, además estaba enfermo, recuerdo a mi madre haberme dicho que hiciera el cambio a Guadalajara para que pudiera cuidar a mi papá. Es que creo que estaba muy agotado de tanto trabajar y de tantos sacrificios por tener algo en la vida... sí, trabajó mucho mi papá. Le tocó ir varias veces a San Francisco, California, para ganarse el pan. Otras veces se fue a trabajar a Baja California a pizcar algodón y en ocasiones le tocó ir a trabajar a las minas, en el estado de Nayarit. La sufrió bastante, igual que mi mamá.

- ¿También te tocó cuidarla?

- No tanto como a mi papá, lo que pasa es que ella se me enfermó mucho antes, cuando yo todavía estaba en Ciudad de México. En esa enfermedad me tocó cuidarla, cuando se murió, en 1984. Fue el mismo año que nació mi hija Brenda. Mi mamá murió en enero y Brenda nació en junio de ese año. A mi mamá la llevé a que la vieran los médicos de la Ciudad de México y allá murió. Cuando la llevaba yo en el camino de Tepatitlán, me decía que no la fuese a dejar muerta en el Distrito Federal, “a ver cómo le hacemos para arreglarnos, pero la traigo a Temaca”, le dije. Yo ya trabajaba en el Seguro Social. El Seguro Social nos apoyó. Hay servicio funerario y ellos me ayudaron a traerla a Temaca. Aquí mismo la sepultamos.

Mientras hablaba de su madre y su padre en vínculo con el anhelado retorno a Temacapulín, Alfonso había permanecido de pie. Las medallas, muestras de sus méritos deportivos aún no develados, se estremecían como un péndulo en sus manos inquietas. Tenamaxtli se percató de que el estoicismo estaba por quebrarse de nuevo cuando notó que Poncho no dejaba de temblar. La temperatura del ambiente no era tan fría, por lo tanto, no era posible relacionar el estremecimiento con un clima gélido. Se puso de pie y lo dirigió hacia la banca para que tomara asiento. Ya sentado, no dejó de temblarle la mano derecha. El cansancio y la tensión no eran una buena combinación con el permanecer despierto hasta la madrugada. Tenamaxtli, consciente de la situación, escuchó con respeto el discurso que se comenzó a repetir y a desvariar de sentido.

- A mi papá también lo enterré en Temacapulín, aunque él estuvo mucho tiempo viviendo en Guadalajara ya de muy adulto. Me tocó estar cerca de él durante varios años, los últimos de su vida. Cuando él estaba bien, no quiso ir a Guadalajara a vivir, pero ya que estaba enfermo él tuvo que aceptar ir al hospital. Allá murió, en Guadalajara, y lo tuve que traer a sepultar a Temaca. En 1996 murió. A mi papá, lo traje de Guadalajara a Temaca a sepultarlo. De parte de la funeraria del seguro, ellos me cubrieron los gastos y eso fue una gran ayuda. Falleció en Guadalajara, me lo llevé yo al hospital. Mi papá nunca quiso regresar a vivir a Temacapulín. Se llamaba José Íñiguez, me lo llevé ya enfermo y le había salido una llaga. Una vez vi su pie y uno de sus dedos ya estaba completamente muerto, prácticamente era como madera. Pero mi papá no era diabético, más bien, tenía falta de circulación o alguna afectación sanguínea debido a que tomaba mucho y su alcoholismo terminó por agravar su situación. Yo conocí a un

doctor en el hospital ferrocarrilero que también murió porque le gustaba tomar mucho y también él terminó con una afectación muy seria en sus piernas.

- Poncho, ¿no te quieres ir a dormir?, ya es muy tarde... debes descansar.

- No don Francisco, no puedo dormir. Está muy vivo todo lo que puedo recordar. Ya sé que estoy hablando desordenadamente, me doy cuenta, pero así me vienen los recuerdos, son muchos y me cuesta trabajo hablar de todos al mismo tiempo. Así vienen los recuerdos.

- Esta bien, sigue, pero quizá es momento de que recuerdes cosas menos dolorosas para que no sea tan difícil enfrentarlas.

Poncho estaba viendo las medallas mientras escuchaba a Tenamaxtli. Perdido en la memoria intentó recuperar la lucidez siguiendo el consejo de su cariñoso acompañante. Le costaba trabajo porque su estado era como aquel que se tiene entre la conciencia y el sueño profundo, como la mirada fija en una fogata solitaria en la noche sin luna y sin estrellas, tan oscura, que se imposibilita ver más allá de la flama, mientras ésta danza formando siluetas impredecibles. A pesar del agotamiento, nuestro héroe alteño logró establecer coherencia entre la abrumadora ola de momentos significativos de su vida.

- Me regresé definitivamente a Temaca en el año 2005, porque durante los años 2003 y 2004 me la pasé todavía en Guadalajara. Ya le mencioné varias veces que siempre quise estar aquí. Es verdad que los de Temaca tenemos el espíritu aventurero y trabajador, migramos por eso, porque tenemos la voluntad y la valentía de hacerlo, pero estoy seguro que la mayoría de las personas que nos la hemos jugado fuera del terruño estamos convencidos de regresar. Desde que murió mi padre, mi vida estaba enfocada en mantener a mi familia y regresar a Temaca, por eso, mientras estuve en Guadalajara iba y venía los fines de semana o cuando me daba tiempo. Un día, en esas venidas esporádicas, alguien me hizo la propuesta de que le vendiera cantera de mi terreno.

- ¿Del *Amialco*?

- Así es, del *Amialco*. Regresé a Guadalajara y me la pensé mucho, pero al fin y al cabo yo tenía el deseo de quedarme por acá más tiempo del que me dejaba el trabajo en Guadalajara, entonces decidí hablar con Juana y le dije que me vendría a trabajar a Temacapulín. Al principio fue difícil, pero después se facilitaron las cosas para quedarme. Así pues, me vine a sacar cantera. Pasé de burócrata en el Seguro Social a trabajador minero, me vine a trabajar con la barra, el pico y la pala. Finalmente me adapté, vendía mis camiones de piedra y me divertía trabajando a mi ritmo y sin mayor prisa.

- Extrañaste Temacapulín siempre.

- ¡¿Que si lo extrañé?!, ¡claro que sí!, pero creo que no solo yo viví con ese sentimiento ahí guardado. Las ciudades están bien, para los ciudadanos. Sí, uno se acostumbra

a la ciudad, vienes, vas, corres, andas de aquí para allá, ganas dinero, conoces lugares lujosos, pruebas cosas nuevas, vez mucha gente. Pero luego edificios, pavimento, calor, cada vez menos árboles, no se siente el fresco de un sabino cuando andas en las calles, puro concreto ve uno. Hay edificios bonitos, como la casa de los azulejos ahí en el centro de Ciudad de México, en donde por cierto comieron Zapata y Villa. ¿sí sabe eso verdad?

- 6 de diciembre de 1914, cuando las tropas de Francisco Villa, organizadas en la *División del Norte*, desfilaron por las calles de la capital junto a los campesinos del *Ejército del Sur* dirigidos por el General Emiliano Zapata. Eran combatientes de Chihuahua, Durango, Zacatecas, Coahuila, Sonora, Sinaloa, Morelos y Xochimilco. La comida fue servida en el que había sido por mucho tiempo un símbolo de las clases acomodadas de México: *El Palacio Azul de los Condes del Valle de Orizaba*.

- ¡Ah, sí se lo sabe!... pues, como ese edificio, está bonito y se come bien. Pero de ahí en fuera, todo está gris, poquito verde y, por otro lado, la soledad que se siente muchas veces, aunque esté repleto de personas. En cambio, en Temaca, sus aguas termales, sus cerros, los *Colomos*, el río Verde, todo verde cuando llueve. Es un paisaje muy bonito, trabaja uno a gusto viendo crecer el chile de árbol, los elotes, la milpa pues. No hay comparación, aunque la gente sea menos y se deja ver poco te sientes con compañía, la propia naturaleza es como una compañera más. Por eso, durante los días de puentes, feriados o de descanso, de Guadalajara vienen gentes a pasar su fin de semana aquí. Aquí vienen a recordar ya sea porque su familia trabajó en Temaca o porque sus padres aquí vivieron. Los descendientes que ya nacieron en Guadalajara, vienen a disfrutar de la tranquilidad... pero a vivir, es otro asunto.

- Pero cuando termina el fin de semana se queda muy quieto el pueblo, ¿no cree?

- Es que le digo que vivir aquí es otro asunto, vida si hay, pero hay que trabajar para vivir. No es fácil vivir en los lugares en donde no hay trabajo o poco trabajo. El campo si te da de comer, no te mueres de hambre pues, pero las gentes tenemos otras necesidades que no es fácil cubrir si no hay trabajo. No hay familia en Temaca que no tenga alguien que haya tenido que salir del pueblo para buscar el porvenir. Es una gran injusticia de la historia. Es como si estos pueblos no hubieran sido parte de México, nos dejaron solos los gobiernos. Por muchos años aquí estuvimos sin que ningún presidente o gobernador se diera una vuelta. Es más, tal vez nunca supieron que existía este pueblo. Isaura una vez dijo, “ojalá y pase algo en Temaca para que se enteren que existimos”.

- Pues se enteraron.

- Sí, se enteraron... pero quien sabe si eso va a cambiar la vida del pueblo, no se sabe si todo lo que hicimos dejará un ejemplo para el futuro. Ya ganamos, aquí vamos a seguir, pero... no sé, a las personas que estudiaron en la ciudad les resulta pesado adaptarse al campo, los que se van por un tiempo no todos regresan, la mayoría creo que ya no regresan. Los que retornan son muy pocos y también es difícil adaptarse a la vida campesina. El amor a la tierra, al terruño, a los familiares que uno deja aquí, a

veces no son suficientes motivos para regresar. Es difícil regresar como yo lo hice, es muy difícil que se te den las cosas como tú las planeas.

- Pero aquí está, en este *Mesón* de sus ancestros, ahora símbolo de la rebeldía, de la negativa a desaparecer.

- Si, es un orgullo estar aquí. Es un orgullo ser de Temacapulín.

Apenas terminó de pronunciar estas palabras, un relámpago iluminó el cielo de la cañada, en lo que aparentaba ser un par de horas antes del amanecer.



Alfonso con Rosario Iglesias Rocha (Chayito) y dos compañeras, después de una carrera.



Juana y Alfonso.

" E L T E M A Q U E N S E "

(Son jalisciense)
Septiembre 16 de 1969
Por Alfonso Íñiguez P.

Este son del temaquense
se baila al salir el sol,
pá que aguantes todo el día
pisto y pisto con rasón.

Me gusta mucho Temaca
pero que hagan de comer
pescadito en penca hasada
a eso de la atardecer.

Si a su fiesta quieres ir
la que se hace el 6 de enero
no dejes de comer dulces
de los que hace Lencho el Güero.

Cuando vallas por el agua
llevate a tu prima Juana
pa que si te dicen cosas
no regreses enojada.

Ya que estes añi en Temaca
no dejes de ir a ver
al Zarco Merced Jiménez
y que te haga de comer
longaniza bien picosa
que hasta el talón te ba arder.

Serquitas de mi Temaca
muchos pueblitos estan
Teosaltiche, Yahualica
y tambien Tepatitlán,
el alto de san Miguel
más ayá Mexicacán.

Cuando vallas a la leña
anda siempre acompañada
para que si te hacen señas
no regreses asustada.

Letra de canción de Alfonso, mecanografiada por el autor.

" LA PERLA ESCONDIDA "

De Alfonso Íñiguez Pérez
Octubre de 1960

Temaca es mi tierra natal
palabra de macho que ahí es pura vida,
que caray no anda mal
quién te puso la Perla escondida.

Te encuentras en esa región
de los valentones de la tierra Alteña
que caray que caray
tienes de adoración
a la imagen del " Cristo de la Peña "

Tú gozas del agua termal
riqueza que Dios te dió que caray
que caray que caray
las gracias debes dar
por tener tan lindo manantial.

Mujeres relindas que tienes
con una belleza de un don natural
que caray que caray vos para mí
que están más hermosas
que el oro y el coral.

Que caray, que caray que quieres
que te diga que otra tierra pa' mí
ya no hay.

Letra de canción de Alfonso, mecanografiada por el autor.

Capítulo VIII. Entre héroes y villanos

Era finales de junio de ese año, no había caído ni una sola lluvia en Temacapulín. Cuando el estruendo del relámpago se escuchó, el par de trasnochados cruzó asentimientos de alegría moviendo la cabeza, pero luego uno de ellos dudó apoyando el rostro en las dos manos y los codos en la mesa. No siempre el relámpago anuncia la lluvia, a veces el ruido engaña. Además, la experiencia del lugar indicaba que la primera es un presagio adelantado del agua que vendrá, pero que el espacio entre la profecía y la bendición continua, puede significar una espera prolongada que solo la fe es capaz de aliviar.

Poncho dejó la instantánea resignación y se apresuró a su cuartito para prender una veladora junto a la imagen de la Virgen de los Remedios, la madre santa de Temacapulín, la imagen divina de esas tierras que ya anhelaban la humedad celestial. De vuelta a la mesa se topó con una gota única y gruesa que le vapuleó el rostro. Rozó con sus dedos de la mano derecha el líquido vendito y, con la misma diestra, se santiguó con toda la devoción de la que es capaz.

- ¡Gracias a la Virgen de los Remedios y al Señor de la Peñita que va a caer el agua!

Dijo con voz altiva.

- Y tú que lo dudabas.

- Bueno, pero rápido fui a prender la veladora para asegurarme y dejar de dudar. Solo así se logran muchas cosas. Pidiendo a nuestros protectores.

Tenamaxtli volvió a asentir en silencio e invitó a Poncho a que se sentase de nuevo. Había quedado pendiente la historia del atletismo, las carreras y las medallas, mismas que yacían desperdigadas al centro del enorme pedazo de madera.

- Ya que no tienes ganas de ir a dormir hoy y que la noche se está desgastando, cuéntame sobre esto del deporte. Me da la impresión de que inicias cuando ya te has hecho muy mayor, igual que otras aventuras.

- Bueno, el deporte siempre me gustó. Ya le conté que jugué futbol en la liga de los ferrocarrileros. Cuando hice mi cambio a Guadalajara traté de entrar a la liga de fútbol del Seguro Social, pero me di cuenta de que era muy peligroso porque a cada momento salían jugadores del campo al hospital. Está bien que sean futbolistas tapatíos, pero no deberían ser tan agresivos. No hay sentido alguno en jugar de una manera tan agresiva. En fin, dejé de jugar futbol.

Las primeras gotas sonaron con firmeza en el techo de lámina. Eran tenues y permitían que viajara el sonido de la voz a los oídos próximos.

- Un día hubo una carrera de 5 kilómetros que organizó el Seguro Social. El sindicato llevó a cabo una carrera en las instalaciones de las albercas que tenía en Santa Ana Tepetitlán, allá por Bugarvilias; y no sé cómo, pero sentía que podía participar y tenía el presentimiento de que lo podía hacer bien; terminé por asistir. Participé y fui segundo lugar de mi categoría, así nomás. Yo creo que tenía mucha fuerza en aquel entonces porque, sin haber competido antes, me lleve mi primer trofeo. Luego empecé a ver que hacían un maratón en Guadalajara.

La lluvia se hizo más espesa y las primeras porciones de precipitación que alcanzaban a estrellarse contra el suelo salpicaban de tierra los zapatos de Poncho, que se postró en el extremo de la banca en donde la cubierta no cumplía su función con generosidad.

- Otro día me llamó la atención una raya que había en las calles de Guadalajara, estaba pintada para marcar la ruta del maratón y, no sé, me dio emoción ver esa línea e imaginarme que podía correr en el maratón de la ciudad de Guadalajara. Con esa emoción me decidí a involucrarme en las carreras y empecé a hacer cosas para prepararme yo solo, sin ayuda profesional. Como si se tratase de un entrenamiento, empecé a caminar con botas de militares, con casquillo, desde Santa Margarita hasta la calle Inglaterra y 8 de Julio en Guadalajara. Quería agarrar condición y fortalecerla en el proceso. Parece que tenía 55 años cuando empecé a correr de forma seria, cuando lo comencé a ver como mi deporte.

- La verdad, me sorprende que comenzaras a correr tan grande, que tuvieras la energía y la entereza para practicar un deporte tan exigente y desgastante.

- Estaba fuerte, bueno, me sentía con mucha energía. A los 55 años uno se siente invencible, aquí en Temaca tener esa edad es apenas ser adulto, aunque en otras partes eso signifique estar muy mayor... un amigo, que a la vez era compañero de trabajo, estaba involucrado en el atletismo de los adultos mayores del estado de Jalisco. El se dio cuenta que yo había sacado el segundo lugar en la carrera de 5 kilómetros del Seguro Social; entonces me invitó a correr formalmente al estado de Querétaro. Me tuvo mucha fe, me animó y yo le agarré la palabra. Él me pagó el viaje y nos fuimos a correr a la ciudad de Querétaro, en un campeonato de pruebas de pista y campo, la pista era de pura tierra, nada de tartán, me dio la impresión de que apenas estaban haciendo esa pista. Participé y me saqué una medalla de segundo lugar en los 100 por 400 metros, 100 metros por 4 corredores.

- Pero eso no era maratón.

- No, no, yo era corredor, corría fondo y velocidad o sea que le hacía de todo, era muy bueno corriendo y aguantando. En las distancias cortas era muy rápido y en las largas resistía mucho, me dosificaba. Y así empezamos. Con el tiempo, entre mis compañeros y yo hacíamos competiciones. Ellos me decían que, si ganaba una carrera, me invitaban la borrachera. Total, que cada que corría les ganaba la borrachera y me terminaron diciendo que ya no iban a apostar conmigo porque siempre les ganaba. Después me di cuenta de que, aunque ganaba, no me convenía eso de apostar la bebida porque luego eso mermaba mi condición física. Fue entonces cuando dejé de tomar

alcohol definitivamente. Dejé de tomar porque sentía que me faltaban energías cuando estaba bajo un cierto estado de ebriedad. Por ese motivo, abandoné el gusto de tomar.

La precipitación del agua estaba en su clímax, la fuerza del diluvio era tal, que algunas de las palabras de Poncho se hicieron inaudibles. Sin embargo, no parecía necesario que Tenamaxtli comprendiera todo lo que Alfonso estaba trasmitiendo pues el héroe primigenio de aquellos territorios, de barrancas escarpadas y planicies prolongadas, se sentía impresionado por la vitalidad de un hombre que, en un tramo avanzado de su existencia, estuviera dispuesto a iniciar un proyecto tan exigente para su cuerpo.

- Una vez que dejé la bebida ya no pude parar, anduve de carrera en carrera por varios lugares. Cada competencia me dejaba mucha satisfacción, me sentía a gusto. Las que más me gustaban eran las que se hacían en el campo, así como las de Temaca, que se va uno a recorrer el cerro o la orilla del río.

- *La Carrera de los Remedios.*

- De *Nuestra Señora de los Remedios*, 5 y 10 kilómetros. De hecho, ésta carrera fue la última que corrí. La carrera de mis 80 años me la traje como siempre porque supe administrar mis energías y aprendí a correr. Hubo ocasiones, en otras carreras quiero decir, en las cuales quería rebasar a alguien y no podía, entonces le tenía que bajar el ritmo e ir a un paso que me pudiera sostener sin llegar a agotar mi energía hasta el punto de no poder continuar. Cuando se participa en una competencia, es importante mantenerse de pie y estar así hasta el final. Esa es la regla del atletismo; haz lo que puedas hacer y llega a la meta, eso sí, acabando en un intento, sin retractarse. Durante mi primer maratón, aquel que corrí en Guadalajara, no sabía exactamente cómo se llevaba a cabo una competición de ese estilo y es por eso que los primeros 30 kilómetros los corrí en tres horas, pero los doce que me faltaron casi los volví a correr en otras tres horas, pues pensé que la carrera ya la tenía hecha, considerando que doce kilómetros ya eran fáciles. Pero al final de mi trayectoria de corredor ya tenía la experiencia para hacer las carreras a mi gusto.

El salpicar del torrente se apaciguaba lentamente hasta llegar al punto de convertirse en una llovizna que acompañó el sonido del correr del agua por las calles empedradas del poblado. Al escuchar que su interlocutor había corrido 10 kilómetros a sus 80 años, Tenamaxtli se quedó estupefacto. Le pareció heroico. Supuso que no debían de existir muchas historias similares, referentes de comparación para esta hazaña. A partir de esa impresión comenzó a atar cabos. Todos los años de trabajo fuera de su lugar de origen añorando su cuna; el momento y las circunstancias en las que contribuyó a construir a su familia; lograr el retorno deseado; emigrar al extranjero teniendo un trabajo formal en México; readaptarse a la vida del campo después de la ausencia; ganar sus competencias y sus luchas; atender un restaurante, escribir canciones, tener lucidez para expresar emociones, resistir.

En conjunto, los relatos de Alfonso referían a un protagonista cuya figura denotaba a un ser humano peculiar. La proclividad a la resistencia no dejaba dudas de un personaje con convicciones, persistente, testarudo dirían algunas personas. Pero su pundonor no era el del necio que aparta la vista de su prójimo para afirmar sus

propias posturas. No, se trataba más bien de una persona adulta, muy adulta ya, cuya voluntad de vivir no había decaído jamás y que, por lo tanto, tenía la virtud de aventurarse a nuevas experiencias sin importar el tiempo y el lugar. Ya Tenamaxtli sabía que Poncho se había convertido en delegado de su comunidad ante el ayuntamiento y estaba seguro que estaba próximo a ganar el galardón de *El adulto mayor del año*. La propia incursión en la lucha por la vida y contra la desaparición de su pueblo, significaba un capítulo más de esta ruta de navegación que se montó Alfonso en el mar de las experiencias vitales.

- Eres un héroe Poncho.

Dijo Tenamaxtli dirigiéndose al hombre al que había escuchado relatar algunas partes de su vida. Cuando enunciaba esa breve proposición, la lluvia se paró por completo.

- ¿Cómo cree eso?, héroe es usted.

Pronunció Alfonso con convicción, mientras pensaba cómo articular la lista de atribuciones que tenía en su haber el hombre que dirigió, junto con otros señores antiguos, la gesta del Mixtón para disuadir a los invasores de quedarse con el mundo ajeno; el que venció a las huestes de Pedro de Alvarado en la primera incursión; el que resistió el sitio en la montaña; el que planeo y ejecuto una guerra de guerrillas que no dio descanso ni paz a los injustos vencedores; ese que se entregó para calmar la furia que contra los suyos desató el enemigo; el gran defensor de sus tierras y sus gentes frente a las máximas autoridades de la Corona en el mismísimo territorio del reino español; el personaje de la historia de México que, en el exilio, se hizo fuerte para ver y hablarle de frente al agresor.

- No sé cómo decirle que usted representa mucho para este lado del país. Para muchos de nosotros, que nos mantuvimos firmes en la lucha contra la presa *El Zapotillo*, su historia y legado ha sido inspiración. Creo que ya lo sabe.

- Está bien Alfonso, ya he recibido muchos elogios de ti y no hace falta explicar más. Creo que lo que trato de hacer no es comparar las trayectorias de nuestras vidas, ni estoy en posición de hacer un decálogo de los atributos o logros que tiene que portar una persona para ser proclamado como héroe. Tampoco es mi intención adularte para justificar mis visitas nocturnas. Lo único que busco es comprender nuestro devenir en esta larga historia de agravios que nos han infundido los poderosos. Son más de 500 años y miles, quizá millones de historias de batallas invisibles, de guerras cotidianas y extraordinarias que libraron pueblos originarios enteros, las que padecieron individuos inocentes que han sobrevivido a la opresión en todas sus formas y que dejaron un legado de lucha que nos viene conformando como hermanos del honor de alzar la voz y decir no. El orgullo de proclamar: no quiero, no queremos tu espada en nuestro pecho; no queremos tu bota en nuestras cabezas, rechazamos tu empecinamiento en arrebatar nos la esencia que nos da el espacio que nos vio nacer y que deja que le habitemos... si te nombro héroe, no es para entronizarte en la vitrina de la memoria de esta comunidad imaginada que llamamos nación. Si te llamo héroe, es para resignificar la palabra a favor del reconocimiento que tú, y seguramente muchos héroes anónimos más, merecen recibir.

Después del breve discurso, Tenamaxtli señaló las medallas de Poncho y remató el momento con una metáfora que comprendió a la perfección.

- Cuando te tuteo y te digo héroe, es como cuando te daban esas medallas. Un reconocimiento sencillo, pero que nunca debemos olvidarnos de dar y recibir.

- Está bien, gracias don Francisco. Usted lleva razón, hay muchos reconocimientos que hacen falta en todos los rincones de estas tierras. Así como usted lo ve y me hace ver, hay tantos héroes jamás nombrados ni reconocidos que no nos alcanzarían todas las noches para dedicarles por lo menos un pensamiento. En ese caso, puede ser que Temaca sea afortunada, creo pues que ha sido nombrada muchas veces, reconocida por la lucha y, algunos de sus hijos e hijas, hemos recibido los honores que nos merecemos... aunque no todas, faltan algunas.

Se hizo una pausa, los dialogantes parecían satisfechos. Se tomaron un minuto de silencio para regocijarse en el acuerdo logrado. No era fácil llegar a consensos en muchos temas, pero esta vez parecía que hablaban una misma lengua y en un solo sentido. Después del corte, Alfonso preguntó.

- ¿Le conté que, en 2010, este rincón de México fue la sede de un encuentro mundial?

- No que yo recuerde

- Ah, pues en el 2008, hubo una reunión con el Movimiento Mexicano de Afectados por las Presas y en Defensa de los Ríos; se trata de una organización, de un movimiento nacional en contra de las presas y a favor de los ríos. Ellos hacen una reunión cada año, en diferentes partes de la república y, en el 2018, se hizo la reunión en Temaca. Aquí estuvieron personas de Guerrero, Chiapas, Oaxaca; también vinieron de Torreón, Coahuila; de San Luis Potosí por las mineras, y otras partes que no recuerdo ahora. Pero, además de la presencia de muchas personas, para nosotros fue importante ese encuentro porque ahí se organizó el Comité Salvemos Temacapulín, Acasico y Palmaréjo y porque de ahí surgió la ayuda de unos licenciados que nos apoyaron casi gratuitamente, dándonos asesoría jurídica para enfrentar el caso durante todo el tiempo que estuvimos en la lucha.

- Claudia y Lupe.

- Lupe y Claudia, así es. Aquí los queremos un montón. Ellos nos apoyan hasta la fecha. No sabemos que hubiera sido de la lucha sin su ayuda. Trabajaron mucho tiempo sin ninguna retribución, sin reconocimiento de nada de su labor. Una vez, con toda la pena, se vieron con la necesidad de que les diéramos dinero y de alguna forma mandaban recursos económicos desde la ciudad de Los Ángeles para ellos, pero la verdad fue muy poco tiempo que se les apoyó, quizá ahí nos faltó ser más solidarios con esos compañeros, en agradecimiento a su trabajo hacia nuestra comunidad.

Otros héroes, pensó Poncho mientras se tomaba una pausa para seguir con el relato

- Y... ¿qué paso con el encuentro mundial?

- Ya voy para allá. Tiempo después, en el año 2010, se llevó a cabo un concurso para determinar la sede de una reunión como la del 2008, pero esta vez internacional. Entonces, había otros países como candidatos para ser los anfitriones. México concursó con Temaca y los otros países que también querían tener el encuentro mundial eran Sudáfrica e India. Y, ¿qué cree usted que pasó don Francisco?

- Pues, supongo que Temacapulín ganó la sede.

- Así mero, ganamos, ganó Temaca en el 2010. Esa reunión fue del 1 de octubre al 7 de octubre de ese mismo año, una semana estuvieron aquí más de 60 delegaciones de todo el mundo, yo recuerdo que había de Francia, España, Rusia, Indonesia, India, Kenia y muchas otras partes. Además, toda Latinoamérica estuvo aquí, desde Argentina hasta Canadá. Hubo personas hospedadas en las casas del pueblo, conseguimos casas prestadas que en aquel momento no estaban habitadas para hospedar a la cantidad de gente que llegó.

- Así como lo cuentas, suena impresionante.

- Logramos recibir a tanta gente, les ofrecimos alimentos y les dimos un techo por unos días. También hicimos una difusión internacional del evento con una campaña que se llamó: “Los ojos del mundo están puestos en Temaca”, así, nosotros divulgamos esa frase de “Los ojos puestos en Temaca”, los ojos del mundo puestos en Temacapulín.

- Entonces son muchos actos heroicos de todo el pueblo, supongo. Yo diría que lograr recibir dos eventos y acoger a tantas personas que luchan, primero de México y después de todo el mundo, supone muchos esfuerzos organizativos que no se pueden concretar en cualquier lugar. Reunir resistencias en esos eventos es también reunir a héroes anónimos de todas las latitudes.

- Sí, fue heroico organizar esos dos eventos, El IMDEC nos propuso, nos animó y nos guió mucho para lograrlo. Mónica, María, Carmen, Marco y luego Libertad, Romina, Claudio, todos, sin ellos no hubiera sido posible hacer tantos eventos como ese encuentro mundial, la lucha en general no hubiera sido posible sin ellos y tantas personas y organizaciones que nos apoyaron. En todo lo que hicimos, fue muy bonito convivir con gente tan diferente, pero con el mismo dolor que nosotros. Brasil fue un consentido de aquí. También estuvieron unas muchachas argentinas, de la Patagonia, aquí estuvieron viviendo como un año, estaban en Guadalajara, pero iban y venían a Temacapulín. Desde esos encuentros, varias personas de la región comenzaron a voltear a ver a Temaca. Ahí llegaron, por primera vez, muchas personas entrañables de nuestra lucha. Temaca iba generando un mayor interés en todos lados y otros países comenzaban a notar la importancia de nuestra demanda. Reconocieron todo lo que estábamos haciendo como algo importante a nivel nacional y mundial.

El amanecer comenzó a avanzar, el aguacero dejó un ambiente fresco que ya delineaba la tesitura de las madrugadas del verano recién parido. El olor a humedad, después de

tantos días de suelos sedientos y agrietados, permitía que los aires se sintieran renovados, como si fuera el inicio de una etapa nueva para la comunidad. Alfonso hizo suya esa sensación de naciendo bríos con una aspiración profunda que descansó en un suspiro largo y concluyó en un bostezo.

Esta vez, Tenamaxtli se levantó de la silla para acompañar a su anfitrión hasta la cama. Con la primera luz del sol a una hora de distancia, tenía que preparar la retirada, había que comenzar a darle forma a una partida que no era posible posponer más. El día que comenzaba, sería la última noche de visita para este huésped distinguido. Poncho, por otro lado, ignoraba que ya solo tenía una oportunidad más de compartir el alimento y la bebida nocturna con su héroe milenario, al menos en lo que a esta vida se refiere.

- Ya es hora de dormir ¿verdad?

- Desde hace rato Poncho, creo que forcé demasiado la noche, te pido una disculpa.

- No, no tiene de qué pedir disculpas, soy yo el que no quería dormir. No podía dormir. Es más, aún no tengo sueño, quisiera seguir platicando de la lucha de Temaca.

- Esta bien, pero ya toca que lo hagas acostado, acurrucado entre las cobijas.

Tenamaxtli intentó ayudar para que Poncho se acomodara, trató de acercarle la vela, pero no tuvo éxito, después, miró a su alrededor para asegurarse de que los papeles, fotografías, recortes de periódicos, canciones, medallas y demás reliquias que habían escudriñado en el comedor, regresaran a su lugar de resguardo. El archivo documental se puso sobre el buró y solo verificó que no quedaran hojas sueltas marchando hasta la puerta y mirando al piso. Se asomó al patio con la misma intención de inspeccionar para después no lamentar algún extravío, en ese momento miró que uno de los charcos formados a partir de la abundante lluvia, ya dibujaba reflejos que solo son posibles con más luz de la que es capaz de emitir una noche sin luna.

Pensó en marcharse pronto, pero aguardó la premura mirando al cielo. Sirvió tomarse el momento porque comprendió que el aumento de la luminosidad, todavía no correspondía con el alba, se trataba, más bien, de un despeje de nubes preñadas que dejaron observar una luna creciente un instante antes oculta. Ante la constatación de que todavía tenía tiempo para seguir escuchando, postrado en la puerta de la habitación, preguntó.

- ¿De qué más quieres hablar?

Poncho estaba ocupado reordenando sus memorias, tratando de darle una secuencia cronológica, pero se complicaba manipular el archivo con la postura reclinada que no quería modificar. Aunque decía no tener sueño, no había garantías de no estar cansado puesto que la jornada había sido muy larga, tanto que ya casi alcanzaba un nuevo amanecer. Con todo y la renuncia a poner en acción el sistema locomotor, exceptuando los nudillos y las muñecas, Poncho continuó articulando palabras para responder y seguir la narrativa.

- De la lucha, de mi vida en la lucha. Es que hemos hecho muchos eventos, muchas manifestaciones, varios esfuerzos, tomamos las instalaciones del Talicoyunque y luego las de la presa. Tantas personas que han participado.

- Esta bien, puedes hacerlo, pero te recuerdo que en un rato más llegan estudiantes de la Universidad y tienes el compromiso de darles un recorrido.

Unos días antes, en una de las tertulias nocturnas, Poncho había comentado a sus tres acompañantes que unos estudiantes de la Universidad de Guadalajara visitarían Temacapulín para conocer algunos aspectos del conflicto territorial de la propia voz de sus protagonistas.

- Es cierto, no me acordaba, los quiero llevar al río. Es mi deber, ya me eché el compromiso.

- Entonces tú dirás, yo aquí estoy todavía en tiempo.

- Pues solo déjeme decirle, mencionar que en esta lucha no solo hay héroes, también hay muchos villanos.

- Claro, eso lo supongo. Nada más no me queda claro que te alcance el tiempo antes de que se asome el sol.

- Pues vamos probando, al cabo que, si no da tiempo de nombrarlos a todos, nadie lo va a lamentar.

Tenamaxtli esbozó una sonrisa, se acercó al buró para escuchar mejor y aprovecho para dar una caricia sobre el pelo a Poncho, que ya estaba arropado.

- En ese caso Poncho, yo prefiero que nombres a los héroes primero para que no se queden anónimos. Ya mencionaste los nombres de varios, a muchas de esas personas las conozco desde hace tiempo, pero me imagino que hay más que aún están fuera de foco.

- Pues las personas que usted ya conoce, de las que ya les platicué a usted y los Generales, son todas las que yo creo que merecen ser reconocidas como parte de la victoria de los tres pueblos... pero bueno, quizá tiene razón. Nunca le he contado de las Juárez, de la Rusa y su hermano Jesús, de todos los de Temaca que viven en Guadalajara pero que tienen un amor inmenso por este pueblo. Todos ellos se merecen un monumento, por no olvidarse de su terruño.

- Claro que me has contado de todos ellos, de todas ellas, mejor dicho. Más aún, conozco a Marichui y sus hijas Emma, Margarita y Bety, ¿quién no las va a conocer?

- Pues entonces qué le cuento, si usted ya conoce también a todos los que pocas veces he mencionado en estas pláticas, pero que seguro ya miró en el otro mundo: don Germán, doña Lupe, doña Nerea, don Lauro, doña Zenaida, doña María Hernández,

don Aurelio Torres, don Marín, don Severo, don Jesús Álvarez, don Santiago, Jesús *El Viudo*, los inolvidables Rosario Ibarra y Manuel Carvajal *Bombón*.

- Los mártires de esta lucha.

- Nunca mejor dicho, nuestros muertos. Los que han fallecido por y durante el conflicto y que aún están dándonos fortaleza y luchando desde allá arriba a favor de nosotros. Así los consideramos, nuestros mártires. Se fueron como los revolucionarios, es decir, murieron en los campos de batalla. Están arriba, como los ángeles que cuidan de Temaca.

- Les conozco Poncho.

- También conoce usted a las mujeres de Temacapulín, yo a las mujeres de Temacapulín las considero muy valientes, por ejemplo, a las Pelancho, Esperanza y Consuelo, porque son personas humildes, no son mal intencionadas, y se han mantenido en la lucha. Algunas vendieron sus terrenos o su casa, aunque tenían pensión americana, y la gente con menos recursos fue la que dio más batalla, ahí tienes también a las Ibarra, Luz y Cuca, o a Lucy y Hortensia. También lucharon Maximiliana, Cecilia, Tere, Raquel, Aurora, Socorro, Remedios, Mary, Emilia, Imelda, Antonia Limón, Tella, Chuyita, Pánfila, Lety, Rafaela Gallo, Alicia la *Chicha*, Alicia, Margarita, Chabela, Aleja, Chela Álvarez, Martha Álvarez y sus demás hermanas, y también Librada, Bety y Lupita.

- También los hombres participaron, ¿qué no?

- Los hermanos de Abigail que usted ya conoce, Amador y Arturo. Paco, Moisés *Moy*, Merced, *Los Gallos*: Rafa, Emilio y Esteban; Martín el *Burro*, Juan José *Juanjo*, Chicho, Jesús, Hugo, Juan, Peto, Cruz, Rigo, Clemente, Luis, mi sobrino Juanito, y Jorge el de la tienda. Y qué le digo de los demás que fueron el núcleo duro de la resistencia, Marichui, que usted ya mencionó, todas sus hijas, nietos y nietas; Gabriel el hijo de Isaura, siempre presente desde Monterrey, y la misma señora Isaura, toda una generala. Abigail, que estuvo en todas partes y a todas horas, una mujer muy inteligente y audaz; mi sobrina Lourdes, que no dejó de estar al pendiente de las reuniones y las manifestaciones; María Félix, la gran, gran María Félix y toda su familia, desde su mamá, pasando por Tilde y hasta llegar a la más chiquita Bere. María Alcaraz que tranquila siempre cumplió con sus deberes de la lucha, y pues el padre Gabriel. Mi familia también estuvo presente siempre que se pudo, sobre todo mi hermana Lola; su hijo Juanito; mi esposa Juana y mi hija Brenda.

El agotamiento ya era desmedido. Una fuerza fuera de este mundo lo mantenía despierto, su ser extenso languidecía como si la mente estuviera en estado de sueño profundo, pero su expresión facial seguía fresca a pesar de los momentos críticos de la noche, del llanto y el estrés. Con toda lucidez mental, prosiguió repasando a las personas que, a su parecer, tenían los méritos de la valentía, la solidaridad, la fidelidad, el amor y la prudencia. Luego, con menos claridad, intentó enlistar a personas que no recordaba por sus nombres, pero cuyos rostros y procedencias tenía presentes, por eso optó por las generalizaciones, se trataba, por supuesto, de personas que no eran de Temacapulín.

- Tuvimos a mucha gente de nuestro lado que no es de Temacapulín y que a su vez nos apoya. Personas que son de Guadalajara, de México, Brasil, Argentina, o de Colombia; tenemos compañeros que todavía siguen en contacto con nosotros. En Lagos de Moreno hay gente que nos apoya, en Jalostotitlán hay personas que nos apoyan, de Yahualica, Mexxicacán, El Valle y hasta de Cañadas. Solamente en Tepatitlán casi no, ahí fue poco el apoyo. En Tepatitlán más bien nos apoya el *CU Altos*...

Un parpadeo aletargado con inclinación simultanea de la cabeza, luego, súbitamente levanto la conciencia.

- En Acasico, solamente Don Luis Villegas luchó solo, sin compañía, pero con una gran valentía. Los demás lo dejaron solo, le hicieron mala cara y hasta lo amenazaron, y resulta que los que pelearon con él ya murieron.

Tenamaxtli se asustó, atestiguó como se endurecía la expresión de Poncho, el lenguaje no verbal denotaba una furia que no reconocía en él. La rabia lo puso en excitación de nuevo, no se pudo guardar el rencor que tenía latente, lo tenía que sacar de sus entrañas. Entonces, como si se tratara de un castigo del destino o de una especie de justicia divina, de un llamamiento del mal, comenzó a nombrar a los villanos que habían muerto.

- Aquí con nosotros murió *La Yegua*, el primer traidor, era un adulto de 59 años y fue uno de los primeros que murió a causa de COVID. Luego, se murió otro que nos atacaba mucho, el de la televisión, José Antonio Hernández, pues él decía que el agua del *Zapotillo* se estaba yendo al río en lugar de ser para la presa, para que el agua llegase a Guadalajara. Luego tenemos otro que se llama Enrique Dau Flores, fue el culpable de las explosiones de Guadalajara, las del 22 de abril del año 1992, él quería que se hiciera la presa y también se lo llevó la *Huesuda*. Una presidenta a la que le decían *La Polla*, digo, así la recuerdo por que no sé cómo se llamaba, ex-presidenta de Tepatitlán. Después de ser presidenta, se fue de diputada federal a México y el padre Gabriel le pidió apoyo, ella le respondió: “palo dado ni Dios lo quita” ... pues que le tocó el palo a ella también. Creo que el primero que murió fue el *Osito Bimbo*, Pérez Plazola, fue el que nos vino a decir que se iba a inundar Temaca, aunque él sabía que no nos íbamos a dejar porque un día dijo, “a Temaca lo quieren inundar, pues tengan mucho cuidado porque ahí son peligrosos”. Creo que no terminó su sexenio de diputado porque él apoyaba mucho a Francisco Ramírez Acuña, otro personaje oscuro de Jalisco. Se han muerto varios, don Serafín, Valentín, fueron otras personas que no nos quisieron apoyar. Se murió Benito Pérez, él vivía en San Francisco.

Habiendo alzado el tono de la voz, Poncho se intentó incorporar acomodando la almohada para sentarse, pero Tenamaxtli intervino para calmarlo.

- Y los políticos, los políticos don Francisco, todos, sin excepción, fueron pura decepción. Todos los gobernadores de Jalisco que les tocó el conflicto, los diputados, alcaldes, todos los presidentes, desde Fox pasando por Calderón y Peña Nieto. El gobernador, éste que está ahorita; también el que asesinaron en Puerto Vallarta; Emilio González Márquez; ninguno estuvo a la altura. Los funcionarios de la CEA, no, no, no, pura fichita, ni vale la pena gastar saliva por esas personas, se creen tan poderosos, pero

son tontos. Solo hay un poderoso. No saben que también se los va a llevar la *Huesuda*. No saben que también son gentes, no saben ser gentes. Son tontos.

Suspiró, negó con la cabeza, volvió a una relativa calma y culminó.

- No, no, no...solo Manuel...Manuel López Obrador... ese si fue sabio.

No pasaron más de 2 segundos antes de que se quedara dormido. El sol ya se asomaba en la primera mañana húmeda del año. El héroe caxcan se retiró por la vereda de costumbre mientras el trajín del día comenzaba en Temacapulín.



Con los compañer@s de lucha conformando una escolta.



Con compañer@s de lucha En *Los Sabinos de Palmarejo*.

" EL DÍA QUE ESTIRE LA PATA "

El día que estire la pata
que me lleven al panteón
en los hombros de mis prietas
pa' alegrar mi corazón

Que me acompañe un mariachi
tocando un alegre son,
que se arranque la marimba
con un sabroso dansón.

Que me cante el bandolero
el mentado Charro Avitia
y taconelle el Piporro
la alegre Polka "Angelita"

Es mi última voluntad
que no vallan a llorar
para que tanto teatrito
si al fin me van a olvidar

Y aunque se fue "tú mero mero,
no te me vistas de negro
que al fin me van a cuidar
que yo caiga al agujero.

febreo 16 de 1971

ALFONSO ÍÑIGUEZ PEREZ

Letra de canción de Alfonso, mecanografiada por el autor.

Capítulo IX. Tres pueblos y un río

Un poco más tarde, a las 8:00 de la mañana, unos estudiantes universitarios se acercaron al *Mesón de Mamá Tachita*, habían asistido a una práctica de campo en la que Alfonso estaba programado para dirigir un recorrido etnográfico. Las puertas del restaurante ya se veían abiertas y el desayuno de aquellos jóvenes se terminaba de cocinar en la estufa improvisada por la familia 13 años atrás. El chef, mesero y guía, estaba fresco y con mucho ánimo de acompañar los aprendizajes del grupo.

El tema de interés era la resistencia social que sostuvieron los habitantes de la comunidad, Alfonso tenía pensado llevarlos por los lugares más característicos, narrarles los acontecimientos que dieron pauta a la resistencia, mostrarles los espacios emblemáticos de la organización y, por supuesto, acercarlos al río Verde. En muchas ocasiones había sido guía de aprendices y maestros, expertos y turistas, enterados y neófitos, que por diferentes causas y circunstancias habían deseado conocer el ya mítico pueblo y su famosa oposición a la voluntad del régimen de alianzas espurias que había gobernado México hasta antes de la resolución del conflicto y, cuyos remanentes fundacionales, aún están latentes.

Mientras todos se llevaban a la boca unos huevos revueltos con frijoles, sus tortillitas de maíz y la salsa del molcajete, Poncho ya se hacía de la palabra.

- ...y de hecho ha habido hasta personas estadounidenses que nos han acompañado en Temaca. O sea, gente de allá, gringos, gringos, no hijos ausentes, que vinieron para apoyar.

El recorrido comenzó en la Plaza de Temacapulín, un espacio amplio, rodeado por árboles maduros y jardines rebosantes de verdor. Estaba bien cuidada la vida vegetal de aquel parque que a su vez es un espacio de recreación, una cancha deportiva, pista de baile, foro artístico, recinto cívico, salón de fiestas, ágora, teatro y lugar de las asambleas públicas. Inició explicando la historia del territorio, señalando el cerro que indica el siglo desde cuando Temacapulín saluda a los visitantes. Pasaban por ahí algunas personas oriundas que saludaban a la concurrencia mientras Alfonso comentaba que Tilde, quien no se encontraba en Temacapulín en ese momento, había sido el responsable, durante mucho tiempo, de que la plaza principal conservara su belleza.

Procedieron a la caminata, tomaron el rumbo a la basílica para pasar por el curato, estaba abierto, María Alcaraz aseaba los pisos, acomodaba unas bancas y le pasaba el trapo húmedo a las sillas y mesas algo polvorientas. La presencia discreta de María permitió unas presentaciones y saludos mientras el resto del grupo se concentraba en observar los detalles arquitectónicos del espacio del cura, lugar también multifuncional que Poncho describía con precisión.

- Aquí se hacían la mayoría de las reuniones, hubo muchos talleres, también fueron dormitorios, se quedó a descansar mucha gente aquí y la cocina está por allá. En esas bancas que están al lado de la estufa se sentaban las gentes que tomaban los talleres. De ese lado está el horno, es que aquí se cocina lo que haga falta. Es más, se ha pedido permiso al señor cura para que deje sembrar y se siembra. Las *Temacampesinas* sembraron varias hortalizas y guardaban sus azadones, palas y picos en la bodeguita del fondo.

Por cada lugar en el que se plantaban, Alfonso tenía una historia, o por lo menos alguna referencia para contar. Las juventudes, ávidas de información, atendían con todo el interés y cortesía, por eso se arremolinaban sobre la figura delgada del personaje, sin molestarle. Él no cesaba de hablar, una idea llevaba a otra y la última a una más. Tuvo ocasión de tomar un poco de agua que obtuvo de un garrafón postrado al lado de la tarja, mientras, los jóvenes se regocijaban capturando imágenes con sus teléfonos móviles, la mayoría de las cuales eran protagonizadas por el héroe del momento.

Al beber el último sorbo, Alfonso retomó el ritmo como si nada hubiera ocurrido la noche previa. Súbitamente le arribó una epifanía.

- ¿Quién soy?...

Se inquietó un poco, pero optó por desviar su atención de la emoción y se concentró en la endeble realidad que le rodeaba. Así, reanudó la cátedra sobre la fascinante relación entre los sujetos, los espacios y el arte de narrar momentos cuyo significado para un colectivo puede ser determinante en la reacomodación de la representación del mundo.

- Durante las reuniones en Temaca, tratábamos de que fueran amables, lo más gustosas posibles para las personas, por eso, hacíamos muchas actividades que a veces ayudaban a bajar las angustias que teníamos. Hacíamos comida y platicábamos de cosas diferentes, luego, informábamos los planes que se tenían pensados y todos proponíamos qué hacer en un plazo próximo o alguna idea para los proyectos a futuro. Por eso nos reuníamos aquí y cuando las asambleas eran grandes, que sabíamos que iban a llegar muchas personas, hacíamos las reuniones allá en la plaza...de hecho, todavía es así, ahorita la que organiza huateques es Blanquita y las asambleas o reuniones grandes, como cuando vienen los hijos y las hijas ausentes, son en los portales de la plaza.

Salieron de la sombra para recorrer las calles, pronto, en la esquina, se detuvieron a contemplar la fachada de la Basílica, pero no se animaron a ingresar al atrio bajo la promesa de que, a la vuelta, cerrarían ahí el recorrido. Tomaron rumbo hacia la tienda de Luz, que es donde topa la calle principal del pueblo partiendo del centro con rumbo a la carretera que lleva a la salida a Mexxicacán y Cañadas de Obregón. Frente a la tiendita de abarrotes, en una de las esquinas, un edificio agrietado aparentaba estar a punto de desplomarse, era tan antiguo que sus balcones ya solo se intuían en función de los ventanales adornados con grecas y figuras de alto relieve, a estas alturas ya indiscifrables. Aun así, con todos sus defectos, llamaba la atención, y los caminantes de esa mañana pararon para las fotografías. Poncho estuvo de acuerdo en la pausa y aprovechó las circunstancias para dos cosas, la primera, degustar el olor exquisito a chorizo

que se podía percibir en aquella bifurcación y, la otra, para conjeturar una evidencia de la voluntad de salvar al pueblo, a propósito de la casa antigua que tenían enfrente.

- En los inicios de la lucha, nadie quería hacer una reparación en sus hogares, o hacer una casa nueva. Se trataba de momentos muy agobiantes; nadie sabía que pasaría exactamente. Ahora, parece que el pueblo volvió a llenarse de energía; de hecho, hubo una persona que hizo una casa aún con el temor de que la pudiesen derribar, y eso me dio gusto, felicité al muchacho por haber puesto la muestra al gobierno de que no teníamos miedo. Entonces, ese muchacho fue el primero en hacer su casa y, al momento, posiblemente hay otras 10 casas en construcción. Por mencionar algunos casos, la casa de cantera la dejaron bien linda, la casa de Gabriel también quedó bonita, así como la casa del hijo de don Luis, además, atrás del callejón que está en el Cerro de la Cruz también hay una casa nueva. Fue como volver a ver brillar a Temacapulín con más fuerza que nunca.

Continuaron hacia la carretera y se siguieron derecho hasta atravesar el balneario. El objetivo era llevarlos al Cristo de la Peñita, imagen divina plasmada en la naturaleza, de la que diera cuenta Alfredo R. Placencia. Al apostarse en la base del Cerro de la Cuesta, el grupo cayó en cuenta que tenía que subir la estrecha y empinadísima escalinata de unos 100 metros para acceder a la capilla contigua a la imagen sacra. Se trata de unas escaleras de concreto que Alfonso conocía a detalle, habiéndolas escalado hincado para pagar la promesa que hizo al cristo de Temaca por el milagro de salvar al poblado de la inundación.

El primero que se animó a subir fue el guía, tenía que poner el ejemplo, dar la muestra como buen maestro. Al arribar al descanso que rodea la humilde casita de Dios, que apenas significaba el pliegue medio de la altura de la peña, contemplaron una vista casi horizontal desde donde se alcanzaban a vislumbrar fachadas, techos, cúpulas y los árboles de todo el pueblo. En verdad es una vista hermosa que deja una impresión peculiar, distinta a la que vibra desde la cima del Cerro de la Cruz o desde la entrada al viejo camposanto del Cerro de la Gloria. Para Poncho, y quizá para muchos de los héroes de Temacapulín, aquella perspectiva daba la impresión de ser la del mismo *Cristo Crucificado* que desde ahí alcanzaba a vigilar y cuidar a todo su rebaño.

Se quedaron mirando el paisaje en silencio, lograron apreciar multiplicidad de detalles que aparentaban no cuadrar con las latitudes del territorio. Palmeras en varios lados, nopaleras incrustadas en las peñas, parras suspendidas de alambreras en un solar, un campo lejano nutrido de agave, la cascada enorme que sonaba a sus espaldas, entre otros elementos que solo se explicaban por rupturas culturales que se manifestaban en la naturaleza.

- ¿Hay cocos?

Preguntó uno de los aprendices. Poncho no escuchó la cuestión, estaba contemplando el horizonte con los ojos cerrados. El viento que soplaba a esa altura chocaba con los pilares del cerro, así que los sonidos viajaban en contrasentido, generando un cúmulo de sensaciones melódicas entremezcladas con las voces de los estudiantes que ya habían roto la quietud. Entre el cuchicheo, Poncho volvió a escuchar.

- ¿Quién soy?

El joven y curioso alumno insistió.

- Don Alfonso, esas palmeras que se alcanzan a ver, ¿dan cocos?

- ¿Perdón?

- No, discúlpeme usted a mí, le preguntaba que si las palmeras dan cocos, que si hay cocos aquí en Temacapulín.

- ¿Cocos?... aaaah cocos... no, no, no, esas palmeras son de ornato. Los hijos ausentes a los que les va bien en Estados Unidos, mandan dinero para hacer sus casas y a muchos les gusta poner palmeras en sus jardines, de esas palmeras que hay allá en California. Entonces no son de aquí de la región, es un gusto que algunos tienen por esa planta, aunque hay una que otra que sí da fruto, pero esas que se ven allá, las que usted señaló, no.

- ¿Y el agave?

- Tampoco el agave, aquí empezaron a sembrar hace poco esa planta, pero no es de acá. Ese que se alcanza a ver no es todo el que sembraron, rumbo a Mexiti van a ver que está invadido de esa planta... no sé por qué lo siembran tanto, es un negocio que están viendo, pero es malo, así como lo están sembrando es malo porque daña los suelos, chupa la humedad del suelo. Ocupa mucha agua pues, y aquí hay agua, pero el agave se la puede chupar toda.

- La cascada que está acá atrás ¿es del río Verde?

- ¿Esa?, no, ese es el *Salto de Temaca*, es un escurrimiento que hizo el tiempo. Cuando llueve allá arriba, el agua se junta en un río rocoso que se viene hasta ese salto, ahorita está cayendo porque anoche se vino el aguacero y miren, todavía trae agua. En época de lluvias sí se queda varios días la cascada y se hace un río allá abajo que luego sí se junta con el *Verde*... ¿Ya quieren ir a ver el río?

- Sí por favor, pero... entonces ¿de dónde sale el agua del balneario?

- ¿El balneario?, ese se llena con las aguas termales de Temacapulín.

El grupo entendió que, el vital líquido, sí que era abundante en ese oasis barranqueño. No quedó duda de que estaba por todos lados en el aparente árido lugar. Se enteraron que, hasta hace poco, había en las calles tomas de agua potable que se traía entubada desde los *Colomos*, un lugar de relativa cercanía, fuente de la vida. Comprobaron que las termales llegan a todas las personas del lugar, pues fue conducida para aprovechar su calor en los hogares. Además, fueron testigos del milagro del charco redondo, un espacio de convivencia, labor, entretenimiento, relajación y curación, que ameniza campamentos nocturnos populares.

Caminaron al lado del desagüe de las albercas de la familia de la difunta Zenaida, para agarrar el camino contiguo a la carretera. En ese tramo rumbo al río Verde, pasaron junto al panteón nuevo y Poncho escuchó con más fuerza la voz que preguntaba.

- ¿Quién soy?

En esta ocasión decidió no dejarlo pasar. Tomó la iniciativa de ingresar al lugar donde descansan los muertos para inspeccionar si, como dos días antes había sucedido en su caminata desde el *Amialco*, andaba por ahí Tenamaxtli hablándole en la sombra del día para no dejarse ver. Indagó con esmero ante la mirada atónita y discreta de la compañía. Nadie dijo nada cuando Alfonso se asomó por detrás del portón cuasi abierto, quizá por el respeto a este sujeto excepcional, o tal vez, por la precaución colectiva de no encontrarse con algún espíritu de un alma sin descanso.

La escena estaba a punto de sumergirse en el misticismo, cuando Alfonso salió y emparejó el portón de la entrada principal, al tiempo que daba la indicación.

- Sigamos, el camino no es largo, pero con este calor y la humedad, se les puede hacer muy cansado y, eso sí, seguro vamos a sudar... ¿todos llevan agua?

Había decidido no pensar más en el llamamiento que originó las reflexiones y charlas de las noches pasadas. Pensó que se había resuelto la inquietud del General y de Francisco el Nuevo. Pero se fue dándole vueltas al asunto durante toda la travesía.

Iba distraído, no se percató de que la carretera se había concluido porque cayó en cuenta que, la noche anterior, los caudillos se habían retirado temprano de la mesa, antes de que narrara los acontecimientos más significativos de su vida. No se dio cuenta de que el camino que baja al río estaba lodoso, porque recordó que Tenamaxtli se había despedido con una inusual efusividad de los jefes del norte y el sur, lo que le llevó a conjeturar que aquella fue una despedida definitiva. No vio que, los otrora frondosos sabinos, deslucían algunos huecos marchitos en respuesta a la prolongada lejanía que mantenían del cauce del río, porque sintió, con una leve angustia, que ya no había mucho más que contarle a Tenamaxtli.

Al llegar al río, caminaron hasta un puente, o paso de concreto, en donde se sentaron a la sombra de un arbusto que no estaba muy lejano a los ahuehuetes. Poncho tomó aliento y se sopló con el sombrero, puso su botellita de agua a su lado y retomó la charla.

- Estamos en una parte del río que hemos conservado, la hemos conservado porque la gente de Temaca tenemos muchos recuerdos muy bonitos de aquí. Este es el río en donde se hace la sociedad, donde se conjugan la naturaleza de las personas y la pureza de lo natural. Es el río de los recuerdos. No hemos permitido que nos lo quiten... ¿ven esos camiones de volteo que están del otro lado?, esos son los areneros que sacan las piedras y la arena del río para el negocio, y al río lo están matando, pero aquí, en esta parte, no vamos a dejar que lo maten. Aquí hacemos convivencias, venimos a comer, a pescar, a divertirnos, y también nos acercamos para conectar con nuestra esencia. Y no nomas nosotros de Temaca, muchas gentes aquí llegaron y acamparon. Hemos defendido esta porción del río, nos plantamos, luego hubo una ceremonia en agradecimiento

al río y le dimos un abrazo a los ahuehuetes porque son los guardianes. Así se les llama a los sabinos en náhuatl.

- ¿Cómo?

- Ahuehuetes...

- No, disculpe, sí sé que se llaman ahuehuetes también. Preguntaba por lo que dijo de la ceremonia.

- Bueno, pasa que aunque hayamos llevado a cabo manifestaciones, también hemos hecho ceremonias de retribución y agradecimiento al río porque no queremos que desaparezca. El río se ha ido debilitando porque el margen estaba hasta donde llegan los Ahuehuetes. Antes de los años setenta, más o menos, aquí se podía nadar. Yo recuerdo que la gente era buena para nadar, que el río iba bien crecido y cómo en este paraje se ensanchaba, la gente que era de aquí pasaba el río fácil, nadando, pero sabían en qué parte se aventaban para que la corriente los llevara al otro lado, igual, el que se quería pasar para acá se tenía que aventar donde el agua los llevara a la orilla. Este lugar lo hemos conservado, porque también lo han querido para explotar sus recursos indebidamente, si no lo hubiéramos cuidado nosotros estuviera de no poder andar, o estaría destrozado e irreconocible en su totalidad. Para Temacapulín, más que un río, esto es un lugar clave que conservamos nosotros. Aquí no entraron las máquinas areneras; esto lo protegimos, por eso hicimos también la ceremonia y ahora se quiere proteger todo el río hasta el tepetate. De hecho, hemos sacado equipos areneros del río.

- ¿La corriente se llevó este puente?

- Se llevó el cemento. Una persona de Temaca hizo un vado, que es un camino para pasar el río sobre el cemento. No es un puente, sino que más bien es un camino sobre el río. Entonces, mi pariente, que se llamaba Eliodoro Pérez, con su propia maquinaria hizo el vado, pero el empresario de la arena le sacó arena del lado de abajo y el río lo rompió, o sea que fue por culpa de ese arenero y de la presidencia municipal, el cabildo se quedó callado. La fuerza del agua es enorme, por ejemplo, lo que alguna vez fue un bloque completo de tepetate fue desbaratado por el torrente de agua. De repente, el nivel del agua puede subir tanto que vuelve a marcar la orilla hasta donde están los árboles, es decir, a la altura que marcaba anteriormente.

- Don Poncho, además de la no inundación y de parar a los areneros, ¿qué otros logros han tenido en esta lucha social?

- Pues muchos. Por ejemplo, ya saben que a Temaca lo van a declarar pueblo mágico. Todas las obras del Plan de Justicia. Todo esto considero que son frutos de la lucha. Otro fruto de la lucha es que les hayan pagado bien a los que vendieron, porque si no hubiese sido por la lucha de Temaca, les hubiera sucedido lo mismo que a las personas de Palmarejo y Acasico, a las cuales al final no les dieron nada y, por el contrario, los de Temaca salieron beneficiados por la lucha. Yo se los he cantado, estamos con la frente en alto porque ganamos y los que vendieron, aunque les hayan dado dinero, no se pueden levantar así.

Le temblaron la voz y las manos mientras refería a los que vendieron, igual que hacía unas horas atrás, cuando a punto del amanecer, renegó por los villanos. Una de las estudiantes se levantó para intentarlo calmar. Las personas ahí presentes, sin excepción, fueron testigos de la exaltación.

- ¿Está bien don Poncho?

- Sí, no se preocupen.

Llamó a la prudencia y tomó el control para no asustarles.

- Soy un viejo sano.

Carraspeo y argumentó.

- Por ahora la única afectación que he tenido es del oído, aunque me falla la vista un poco, por eso fui con el oftalmólogo. Eso sí, a estas alturas ya no me da vergüenza preguntar por lo que me dicen, pido que me vuelvan a repetir aquello que me habían mencionado cuando no escucho bien. Tengo cataratas, me las tuve que operar y como ahorita estoy en tratamiento para que me operen una hernia para noviembre, estoy esperando salir de eso para seguir con lo de las cataratas. De ahí en fuera, pues una gripe por aquí, una tos de vez en cuando. Me siento sano pues.

Quiso refrescar la garganta, pero su botellita ya casi estaba vacía. Alguien le ofreció de su cantimplora y sin pena ni pendiente, con humildad, aceptó una bocanada. Acto seguido reanudó la palabra.

- Una vez nos invitaron a una fiesta a Oaxaca, a un pueblo que hace una fiesta en el río, porque allá también está amenazado por la presa *Paso de la Reina*. Nos llevaron a la orilla del río Verde, curiosamente también se llama así el río, y ahí nos hicieron un tallercito, nos enseñaron cómo apreciar la naturaleza y a cuidarla a su vez. Mostraron sus diversas áreas naturales y cuando nos mostraban yo quedaba pensando en este lugar, en lo que poseemos en Temacapulín. Ahora que se nombró a este río área protegida, me hace pensar en lo afortunados que fuimos por ello, eso nos tiene que ayudar a protegerlo de los saqueadores de naturaleza. Por ejemplo, ahí en Oaxaca, no permitieron la extracción de arena, los ríos están limpios, con sus playas bien bonitas. Aquí no, aquí la extracción de arena fue criminal. Gabriel ha promovido que se le hagan festejos al río y que la gente vuelva a festejar en el río y, pues, venimos a festejar; hacemos comidas, invitamos al presidente municipal y, todos los años, el sábado de gloria, se hace una fiesta grande. El sábado de gloria toda la región baja al río a comer, unos traen su comida, y otros ahí venden comida y bebida. Hay juegos, música, vienen personas en sus vehículos 4 x 4 para cruzar por la parte más baja, hay quienes prefieren pasear, ahí se bañan y se van al atascadero para llenarse de lodo. Durante todo ese día, se hace una fiesta desde temprano hasta que se va el sol, festejando en grande todo lo que el río Verde nos ha brindado como pueblo y comunidad.

Las anécdotas fluyeron hasta llegar la hora del almuerzo, así que el grupo conducido por Alfonso retornó a la comunidad en un medio día caluroso y húmedo. Estaban

muy cansados pero el guía seguía animado para llegar al final del recorrido en el atrio de la basílica.

Más por no desairar que por ganas, la juventud hizo un último esfuerzo para escuchar, sin embargo, el agotamiento se mezcló con el hambre y la inquietud salió a flor de piel. Alfonso se percató del asunto y lo tomó con naturalidad, entendía que la barriga es primero y que las condiciones climáticas estaban fuera del rango de lo habitual. No era lo mismo el calor seco de finales de mayo, que esa sensación de humedad que sofocaba tras el primer torrente de ese año de sequía. En consecuencia, una vez parados frente a la imponente fachada del antiquísimo templo se despidió amablemente y agradeció la escucha y el cariño recibido. Las, los y les estudiantes quedaron contentos y doblemente agradecidos.

Por el callejón que atraviesa el atrio, nuestro personaje retomó sus pasos. Con ritmo lento surcó la ruta hasta la plaza, evadiendo los montículos de tierra y los socavones que iban dejando los técnicos de la construcción. Una vez que concluyó de sortear los obstáculos, apresuró el paso para llegar a *Mamá Tachita*, frente al portón de madera esculó cada uno de sus bolsillos para localizar las llaves, ciertamente tenía un poco de prisa por abrir el candado y zafar la cadena, sentía que, aunque apenas se acercaba el medio día, tenía que prepararse para recibir a Tenamaxtli una noche más.

Había muchos trastes en la tarja, el desayuno de los jóvenes dejó estragos en la cocina. El piso, a veces de tierra y otras de ladrillo, estaba poco aseado. Varios objetos se acumulaban en la mesa, muchos de los cuales le eran ajenos a Poncho. El gato no tenía croquetas en el plato, aunque despedazaba un animalito con sus colmillos y garras. La nevera estaba vacía y la tarde no admitiría un mesón sin comensales. El hambre le asaltó la necesidad, por la mañana se marchó al paseo con solo un café y medio pan en el estómago. Eran muchas las tareas, pero tenía que prepararse un almuerzo antes de comenzar. Decidió cambiar el destino y tomar la situación con calma, así que encendió una flama en la estufa para calentar el caldo de los frijoles.

Confiado en el fuego lento, se animó a ir por insumos para los alimentos de ese día. Se hizo acompañar de un morral que carga para cuando el volumen del mandado excede la capacidad de las manos. Salió dejando la puerta abierta, iba revisando las monedas para verificar si eran suficientes, cada vez que hacía un conteo, ponía una pausa para garantizar que no se deslizaran fuera del morral en donde las depositaba. Al fin, llegó a la tienda, comenzó a sacar el dinero y a meter las mercancías, le pareció paradójico que el peso de la comida no tuviera ninguna correspondencia con el de los pequeños fragmentos de bronce, acero y aluminio.

Cuando terminó de copar el saco se despidió de la concurrencia que se aglutinaba en torno al pequeño centro de abastecimiento del pueblo. La mayoría de las personas ahí presentes eran proveedores y mujeres, las cuáles terminaban de completar los ingredientes para comenzar a cocinar para la tarde. Igual que la flama de la estufa, con parsimonia, Poncho retornó al *Mesón de Mamá Tachita*, cuyas puertas estaban entreabiertas. Se extrañó de observar que el candado y la cadena del portón estaban en el suelo, puesto que no había ningún elemento que permitiera sospechar que algo, o alguien, hubiera manipulado las piezas de la entrada que estaban fuera de su lugar

habitual. Al ingresar al recibidor, dejó caer la pesadez del bolso sobre la nevera, un refrigerador de paletero, con tapa de vidrio que le dejaba ver el contenido del fondo y, al mismo tiempo, reflejaba tenuemente su rostro.

Se miró un poquito, pero de inmediato deslizó el espejo para ingresar una papaya, los jitomates, cebollas, papas, tomates y un bote grande de leche. Cerró el frigorífico al tiempo que, de un azote, se serraron los portones del restaurante. Alfonso se asustó por el ruido y rápidamente prendió el foco del recibidor para sustituir la luz del sol que ya no se filtraba. Con la luminosidad proveniente del techo de ese espacio de 12 metros cuadrados, el espejo involuntario le permitió ver a don Francisco Tenamxxtli.

- ¿Qué pasó don Francisco?, ¿otra vez presentándose a deshoras?

- Dejaste el fuego encendido Poncho, vine para advertir que se te están consumiendo los frijoles.

- Aaah, es verdad...

Poncho corrió a la estufa para evitar que se quemara su almuerzo. Se acordó que tenía hambre y que había muchas tareas que hacer durante el resto del día. Se percató de que aún había un poco de caldito en la olla, le apagó, tomó un cucharón, un plato y se sirvió.

- ¿Gusta?

Tenamxxtli lo observaba desde el recibidor, sentado en la banca que está frente a la manta de su propia imagen. Alfonso caminó hasta donde el héroe caxcan sosteniendo su plato. Apartó el morral, que todavía tenía algo de mercancía, para apoyar el recipiente caliente sobre la fría tapa. Se alejó brevemente para ir por una silla hasta su habitación. De vuelta, se puso a comer con la presencia de su amigo.

- ¿Sin tortillas ni salsa?

- La salsa se acabó por la mañana, los estudiantes no dejaron ni para un taquito, y las tortillas están aquí en mi morral.

- Bueno, pues provecho

- ¿En serio no gusta?

- No Poncho, ya sabes que solo me gustan las tortillas cuando llevan tu salsa... además, no vine temprano por eso.

- Me imagino que no, pero me pregunto si tiene usted la intención de que alguien más lo vea o que lo descubran.

- Venga Poncho, tu sabes que eso no va a pasar nunca... es más, si te asomas a la calle te darás cuenta de que no hay nadie. Me he percatado de que a medio día no hay ni un alma fuera de sus casas en Temacapulín.

- Pero usted ya no solo viene a esta casa, me da la impresión de que anda por todos lados, ¿acaso no era usted quien anduvo preguntando cosas durante la caminata de esta mañana?

- ¿Preguntando cosas?, no sé a qué te refieres, ¿me puedes explicar?

- Pues, durante el recorrido...

Poncho cayó en cuenta de que Tenamaxtli no sabía de lo ocurrido y, para verificar la conjetura, dejó de llevar la cuchara a su boca para mirar los ojos de su compañero. Una vez que su creencia fue ratificada, optó por cambiar el tema hacia donde fluiría la conversación.

- ... durante el recorrido me dio la impresión de que usted andaba por ahí, acompañándonos, sentí su presencia cuando hablaba del río y de las historias que le rodean. Pero ahora no sé si usted andaba por ahí realmente.

- Ya, ¿qué te digo?, agradezco que me lleves en tu memoria a tantas partes, me enorgullece ser una compañía confiable para ti, pero no, no he rondado fuera de estas paredes, las de este vestíbulo, el comedor, la cocina y, sobre todo, tu habitación. Es aquí en donde me he movido contigo para hacerte compañía, en donde me llamas estoy para escucharte.

Poncho escuchó con mucha atención este concepto simple de Tenamaxtli, se quedó pensando mientras masticaba las últimas semillas de frijol que había cogido del fondo del plato. Sin embargo, la reflexión no le llevó a ninguna conclusión, más porque decidió pausar la voluntad, que por la ausencia de sentido común. Entonces, respondió la interlocución retomando la misma hebra del hilo que había propuesto.

- Pues si no nos acompañó, déjeme decirle que se perdió de una gran caminata.

- Sí, me lo imagino. Siempre que sales a esos recorridos vuelves muy animado, contento.

- Es que me encanta hablar de todo lo que somos. Me enorgullece mucho que personas ajenas a Temacapulín, pero cercanas a ésta y otras luchas, se interesen por conocernos y aprender de nuestra historia.

- Claro, comprendo... es un asunto de crear memoria, una memoria común de la resistencia... pero entonces... cuéntame, ¿qué narrativas les resultaron interesantes a los muchachos?, ¿Por qué piensas que les interesa aprender de la historia del pueblo?

- Les noto muy atentos a ciertas partes del recorrido. Por ejemplo, hoy estuvieron muy interesados en todo lo que tiene que ver con el río, entonces yo les conté anécdotas

que tenían que ver con eso. Cuando narraba algo sobre el río y la relación que tiene con los pueblos y la gente, les llamó especialmente.

- Bien, pues cuéntame Poncho, que aún no terminamos tu historia.

En primera instancia, fue extraño escuchar estás últimas palabras de Tenamaxtli, aunque, pensándolo bien, podrían tener sentido.

- Les hablé de mi terreno en Palmarejo, uno que me heredó mi abuelo, el papá de mi mamá.

- A mí no me habías platicado de eso, ¿quieres hacerlo?

- Sí, creo que con eso se entiende mejor mi apego a estas tierras. Resulta que cuando yo vine de México, mi abuela hizo repartición de terrenos a sus hijos, y a mi mamá le dieron un pedazo arriba del cerro que se llama *La Mesa de las Flores*. Mi abuela había repartido entre Juan, Refugio, Concha y mi mamá, y de todos sus nietos, solo a mí me tocó. Un hijo de mi tía Concha y yo éramos de la misma edad, eso era porque mi mamá y mi tía Concha se casaron el mismo año; mi mamá se casó con 16 años y mi tía Concha con 20 años o más grande, pero se casaron el mismo año. Mi tía Concha era la cocinera de la casa y cuando ella se casó y se fue, dijo mi mamá que ella también se casaría, que no sería la criada de su familia... y así fue, ella se reveló. Pues bueno, usted ya sabe que yo me críe en gran parte con mi abuelo. Un día, mi abuelo quería ir a Cañadas y le preguntó a mi madre Ebodia si es que me daba permiso para acompañarle, y ella me dio el permiso. De ahí en adelante trabajé al lado él. Mi abuelo tenía un terreno en Cofradía, por cierto, muy grande. El terreno estaba en Santo Domingo e íbamos a ver su ganado y, cuando me llevaba, me arreglaba un burro para montarlo. Cuando le iba a dar de comer a su ganado, tomaba la pastura del terreno que ahora es de Raquel y que antes era de mi abuelo. En verano, iba yo a ordeñar las vacas a Talicoyunque todos los días, en la tarde iba a apartar yo los becerros y ya después traía la leche.

- O sea, tú eras el único nieto que le ayudaba al abuelo.

- El único nieto sí, pero el asunto es que mi tío Juan era bien caramba, así que sus sobrinos, los hijos de mi tía Concha, lo vacilaban mucho para hacerlo enojar, hicieron que un pedazo de terreno me tocara a mí en vez de a él cuando se hizo la repartición. El terreno se llamaba *El Terreno de Lucas*, aunque también lo llegaron a llamar *El Rincón de Muertos*, porque estaba a la orilla del río, en un paraje donde la gente se ahogaba.

- ¿Qué ocurrió con ese terreno?, ¿lo conservas?

- No, tiempo después lo vendí. Está en un cerrito que de hecho se llama *El Cerrito*. El terreno se lo vendí a Clemente que ahora vive en Temacapulín a raíz del conflicto. En Temaca hay personas originarias de Palmarejo como Clemente, Martha y Chela que también eran de Palmarejo, pero sus padres eran de acá. La Chivita era de Palmarejo, pero nació en Temaca. Esas eran algunas de las personas que vivían en Palmarejo y que tenían ciertos orígenes en Temacapulín. Hablando de Martha, no vive allí y eso que tienen terrenos ella y su familia. Enriqueta vivía en una casa que está ahí y con el

conflicto dejaron Palmarejo y se vinieron a vivir a Temaca. Todavía en el 2010 vivían personas en Palmarejo. Juanita Pulido que ya falleció, murió allí, y sus hijas ya vivían en Cañadas. María González fue la que visitó a los habitantes de Palmarejo radicados en Guadalajara para que se unieran, para motivarlos a que regresaran a Palmarejo. Ahora todos ellos tienen su lugar de reunión en los *Tres Sabinos*, ahí al lado del río. Ahí está el corazón de Palmarejo

- Supongo que también en el río está el corazón de Acasico

- Claro, es lo que nos une a los tres pueblos. Por eso se puede decir que compartimos una historia, somos como pueblos hermanos unidos por el río Verde. Hay personas viviendo en Acasico, yo creo han de ser unas 100, más o menos. De hecho, aún hay tienditas y fiestas por las tradiciones. A mí me agrada ir a Flamacordis. Flamacordis está al lado del río, a la otra orilla de donde está Acasico. Se le llamó así en honor al Santo Niño Flamacordis que es la estatua de Jesús en su adolescencia. Y ahí hay un templo que tiene una historia enorme. Se hizo de pura mano de obra regalada, todo se hizo de regalo, material, los albañiles, los peones. Por dentro, tiene un mural, con muchas representaciones marinas, hasta tiene anclas de barco pintadas porque se supone que el que lo hizo, el sacerdote que hizo ese templo iba a Roma, durante el trayecto naufragaron y el obispo que iba encabezando la peregrinación a Roma les dijo; “Estamos perdidos, imploren el santo de su devoción porque hemos naufragado”, entonces el padre invocó a Flamacordis y regresaron. Ya estando acá, se puso a fincar el templo, todos los de Acasico participaron en la construcción de ese monumento a la fe y la devoción.



La plaza de Temacapulín, los portales a la izquierda y parte del jardín a la derecha.



La cocina de *Mamá Tachita*.



Alfonso charlando con estudiantes en el camino roto del *Río Verde*.



Dando cátedra en el comedor de *Mamá Tachita*.



Comentando en la presentación de un libro.

Capítulo X. *El espíritu de Tenamaxtli*

Se pueden dar saltos al pasado solo cuando la memoria está viva, fue lo que pensó Tenamaxtli mientras escuchaba las referencias al río Verde, Temacapulín, Acasico y Palmarejo. No es que no lo hubiera pensado antes, es decir, no se trataba de una idea novedosa o un descubrimiento original, solo estaba confirmando un fenómeno innegable que, en ese momento, estaba quedando en el olvido.

- ¡Alfonso!, los jóvenes de esta mañana, ¿les contaste todo esto de Acasico y Palmarejo?

Interrumpió Tenamaxtli con premura.

- ¿Cómo?, ¿esto que le estoy contando a usted?, no, no, discúlpeme. Usted quería saber lo que le conté a ellos ¿verdad?

- No, al contrario.

- Ah, canijo, ¿cómo que al contrario?

- Perdón, no quise decir eso. Sí quiero saber lo que contó a esas personas de esta mañana, pero no es eso lo que me preocupa ahora. Es decir, quisiera que esto mismo que me acaba de contar se lo hubiera ya contado a ellas, por eso dije que, al contrario, a eso me refiero.

- ¿Y eso por qué?, ¿qué me quiere decir?

- Quiero decir que tal vez estamos errando... a mí se me olvidó, pero confiaba que tú, tú que eres el protagonista de estas historias, no lo pasarías por alto.

- No le entiendo nada don Francisco.

- Sí, claro, discúlpame, ya me di cuenta, es que no me estoy explicando, pero podemos hacer un ejercicio para corroborar mis temores de ahora... ¿me puedes narrar otra de tus historias?

- ¿De qué?, ¿qué quiere que le cuente ahora?

- Lo que quieras, de preferencia algo que ya me hayas contado, a mí o a los caudillos, da igual en este momento.

- Umm, no sé. Jesús Gutiérrez... Jesús Gutiérrez y su familia son de Cofradía y desde muy jóvenes se fueron a vivir a Mexicacán.

- Sí, continúa Poncho.

- Bueno, me acuerdo que los hijos de Zenaido y los hijos de Jesús se fueron a la frontera, a Piedras Negras, Coahuila, a poner paletteras. El hermano mayor de Jesús era muy vago el muchacho; él venía de paseo y decía que quería morir en su tierra, y al final se le cumplió su capricho, al último no se supo de qué falleció porque cuando venían se quedaban en Cofradía, acá venían a bañarse y a lavar ropa también. Entonces, ellos se criaron en Cofradía y aquí les gustaba venir para disfrutar de las aguas termales y de las playitas que se hacían en nuestro río.

- Bueno, está bien. Ahora dime, ¿quién más que siga vivo sabe eso de Zenaido y Jesús?

- Pues no sé, me imagino que la familia, su misma familia. Pero también otras personas de aquí y de otros lados. Todos los que vivieron eso o les contaron.

- Eso es, ¿ahora se da cuenta?

- ¿De qué?, ¿de que le sigo contando historias a un muerto?... eso ya lo sé, lo tengo bien presente, dígame, ¿qué hay de raro en eso?, ¿qué tiene de malo?

- Pues, ni más ni menos que, si le narras recuerdos a un muerto, los muertos ya no podemos contarle a nadie esas historias, no las podemos transmitir. Seguramente, en todos los recorridos que has dado a otras personas, pero especialmente a jóvenes estudiantes como los de ahora, te habrás dado cuenta que graban tu voz, toman fotografías, preguntan y anotan una parte de tus palabras en sus cuadernos, registran Poncho, registran tus recuerdos, tu historia, tu versión de la historia, la de todos y la tuya. Luego, esas historias salen a la luz, se cuentan, se leen, se ven, se reproducen.

- Se reinterpretan... el año pasado, hice una excursión a *La Mesa*, vino una señora que quería conocer plantas y le di el recorrido, allá donde vive Hortensia, que, por cierto, conoce ella mucho de plantas, curar y sobar, tiene manos de curadora Hortensia. Entonces la llevé a donde había hierba del sapo, salvia, árnica, diente de león, de todo recogimos... luego, ella andaba buscando el pericón, así me dijo, pero no encontramos. Me preguntó si sí la conocía y le dije que sí, que esa es la flor que ponen en las fiestas patrias. Como ella era de la Ciudad de México, le dije que la iba a encontrar allá en México y que esa planta es la que echan a los elotes, es como si fuera ponerle canela. Entonces, ella me dijo que sí pero que no, que allá en su tierra se usa el día 28 de septiembre, se hacen cruces con las flores de pericón y se colocan en las puertas y ventanas de las casas, en los campos de cultivo y en las milpas, como forma de protección contra los malos aires y el enemigo. Entonces, ahí me di cuenta que yo, cuando viví en Ciudad de México, había interpretado una historia distinta del pericón, no me sabía ese otro uso del pericón, su versión completa de la historia, solo un fragmento.

- Pues, por lo menos tenías una historia sobre esa planta en tu memoria relacionada al mes de septiembre. Seguramente viviste algo en Ciudad de México que te hizo conocer el pericón, te habrás comido un elote con pericón el día del grito de independencia, o viste muchos adornos con flor de pericón mientras comías un elote en septiembre, qué sé yo, la memoria hace lo que puede. Pero ya eso es importante, tener,

aunque sea vago, un registro en la mente de algo y contarlo... pero claro, es importante contarlo a un vivo que pueda hacer algo con esa versión de las cosas.

- Volverlo a interpretar, con su propia visión, cada quien, con su versión, con su entendimiento.

- Sí, claro... tal vez aquella mujer quería hacer cruces con la flor de yerbanís, bueno, no quiero confundir más las cosas, con la flor de pericón, para proteger las casas de Temacapulín. Es muy probable que, en su visión, hacer cruces con esa planta y colocarlas en las puertas y ventanas de las casas del pueblo, podía ser un elemento que ahuyentara a los malos aires y a los enemigos... supón ahora que esa hubiera sido la intención de aquella mujer y, que habiendo encontrado pericón en los campos de Temacapulín, construyese tantas cruces protectoras como hubiera podido y que, acto seguido, se dedicara a colocarlas por todo el pueblo, ¿qué crees que pasaría?

- Pues, la gente de Temacapulín se confundiría, no entendería lo que esa mujer quería hacer. Lo más natural sería que pediríamos una explicación del acto de esa mujer.

- Pues bien, esa explicación, ese saber, está en la memoria. Estoy seguro que, sin ningún problema, esa mujer de la Ciudad de México estaría encantada de dar una explicación, de contar la historia detrás de la flor de pericón en la cultura de los pueblos del sur de su ciudad y el norte de Morelos.

Alfonso se quedó pensando en las palabras de Tenamaxtli, pensaba que entendía muy bien el asunto de la reinterpretación de la historia y la relatividad de los saberes. Comprendía que en la memoria residen nuestros recuerdos y que cada experiencia deja una huella en ella para luego ser traducida a representaciones, conocimiento y acciones. Era consciente de que, sin el registro de los acontecimientos, las palabras y los pensamientos, sería imposible la trasmisión de todas las narrativas que recrean permanentemente el mundo. Sentía que, en términos generales, ambos tenían un punto de vista similar sobre esas cuestiones, pero que había un mal entendido de fondo que hacía que a Tenamaxtli le surgiera la angustia por la memoria de los muertos.

- Don Francisco, creo que usted y yo tenemos una diferencia con respecto al papel que tiene los muertos en la memoria y la historia.

- Es claro que sí Poncho. Tu no le vez ningún inconveniente a contarle tus historias a los muertos. Es verdad que lo que sabes de Zenaido y Jesús, probablemente lo sepan ya otras personas, pero en tu versión, esa que me acabas de contar, seguramente hay detalles de apreciación que nadie más puede contar, o bien, es posible que alguien más no comparta o no esté de acuerdo con lo que cuentas, con tu versión de la historia de esos dos personajes de la región. Entonces, ahí está el valor de lo que se pierde cuando nadie registra, por lo menos en la memoria, tu particular punto de vista.

- Pues ese es el desacuerdo, usted piensa que los muertos son nadie. Usted cree que los muertos no tienen memoria y tampoco tienen la capacidad de reinterpretar y

resignificar la historia. Yo, por el contrario, estoy convencido de que los muertos son. Los muertos siguen vivos en la memoria de los vivos y, por lo tanto, en el mundo de los vivos.

- Que los muertos estamos en la memoria de los vivos es indudable, tu y yo somos un ejemplo de ese hecho. Por otro lado, no estoy convencido de que yo, como muerto, tenga la suficiente materialidad en este mundo como para ser un vehículo de tus memorias. Tú me hablas y yo te escucho, te pregunto y me respondes, pero, para mí, todo eso está en tu propia memoria.

- Sí, su presencia aquí, obedece a que yo lo llamé y usted amablemente vino, después invitamos a mi General y a don Pancho Villa y también vinieron. Ese simple hecho, de traerlos a mi memoria ya los aviva. Para mí, sus espíritus están aquí, en el mundo de los vivos y, están aquí, por su propia voluntad y con su propia voluntad... por ejemplo, ahí tiene usted lo que pasó con don Luis Villegas, quien no conocía a Goyo Gutiérrez y este último se le apareció diciéndole: “quiero que vaya a Mexicacán con mi papá y que le diga que lleve el corazón de Jesús a que le pague unas misas”, y don Luis, sin conocer a la familia, vino a buscar a Zenaido Gutiérrez, es decir, el papá de Goyo Gutiérrez y de Jesús Gutiérrez, y le dijo el recado de su hijo fallecido sin conocer a Goyo. Por eso, ayer o antier me estaban preguntando, ¿quién ha venido del otro mundo? y yo les dije que sí han venido, como no. Todo esto, que yo pienso, tiene que ver con mi religión y Dios.

- Comprendo Poncho.

- Es más, yo tengo un librito que me encontré, de dos alemanas jóvenes, no recuerdo el año, pero ahí dice el año o la época en la que vivieron esas muchachas. Una de ellas era creyente y la otra amiga la vacilaba, no le daba importancia a la religión católica y a lo que dice sobre la vida después de la muerte, entonces, esa muchacha en un accidente murió y su amiga, mientras estaba viva, la invitaba a que fueran a la iglesia, pero la otra no creía en la religión ni en la vida eterna. Entonces, se murió y vino a decirle a su amiga que estaba en el infierno y le contó todo lo que sufría; ella ya no ocupaba que pidieran a Dios por ella, fue un mensaje de ultratumba. Dentro del libro, la muchacha creyente, narra cómo sufrió su amiga con su papá ya que este era muy borracho y golpeaba a su mamá, entonces, por ese sufrimiento, la difunta andaba de un lugar a otro con su pena. En vida no creía y no le daba importancia a la vida después de la muerte. Entonces, por lo que he leído, sé que lo que dice la religión sí existe y más aún con lo de Goyo.

Tenamaxtli se puso de pie frente a su propia imagen, se aproximó hasta donde Alfonso para posar su mano izquierda en el hombro derecho de un hombre creyente, quien, aferrado a su convicción de que el tacto de su héroe venido del más allá tenía un peso específico en este mundo, se levantó de su asiento para quedar cara a cara con su llamado del destino. Una vez en simetría, a pesar de los pocos centímetros de estatura del viejo alegre de Temaca, Alfonso postró la siniestra sobre el torso desnudo del héroe cacxán.

- Estimado Poncho, primero quiero agradecerte el llamado, la oportunidad de estar contigo en esta travesía tan compleja. Recuerdo que cuando llegué a esta, que es tu morada y fuente de vida, acababas de pronunciar un discurso lleno de orgullo, rabia, dignidad y esperanza en la plaza que está aquí enfrente. Cuando te sentaste frente a la mesa de mezquite estabas solo, esperando a que se aplacara la lluvia para cruzar a tu habitación, pero el chaparrón no cesaba y el cansancio te ganó. El peso de tu cabeza venció la cordura y entonces aparecí yo.

- Así fue don Francisco.

- Yo no podía creer que, habiendo tantos referentes históricos forjados en la rebeldía, optaras por mi presencia antes que cualquier otra mujer u hombre que seguramente son menos invisibles que esta imagen que, con suerte, podría corresponder con la carne que habité. Con todo y las posibles contradicciones, aquí me retuviste con la escucha y me diste voz para permitirme comprender esta lucha tan especial, sostenida por mujeres y hombres mayores, mujeres, hombres, niños y niñas que en presencia o a la distancia pusieron el cuerpo para defenderse.

- Tiene razón, las huellas de las batallas se notan mucho en el cuerpo. Mire usted el mío, cada vez voy más lento y las arrugas no dejan ocultar los años que siguen corriendo. Los niños y las niñas se hicieron jóvenes y adolescentes, mi Chui, por ejemplo, era pequeñito cuando comenzamos la faena, otros nacieron en estos quince años y en brazos de sus madres conocieron las consignas antes que las letras. Los que estaban en la secundaria ya se hacen responsables de sus propios retoños, como Bere, que anda con sus bendiciones para todos lados. Los hijos y las hijas adoptivas de Temacapulín como Jade Ramírez, que se juntó con un muchacho de aquí mientras cumplía con una labor clave para el pueblo, que nos acompaña en las buenas y en las malas y que ahora camina con su hija nativa de estas tierras para dar las notas más importantes del estado de Jalisco y de México... Sí, pusimos el cuerpo por esta lucha y nuestras vidas cambiaron.

- Después de mí, vinieron los héroes de siempre.

- Los invité también don Francisco, no llegaron solos.

- Fue como si necesitáramos refuerzos, emblemas que cualquiera que se acercara a *Mamá Tachita* pudiera reconocer y así entender, más o menos, de qué se trataba la lucha de Temacapulín. Insisto en que, aún con tus contradicciones, tu postura, que no desentona con la de tu querido pueblo, quedó bien entendida. Todos los acontecimientos que haz traído a las convivencias de la noche, dibujaron el carácter sui generis, pero victorioso, de todos ustedes.

- No quedó nada pendiente, ¿verdad? Como ya les había dicho, les conté todo.

- Cierto, pero al final te diste cuenta que faltaba algo en todas las historias de la lucha de Temacapulín. Normalmente no hay tiempo para esas reflexiones, para pensar en uno mismo, en su propia historia. Pensar en lo que te lleva a poner el cuerpo cuando hay muchas posibilidades de yacer en el campo, donde se desatan las escaramuzas de

los sentidos y los sinsentidos, la razón y la sinrazón. Sin embargo, tú, te diste tiempo de hacerte las preguntas... ¿por qué lucho?, ¿por qué estoy dispuesto a todo por defenderme y otros como yo no lo están?... ¿quién soy?

- Y ahora creo saberlo don Francisco, aunque no estoy muy seguro.

- No lo dudes Poncho, creo que tus actos dan cuenta de que ya tienes la respuesta adecuada.

- ¿Qué actos?, ¿a qué acciones se refiere?

- Cuando el General y Pancho el Nuevo lograron su última hazaña, la de justificar, en mi ausencia, que me habías confirmado contarnos la historia de tu vida, tuviste a bien dejarlos marcharse, se despidieron solemnemente cuando apenas comenzabas a describir tus primeros pasos.

- ¿Cómo pudo usted notar eso?

- Venga Poncho... tú sabes que algo me dijo que no iban a volver, es más, estaba seguro de ello... me acabas de decir que yo mismo les pedí que me acompañaran hasta ese momento como un pacto entre compañeros que se tratan de ayudar. A mí me interesaba comprender cómo se forja ese espíritu combativo que tú tienes y que supongo que también está en mí. Me preguntaba si es el dolor, la tristeza, la rabia, la venganza, el odio o el resentimiento lo que mueve las rebeldías y les impulsa a tirarse al vacío, dejarlo todo por las resistencias. ¿A caso un interés material fundamental es el que está en juego para que nos impulse a pelear por la vida a costa incluso de la muerte? Más vale vivir peleando defendiendo Zapata, pero ¿por qué va a pelear una persona adulta cuando ya parece que vivió todo y el futuro no le es favorable?

Se escucharon voces pasajeras a fuera del *Mesón de Mamá Tachita* que pausaron la fluidez de las reflexiones. Cinco segundos y la prosa siguió su corriente.

- ¿Qué está de tras de la dignidad? A caso un interés egoísta, la nobleza de arriesgar el yo por los que vienen. Quizá ya no te toque disfrutar de este pueblo que renace y se levanta de una derrota prevista pero que no ocurrió. ¿Lo explicamos todo con los dioses, la suerte, el destino, las condiciones materiales o la correlación de fuerzas? O, tal vez solo es que la historia reciente de México le tenía reservado un lugar especial a Temacapulín, la mano de un presidente irrepetible que se buscó su destino desde que tomaba los campos petroleros en señal de protesta.

- Ese también fue llamado a la mesa...

- Me preguntaba si escuchándote te podía comprender, interpretar pues. Para ver si en tu imagen me podía reconocer, saber también quién soy, quién fui. Es un misterio que no se resuelve con la muerte, al menos para el que perece. Sí, la gente puede decir cosas buenas y extraordinarias de ti y quizá eso sea lo único importante. Pero para quienes son conscientes de que normalmente lo que se dice no corresponde con

la verdad, no nos consuelan los homenajes póstumos, ni las hazañas inventadas y adecuadas para construir héroes.

- Pero usted si fue un héroe verdadero, sabemos muy poco sobre quién fue usted, pero eso es suficiente para mí.

- Entonces, ¿quién eres Poncho?

- Soy una persona, un hombre como cualquier otro. No creo que yo sea todo eso bueno que se dice de mí, al menos no solo eso. Las personas comunes tenemos claros y oscuros, lo mismo que los héroes como usted. Lo único que nos hace diferentes en estas circunstancias es nuestro pasado, nuestra pequeña historia que ahora conocemos. La de usted que, aunque sea en fragmentos, contó don Miguel, que en paz descansa; o la mía, que también en retazos dejan ver lo suficiente para comprender que somos iguales y tenemos las mismas necesidades para luchar. Es el arraigo, el amor, la ternura lo que hace que nos entreguemos al vacío, como dice usted. No es un sacrificio, ni un esfuerzo sin más. Diría más bien que es un goce, luchar es una felicidad, una satisfacción que aparece cuando se siente que se ha puesto todo para cumplir con el deber. No nos podemos sustraer a las injusticias, la discriminación, el ninguneo, el desprecio, era imposible para mí quedarme sin hacer nada.

- Pero, si acaso es verdad que somos comunes, entonces ¿cómo respondemos a la singularidad de la rebeldía cuando hay muchos que callan y no les queda más remedio que obedecer?

- Ahí es donde está el espíritu. El espíritu de cuerpo, decían los del *Frente Zapatista*.

- Explíqueme eso antes de retirarme... ya se escuchan muchas voces renovadas afuera.

- Será Anahí, dijo que vendría hoy con su equipo de trabajo.

- Tal vez, ¿quieres averiguar?

- No, está bien, déjeme decirle que me contaron un día, alguien que militó en esa organización política, que el espíritu de cuerpo es algo así como acuerparse con otros, hacerse uno solo con otras personas, aunque sean distintas.

- Organizarse.

- Es más que eso, bueno, es diferente, la organización a veces proviene de un mandato, es como una exigencia que ordena la circunstancia, la necesidad. El espíritu de cuerpo es otra cosa, proviene de una voluntad gozosa, de un encuentro consigo mismo en los otros. Quizá sea el fundamento de la identidad porque es lo que hace que nos dispongamos a compartir, ayudar, ser parte de algo más grande que al mismo tiempo te hace ser una persona.

- Creo entender... entonces, ¿tú eres eso?

- Soy una persona común, que su propia historia le llevó a una circunstancia que le hizo acuerparse con su pueblo, otras personas que luchan y sus muertos. Lo extraordinario aquí, es que cuando me sentí solo, tuve el atrevimiento de invitarlo, traer su espíritu y conformar un cuerpo más robusto. Después, me di cuenta que podía recurrir a todos los demás, vivos y muertos y, con esos espíritus, caminar acompañado aún cuando todo esto pareciera desolado.

Una pausa final en las conversaciones se hizo presente, antes de que Tenamaxtli emprendiera su última marcha por el sendero del patio trasero.

- Entonces Poncho, te dejo. Me voy a donde me llamen... seguramente los llamados serán menos de los que tiene el General Zapata, pero seguro que algunos me necesitarán, te dejo entonces mi espíritu, te lo encargo, que no decaiga y que siga trascendiendo mientras sirva para acuerpar.

Soltaron las manos y los brazos mientras el rechinar del portón dejaba retornar el claro de la tarde al interior del recibidor. Tras una de las solapas de la puerta, se asomaba una persona acompañada de su hijo pequeño, un niño de unos 6 o 7 años, un nieto adoptivo de don Poncho, que exclamaba y preguntaba.

- ¡Abuelito Poncho!, ¿tienes salsa?, es que mi abuelo Nacho me encargó que le llevara un frasquito.

- ¿Cómo están?, que bueno que vienen por acá.

- Bien Poncho, ¿tú cómo andas?, ¿cómo vamos con el libro?

- Mi libro... no, pos tu dime.

El padre del niño se sentó en donde minutos antes reposaba el héroe caxcán, Poncho abrazó al niño que se le abalanzaba a su regazo, mientras miraba al fondo del mesón por donde Tenamaxtli se desvanecía en una sombra y dejaba en Alfonso Íñiguez Pérez su espíritu.



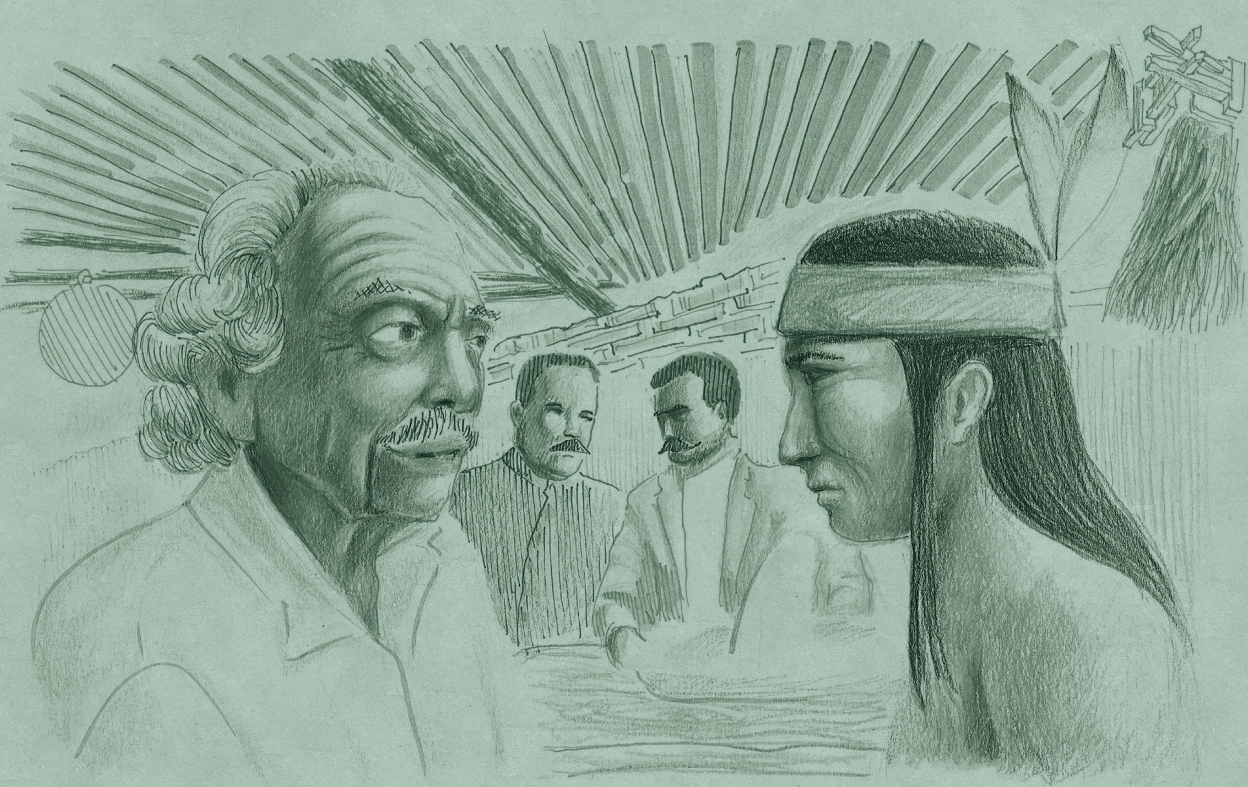
Una de las paredes del recibidor de *Mamá Tachita*.



Alfonso Íñiguez Pérez.

Se terminó de editar en diciembre de 2024
en los Talleres Gráficos de
Prometeo Editores, S.A. de C.V.
Libertad 1457, Col. Americana,
C.P. 44160, Guadalajara, Jalisco

Editado en México / *Edited in Mexico*



CASILLAS

Partiendo desde el Amialco, el camino se le hizo largo a Poncho. Tenía demasiadas grietas en el rostro, las manos y su cuello, tan nítidas como las del asfalto insoportable de las doce del día. Las rocas verticales, pilares del cerro que soportan el camino viejo a Cañadas, no alcanzaban a tapar el sol de junio, tampoco cumplía esa función alguna nube en aquel año de sequía.

Hizo una pausa en el andar. Tuvo el pensamiento pasajero de que quizá sería la última marcha desde ese lugar que, aún en la temporada de lluvias del año anterior, había sido un espacio de cultivo de chile de árbol, maíz, frijol y una que otra mata de calabaza. Las fuerzas ya no daban tanto como en sus años mozos, cuando él solo, sembraba hasta el último lindero de la milpa, o cuando trotaba el mundo a modo de kilómetros de carreras de resistencia, de experiencias nómadas en Ciudad de México y Estados Unidos de Norte América. Años de resistir a las injusticias.

E-ISBN: 978-607-581-423-0



9 786075 814230



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA
Red Universitaria de Jalisco



CENTRO
UNIVERSITARIO
DEL NORTE



CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES
CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS